



*Susurros
de Amor*

Historias del Corazón

Autores de habla hispana

ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Susurros de Amor

**VOCES QUE HABLAN DE DISTINTOS RINCONES
DEL MUNDO**



ANTOLOGÍA INTERNACIONAL

Susurros de Amor

Primera edición 2026

© Editor Literario: José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798248708383

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.





Los relatos y textos incluidos en esta antología son propiedad intelectual de sus respectivos autores. El editor no se hace responsable por las opiniones, ideas o conceptos expresados en esta obra, siendo estos de exclusiva responsabilidad de sus creadores.

Esta publicación busca fomentar la literatura de amor como un medio para explorar la fuerza de los sentimientos humanos frente a lo íntimo y lo trascendental. Al mismo tiempo, impulsa la visibilidad de nuevas voces en el ámbito literario internacional, ofreciendo relatos que celebran la pasión, la ternura y la complejidad de los vínculos afectivos. Cada texto aquí reunido es un testimonio de cómo el amor, en sus múltiples formas, puede convertirse en puente entre generaciones, culturas y corazones.

Índice

Dedicatoria 	8
Prólogo 	11
Amor en una Colmena 	14
Amor en la Sangre 	22
Amor en tiempo de Pandemia 	30
Esperándola 	35
Un Encuentro Inesperado 	39
En qué Momento 	46
Amado Amigo 	53
La Chica de tus Sueños 	62
Entre el Amor y el Deseo 	68
Amor por la Estación 	72
Marcela y Gonzalo 	79
Portales 	86

Los Barcos que no Ardieron 	90
Empezando en el final 	95
Ausencia Selectiva 	99
Beso Eterno 	104
El Prisma que no Ardío 	109
Luna 	118
Almas con Memoria de AI 	125
No te Olvidaré 	132
Un Amor Prohibido 	139
La Virgen de Tlapa 	145
Amor a la Sirena 	151
Amar sin Retener 	156
Sin Vértigo 	161
Miré el Espejo 	169
La Llamada 	175
Luz en la Penumbra 	178
Donde el Tiempo no Alcanza 	186

Ellos 	190
De la Mano en el Mar 	194
Quince Lunas 	199
El Eco del Vidrio 	208
Frío en el Alma	214
El Diario de mi Abuela 	222
Febrero 14 	234
La Eternidad en un Roble 	240
Primer Amor 	246
Reencuentro 	250
Agradecimiento 	259
Colaboradores de la Antología 	262

Dedicatoria

A ti, que en algún momento del día —quizá ahora mismo— has sentido que el pecho se te ensancha o se te encoge porque alguien, en algún lugar del mundo, ocupa un espacio que nadie más ha podido llenar.

A ti, que has amado con la valentía de quien sabe que todo puede acabarse y aun así decide entregarse entero.

A ti, que has llorado en silencio por un amor que no tuvo testigos, por un mensaje que nunca llegó, por una mano que se soltó demasiado pronto o por una promesa que se deshizo como humo entre los dedos.

A ti, que todavía guardas en el fondo del cajón una carta, un boleto de cine, una servilleta con un teléfono que ya no existe, y que cada tanto la miras y sonríes con esa mezcla extraña de nostalgia y gratitud.

A ti, que has vuelto a empezar. Que después de jurar «nunca más» te sorprendiste sonriendo ante una mirada nueva, ante un «¿cómo estás?» que sonó sincero, ante la posibilidad —aterradora y hermosa— de volver a creer.

A los treinta y nueve corazones que escribieron estos relatos, desde la cordillera andina hasta las playas mexicanas, pasando por la Mezquita Hassan II de Marruecos. Cada uno de ustedes puso un pedazo de sí mismo en estas páginas: miedo, esperanza, rabia, ternura, arrepentimiento, asombro. Gracias por atreverse a contar lo que a veces ni siquiera nos contamos a nosotros mismos. Gracias por convertir el dolor y la alegría en palabras que ahora viajan hacia desconocidos y, sin embargo, los encuentran.

A los lectores que tienen este libro entre las manos en este 14 de febrero —o en cualquier otro día del año en que el amor

decida visitarlos de improviso—. Que estas historias sean espejo y ventana: espejo para reconocerse en el dolor o en la dicha de otros, ventana para asomarse a amores que no vivieron pero que, de alguna forma misteriosa, los hacen sentirse menos solos.

A los que aman en secreto, a los que aman a distancia, a los que aman sin que el otro lo sepa, a los que aman a quien ya no está, a los que aman a quien nunca estuvo, a los que aman a varios al mismo tiempo sin saber cómo elegir, a los que aman en contra de todo pronóstico y a los que, agotados, decidieron amarse primero a sí mismos.

A las madres que enseñaron con su ejemplo que el amor no se mide en años ni en perfección, sino en la disposición a quedarse cuando todo invita a irse. A los padres que, con gestos pequeños y callados, demostraron que querer también es proteger, sostener, callar cuando hace falta y hablar cuando duele. A los hermanos y amigos que se convirtieron en refugio cuando el amor romántico falló.

A los amores que no fueron correspondidos y que, aun así, nos dejaron más grandes. A los que sí lo fueron y nos enseñaron que la felicidad puede ser cotidiana, imperfecta y real. A los que se fueron y nos dejaron la lección más dura: que se puede seguir queriendo incluso después de haber perdido.

A ti, que lees esto y sientes que alguna de estas líneas te rozó el alma. No importa si hoy estás acompañado o si el silencio de tu casa pesa más que nunca. No importa si celebras este día con flores y cenas o si lo atraviesas con el nudo en la garganta que solo conocen los que han querido mucho. Estás aquí. Has querido. Has sufrido. Has vuelto a intentarlo. Eso ya es mucho. Eso ya es todo.

Este libro no pretende sanar heridas ni dar respuestas mágicas. Solo quiere susurrarte —como un viejo amigo que te abraza en la oscuridad— que no estás equivocado por sentir

tanto. Que el amor, en cualquiera de sus rostros, es la prueba más elocuente de que tu corazón sigue latiendo con fuerza.

Con inmenso cariño y una gratitud que no cabe en estas líneas, dedico Susurros de Amor a cada uno de los que, a su manera, siguen apostando por el milagro cotidiano de querer y ser querido.

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

Prólogo

En algún rincón del alma todos guardamos un febrero que nunca se termina de ir.

Aunque el calendario diga que ya pasó, aunque las rosas se hayan secado y las tarjetas se hayan amarilleado en un cajón, hay un latido que se resiste a callar. Es el mismo que, en la madrugada del 14 de febrero —o en cualquier madrugada—, nos despierta con la certeza inexplicable de que el amor, en todas sus formas, sigue siendo el idioma más antiguo y el más bello que hablamos los seres humanos.

Esta antología, «Susurros de Amor», nació de esa certeza compartida.

Treinta y nueve voces, treinta y nueve geografías del corazón, se reunieron —muchas de ellas sin haberse visto jamás— para dejar constancia escrita de lo que el amor hace con nosotros cuando nos encuentra desprevenidos. Desde la Patagonia argentina hasta las calles empedradas de Galicia, treinta y nueve plumas de habla hispana se inclinaron sobre el papel (o sobre la pantalla) para confesar, imaginar, recordar, cuestionar, celebrar y, sobre todo, sentir.

No todos los relatos que aquí se reúnen son luminosos. Algunos llegan con la garganta rota, otros traen la herida todavía sangrante, varios se escribieron entre lágrimas que no se secaron nunca del todo. Porque el amor verdadero —el que justifica un libro entero— rara vez es solamente dulce. Casi siempre es a la vez refugio y tormenta, promesa y despedida, eternidad y parpadeo. Y, sin embargo, incluso en sus versiones más rotas, conserva una extraña capacidad de iluminar.

Hay amores que duraron un instante y dejaron huella para siempre. Hay otros que se prolongaron décadas y terminaron enseñándonos más sobre la ausencia que sobre la compañía.

Hay amores callados que nunca se pronunciaron y amores gritados que nadie escuchó. Hay amores que se vivieron en secreto y otros que se exhibieron como banderas. Hay amores que nos salvaron y amores que, con dolorosa honestidad, nos destruyeron para volver a armarnos de otra manera.

Y en medio de tanta variedad late algo común: la certeza de que haber amado —aunque haya dolido, aunque no haya sido correspondido, aunque haya terminado— nos hizo más humanos.

Por eso este 14 de febrero, Día del Amor y la Amistad, quisimos que Susurros de Amor no fuera solo un libro más, sino una ofrenda colectiva. Una manera de decirnos, a través de fronteras y husos horarios, que no estamos solos en la maravilla y en el vértigo de querer.

Estos relatos no pretenden dar respuestas definitivas. El amor no las tiene. Lo que sí ofrecen es compañía. Alguien, en algún lugar del vasto territorio hispanohablante, ya ha sentido lo que tú sientes ahora. Alguien ya ha llorado esa misma lágrima, ha escrito esa misma carta que nunca envió, ha mirado el teléfono esperando ese mensaje que no llegó, ha sonreído con incredulidad al descubrir que, contra todo pronóstico, volvía a creer.

Treinta y nueve escritores, treinta y nueve formas de nombrar lo innombrable. Treinta y nueve susurros que, al juntarse, dejan de ser susurros y se convierten en un coro callado pero firme: el amor existe. Duele, alegra, confunde, transforma, pero existe.

Que al abrir estas páginas sientas, aunque sea por un instante, que tu propio febrero inconcluso encuentra eco en otro corazón lejano. Que recuerdes —o descubras— que querer, en cualquiera de sus versiones, nunca fue un error, sino la prueba más hermosa de que estamos vivos.

Feliz Día del Amor y la Amistad.

Que estos susurros te encuentren, te acompañen y, si es necesario, también te consuelen.

Con cariño y gratitud infinita, en nombre de las treinta y nueve voces que hicieron posible este libro.

14 de febrero de 2026

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

Amor en una Colmena

Karla María Barillas Paiz

GUATEMALA

Rogelio era una abeja excepcional, su cuerpo exhibía una mezcla singular de tonos: verde musgo y un rojo intenso, mientras que sus alas transparentes relucían bajo la luz solar, características de las reinas y príncipes.

Había hallado a un gran amigo: Felipe.

Rogelio le preguntó lleno de entusiasmo

—¿Tuviste un buen descanso?

—Si, gracias —contestó con una pequeña sonrisa.

—¿Listo para volar alto? —Era uno de sus pasatiempos preferidos.

—¡Por supuesto! —exclamó Felipe.

Juntos, comenzaron su vuelo a toda velocidad, mientras disfrutaban de la vista.

Desde arriba, los árboles parecían puntos diminutos, los ríos como finas líneas trazadas sobre un papel, y las cumbres ya no parecían tan altas. El viento soplaba fuerte, pero a ellos les encantaba sentir las ráfagas.

La libertad del aire, la rapidez y el viento eran los que les hacían tomar impulso hacia el horizonte. Para ellos, volar no era solo un recorrido, el vuelo era un ritual que celebraba su amistad y espíritu aventurero.

Rogelio soñaba con encontrar a su reina para compartir experiencias, sus anhelos y volar juntos.

Tras un tiempo de esparcimiento lleno de acrobacias entre colinas y montañas. Ambos se despidieron con la promesa de verse al día siguiente.

Durante el camino de regreso, Rogelio visualizó a una hermosa abejita que posaba sobre una flor. Se quedó intrigado el resto del camino, mientras pensaba en ella.

Se trataba de Tomasina, una majestuosa abeja reina contemplaba la naturaleza, siempre con la inspiración de plasmar en lienzos los colores y formas de su entorno.

Vislumbró a la distancia una figura ágil entre los árboles, se trataba de una abeja atlética que la intrigaba.

Entretanto, esa noche Rogelio no podía quitar de su pensamiento cómo su vida podría cambiar.

La reina había construido su palacio en un hermoso paraje del bosque, un refugio rodeado de naturaleza exuberante y elegante interior.

Al día siguiente una de sus doncellas entró con un copón de néctar.

—¿Desea algo más, Su Majestad? —preguntó la doncella con una sonrisa amable—. Su talento para la pintura es en realidad magistral, debo decir.

Tomasina negó con un leve movimiento de cabeza, sus pensamientos lejos de allí. Era uno de esos días en que despertaba con una profunda nostalgia por la reina madre.

Después de un breve momento, Tomasina habló.

—Trae el taburete, los pigmentos y el lienzo. Hoy saldremos a pintar más allá del árbol de olivo —ordenó con un aire decidido.

La doncella se apresuró a avisar a las demás. Pronto Tomasina salió del palacio, acompañada por un séquito de

doncellas: una llevaba el taburete, otra cargaba el lienzo y los pigmentos, mientras que una tercera sostenía una sombrilla para protegerla del sol. También iban doncellas con aperitivos y abejitas encargadas de su seguridad. La reina tenía como costumbre salir una vez por semana para respirar el aire fresco.

El grupo avanzó por el camino y, al llegar a una legua más allá del olivo, un panorama espectacular se desplegó ante ellas: una majestuosa cascada caía en el horizonte y el agua reflejaba los tonos del cielo. Las doncellas instalaron de inmediato todo lo necesario para que ella pudiera pintar; enseguida comenzó a dar sus primeras pinceladas, concentrada en cada trazo.

Sin embargo, lo que ella buscaba era volver a ver a esa abeja misteriosa, pero por desgracia no tuvo suerte. A pesar de ello, continuó con determinación, esperaba el momento propicio para conocerlo.

Pasados unos días, le llegó el informe que había solicitado sobre él. En cuanto comenzó a leerlo, una abeja le comentó con un brillo de entusiasmo en los ojos.

—¡Se llama Rogelio! Y es príncipe de un reino vecino, dijo la doncella.

La reina asintió pensativa, mientras lo leía. Se ilusionaba con la esperanza de que él pudiera formar parte de su reino. Mientras seguía con sus deberes, supervisaba el trabajo de sus doncellas en la colmena.

Un día, el sol amaneció resplandeciente sobre el extenso bosque. Los pajarillos, como de costumbre, entonaron una delicada sinfonía que llenaba el aire con sus cantos suaves.

En los aposentos reales la reina Tomasina se desperezaba, encantada por el sonido de sus pequeños amigos emplumados que, puntuales como cada mañana, se posaban en su balcón a la espera del dulce néctar de la preciada jalea real.

Esta sustancia dorada y espesa, reservada para las futuras reinas, era un verdadero elixir. La jalea real otorgaba longevidad y fortaleza.

Tomasina sabía que la jalea la había convertido en la más fuerte de todas, y a sus invitados, les ofrecía pequeñas dosis que depositaba de manera cuidadosa en su dedo, al tiempo que disfrutaba de los suaves pellizcos que las aves le daban mientras probaban el manjar.

Como todos los días, una doncella entró al aposento para atenderla y preparar su desayuno. Esta le hizo una reverencia con cariño.

—Buenos días, mi reina. He traído su desayuno; espero sea de su agrado —dijo la doncella, cómplice de Tomasina.

—Buenos días, querida, respondió mientras recibía la bandeja.

La doncella se retiró, y Tomasina casi sin poder contener su emoción saltó de la cama y corrió al balcón. Con una copita pequeña de jalea real en la mano, susurró a sus amigos emplumados:

—Gracias por despertar a esta humilde reina con sus cantos melodiosos. Hoy tengo una gran noticia que compartirles.

Las aves la miraron con curiosidad, al tiempo que inclinaban la cabeza y trinaban en respuesta. Tomasina sonrió, acercándoles un poco más de jalea real.

—Les cuento que he conocido a alguien especial —sus ojos brillaban de emoción—. Se llama Rogelio, y desde entonces, mis pensamientos están llenos de él.

Las aves parecían fascinadas por su relato, como si comprendieran el anhelo en la voz de la reina.

—Tal vez, cuando lo conozca, él también sienta esta magia —continuó ella—. ¿Qué le diré? ¿Le hablaré de los secretos de la jalea, del néctar y de este dulce mundo? O quizá solo sonría...

Tomasina se perdió en su imaginación, dejaba que su corazón latiera al ritmo de sus pensamientos.

Mientras tanto, el bosque aún vibraba con vida y el cielo comenzaba a llenarse de suaves tonos dorados. La reina suspiró, miraba al horizonte y murmuraba:

—Algún día, Rogelio escuchará su hermoso canto también.

—¡Amigos míos! Hoy son mis invitados de honor, entren, recorran el palacio y sientan que este es su hogar.

Los pajaritos, emocionados por el detalle de la reina, revoloteaban entre sus aposentos reales, sintiéndose honrados. Apenas se acomodaron en el palacio, una idea brillante cruzó sus mentes: ¡debían encontrar un regalo perfecto para la reina! Sin perder tiempo, volaron en busca de flores frescas. Con delicadeza, recolectaron las más hermosas que hallaron en el césped, aunque, enfrentaron el pequeño reto de no poder arrancar algunas flores de arbustos y árboles por su diminuto tamaño. Aun así, reunieron un delicado ramo y con ternura, se lo entregaron como muestra de su gratitud.

La reina, conmovida, extendió sus alas en señal de agradecimiento.

—¡Gracias, queridos amigos! Su gentileza hace que este día sea aún más especial.

Los pajaritos recorrían el palacio, asombrados por la majestuosidad.

Decidió que pasaría la tarde en la pradera, para disfrutar del sol y del arte. Así que, llamó a sus doncellas

Al estar en la pradera, junto al borde de un antiguo olivo, la reina comenzó a pintar. Entretanto, una de sus doncellas, que caminaba de forma descuidada, tropezó con una piedra. Enseguida, una abeja la ayudó a levantarse: se trataba de Rogelio.

—Príncipe Rogelio... —murmuró la doncella, sorprendida de verlo tan cerca.

—¿Sabes mi nombre? —preguntó él, desconcertado.

—Claro, mi reina ha oído hablar de usted.

Rogelio, al recordar las miradas de la reina desde lejos, se armó de valor y le pidió a la doncella un favor.

—¿Le podrías entregar esta nota? —preguntó con ansia, tendiéndole un pequeño mensaje.

La doncella aceptó y llevó con rapidez la nota a la reina. Cuando esta la abrió, su corazón latió con fuerza.

«Mi nombre es Rogelio, su humilde admirador. Desde lejos, me he maravillado con su belleza y su majestuosidad. No me atrevo a acercarme, pero si fuese posible me gustaría tener la fortuna de verla una vez más».

La reina miró a su alrededor, buscaba al autor de tan sentidas palabras. La doncella le indicó, al señalar con discreción:

—Está detrás de aquellos arbustos, mi reina.

Tomasina suspiró con el pulso acelerado y con una sensación de euforia que apenas podía ocultar. Pidió a su doncella que distrajera a sus escoltas. Con pasos cuidadosos se acercó hacia Rogelio. Al verla, él también sintió el vértigo y la emoción de estar ante su reina.

—Mi reina... —murmuró Rogelio, al tartamudear por los nervios. —Al fin tengo el honor de dirigirle unas palabras.

—¡Rogelio! —respondió la reina, al notar cómo cada palabra de él hacía latir más rápido su corazón—. Es un placer conocerte.

Durante esos momentos mágicos, ambos se sentían como si estuvieran solos en el universo, ese encuentro fue especial.

Pero ese día en la pradera, bajo el sol acariciando las flores, no había más que miradas y palabras temblorosas.

Rogelio le propuso:

—Mi reina, podríamos reunirnos en este mismo lugar, solo con el arbusto de por medio.

La reina respondió:

— Acepto.

Ordenó a las doncellas regresar al palacio.

Así pasaron un par de semanas según lo acordado: todos los días la reina se reunía con Rogelio antes del mediodía. Durante sus conversaciones, Tomasina conoció la personalidad de Rogelio, sus gustos, detalles de su mejor amigo Felipe y su lugar de residencia actual. Esto aumentó su fascinación por él, quien se sintió igual de atraído; ambos estaban más enamorados que nunca.

—¿Mi príncipe estaría de acuerdo en que, en lugar de nuestro arbusto, testigo de nuestro amor, ahora sea una pared del aposento real la que nos separe?

Rogelio respondió:

—Acepto. Igual, me he enamorado, y si este es el sacrificio por nuestro amor, lo haré con gusto.

Rogelio se reunió todas las tardes con Tomasina, se colocaban pared con pared para conversar. Esta no dejó de cumplir con sus obligaciones, que lograba con éxito gracias al amor. Sin embargo, aunque se sentía amada, lamentaba el no

poder estar más cerca de Rogelio y disfrutar en plenitud de su amor. Tampoco olvidaba su deber de procrear, crucial para el futuro de la colonia. Pensamiento que le quitaba el sueño.

Después de meditar, fue a la celdilla de Rogelio y le dijo: — Entraré, deseo estar con usted.

Rogelio comprendió.

—Mi reina, acepto su decisión. Es su deber por el bienestar de sus cortesanas.

Entró a la celdilla, y ambos disfrutaron de estar juntos. Días después, la Reina Tomasina le dio el último adiós a su príncipe.

Agradecida por el tiempo que compartieron.

Epílogo

En el mundo de las abejas, los machos cuentan con una única oportunidad de acercarse a la abeja reina. Durante el vuelo de apareamiento, solo aquel que logra alcanzarla puede cumplir su propósito. En ese instante, el macho se une a la historia de la colmena al dejar en ella su esencia. No hay regreso después de ese momento: tras el apareamiento, el macho muere. Así concluye su vida, en el mismo acto en que entrega todo lo que es.

Amor en la Sangre

Cirenia Salazar

MÉXICO

El aire en la habitación de la señora Ana María Vidauri era espeso, cargado con el olor metálico de la enfermedad y el perfume rancio de las flores marchitas que nadie se había molestado en cambiar. Todo era gris, una paleta de sombras que parecía devorar la poca luz que se filtraba por las cortinas deshilachadas. Gerardo Munguía permanecía de pie junto a la ventana, mientras observaba cómo la lluvia golpeaba el cristal, sentía que cada gota era un eco de su propio arrepentimiento.

En un rincón, Blanca Luz, una pequeña de rizos dorados que parecía un ángel extraviado en un cementerio, observaba a su madre con una mueca de incredulidad. No lloraba de forma escandalosa; su dolor era un silencio profundo, una incomprensión infantil; la mujer que antes era su refugio ahora es un cuerpo frágil, incapaz de responder a sus llamados.

Gerardo se acercó a la niña y sintió un nudo en la garganta. Pensaba en las tragedias que Blanca Luz había cargado en su corta espalda: su padre muerto apenas dos años antes y ahora, el último hilo que la unía al mundo se cortaba. Pero para Gerardo esto era más que caridad. Era un juramento de sangre. Antes de que Ana María cerrara los ojos para siempre, él se había inclinado sobre ella y le había jurado, por el amor que alguna vez se tuvieron —aquel amor que su propia madre se encargó de destruir con un complejo edípico asfixiante—, que velaría por la niña.

—Blanca Luz, pequeña —dijo Gerardo con voz quebrada—, debes comprender que tu madre ya no sufre. Se ha reunido con tu padre y ahora ambos están con Dios.

La niña lo miró con esos ojos que eran el vivo retrato de la mujer que Gerardo amó.

—Pero... ¿quién me va a contar cuentos, señor Gerardo?

—Tú vendrás conmigo —respondió él, tomándola de la mano—. En mi casa hay espacio, hay luz. Allí conocerás a Luis, mi hijo. Jugarán juntos, irás a la escuela y volverás a tener una familia.

Durante el trayecto hacia la mansión Munguía, Blanca Luz se quedó dormida en el asiento trasero del auto. Gerardo no podía dejar de mirarla. «Es idéntica», pensaba, mientras los fantasmas de su juventud regresaban. Recordó cómo su madre, con una frialdad quirúrgica, había separado sus vidas años atrás, enviándolo lejos y calumniado a Ana María. El destino, caprichoso y cruel, los había vuelto a encontrar cuando ambos eran viudos, pero el tiempo ya les había robado la oportunidad: Ana María ya estaba herida de muerte por una enfermedad incurable.

Al llegar a la casa, el chofer bajó las maletas mientras un niño de rostro vivaz salía de prisa al encuentro del vehículo. Era Luis.

—¡Papá! ¡Papito! —gritaba con el entusiasmo propio de quien no conoce el dolor.

Gerardo lo abrazó, pero pronto lo apartó de forma sutil para presentarle a la invitada.

—Luis, te presento a Blanca Luz. A partir de hoy vivirá con nosotros; te pido la cuides y respetes como si fuera tu propia hermana.

Luis miró a la niña con curiosidad. La fragilidad de Blanca Luz despertó en él un instinto de protección inmediato.

—¿Y sus papás? —susurró intrigado.

—Están en el cielo, hijo. Por eso debemos ser su verdadera familia ahora.

Luis, con esa cara de pícaro que lo distinguía, le extendió la mano a la niña.

—Hola, Blanca Luz. No estés triste. Si vas a ser mi hermana, tienes que ver mi lugar favorito. ¿Podemos ir, papá?

Gerardo asintió con una sonrisa melancólica.

La mansión era imponente, rodeada de jardines que parecían sacados de un sueño, llenos de rosales y árboles centenarios que susurraban con el viento. Luis llevó a Blanca Luz hasta el rincón más apartado de la propiedad, un lugar donde el tiempo parecía detenerse.

—Este será nuestro escondite —dijo Luis, mientras cortaba una rosa roja y se la entregaba—. Esta flor es para que nunca te olvides de mí, para que sepas que siempre estaré aquí.

La pequeña agarró la flor con manos temblorosas y, buscó algo de permanencia en un mundo que se le desmoronaba, tomó un palito afilado del suelo.

—Voy a grabar la fecha de hoy en el árbol para que sea un pacto para siempre.

En la corteza quedó marcada una cicatriz que los uniría como si fuese un pacto de sangre: 4 de abril de 1981.

Las estaciones pasaron y la marca que grabaron en el tronco del árbol comenzó a estirarse y oscurecerse, tal como el sentimiento que los unía. Lo que Gerardo había imaginado como una sana relación de hermanos se había convertido en algo mucho más denso y complejo. Luis y Blanca Luz eran inseparables: la misma escuela, las mismas tareas, los mismos paseos. Cada 4 de abril, sin falta, regresaban a su árbol para renovar su pacto silencioso.

Gerardo los observaba desde la biblioteca con una creciente inquietud. Veía cómo se miraban, cómo se buscaban. No había malicia en ellos, pero sí una devoción que trascendía los lazos fraternales que él intentó imponer. Un día llamó a su fiel servidor Tomás para desahogarse.

—Tomás, esto no puede seguir así. El cariño que se tienen es... demasiado profundo. He decidido enviar a Luis a Europa.

—Pero, señor —intervino Tomás—, usted mismo pidió que se quisieran y cuidaran; son niños.

—Justo por eso —respondió Gerardo con dureza—. Quiero que se haga un hombre allá, que conozca otras mujeres. Si se quedan juntos, el recuerdo de Blanca Luz será una cadena. Solo intento evitar una tragedia.

Blanca Luz, escondida tras la puerta, escuchó cada palabra. Corrió al escondite secreto donde Luis la esperaba. Las lágrimas corrían por su rostro mientras le contaba el plan de su padre. Luis la tomó de las manos, trataba de ser fuerte a pesar de que su propio mundo se tambaleaba.

—Prométeme una cosa, Blanca Luz —dijo Luis—. Pase lo que pase, no olvides nuestro lugar. Guarda esa flor que te di el primer día.

—La tengo guardada y la guardaré siempre —sollozó ella.

El día de la partida de Luis fue un desgarró silencioso en la mansión Munguía. Blanca Luz no podía contener las lágrimas mientras veía las maletas en el vestíbulo, esas cajas de cuero que parecían ataúdes donde se enterraba su infancia. Luis, trataba de mantener una compostura de hombre que aún no le pertenecía, la abrazó con una fuerza que buscaba dejar una huella física en su piel.

—Te escribiré cada semana —le susurró al oído, mientras desafiaba con la mirada a su padre, quien observaba la escena desde la escalera con el rostro de piedra—. Nada va a cambiar.

Pero Gerardo tenía otros planes. Cuando el avión despegó, comenzó una guerra de desgaste. Los meses se convirtieron en años de vacío. Blanca Luz pasaba las tardes en su cuarto, un santuario de soledad donde la ausencia de Luis era un peso tangible. Acariciaba la flor seca del primer día, cuyos pétalos se desmoronaban como sus esperanzas. «Tan pronto se olvidó de mí», pensaba con amargura, pero ignoraba que, en el despacho de abajo, Gerardo acumulaba cartas sin abrir.

En un colegio de élite en Inglaterra, Luis vivía su propio infierno. Al principio, la rabia lo mantenía vivo; escribía cartas febriles, llenas de promesas y relatos de su nueva vida. Pero, al no recibir respuesta, el orgullo empezó a suplantar al dolor. Gerardo y Tomás, en una habitación oscura y fría, discutían el destino de esa correspondencia.

—Señor, ya van decenas de cartas —decía Tomás con desaprobación—. El muchacho está roto y la niña cree que no le importa.

—Es por su bien, Tomás —respondía Gerardo, aunque sus manos temblaban—. El tiempo es el mejor cirujano. Si no hay contacto, la herida cierra. Solo trato de evitar que el pecado de los padres caiga sobre los hijos.

—¿Pecado? Señor, ¿qué es lo que no nos ha dicho?

—Es algo de lo que ni yo mismo estoy seguro y no quiero confirmar.

El calendario siguió su curso; Luis ya no era el niño de rostro pícaro, sino un hombre de mundo, con la mirada endurecida por el vino, las parrandas y mujeres que solo servían para anestesiar el recuerdo de una niña de rizos dorados. Por su parte, Blanca Luz se había convertido en una mujer de una belleza melancólica,

una presencia etérea que vagaba por la casa como un fantasma elegante.

Gerardo, ahora un anciano cuyas canas brillaban bajo el sol del jardín, sentía que su tiempo se agotaba. Una mañana, mientras tomaba su café, Blanca Luz se sentó frente a él. Ya no había sumisión en sus ojos, sino una determinación gélida.

—Papá Gerardo, necesito la verdad —dijo ella, y el anciano supo que el momento del juicio había llegado—. ¿Qué hubo en realidad entre mi madre y tú? ¿Por qué nunca te vi en mi casa mientras mi padre vivía?

Gerardo suspiró, sentía que el peso en su pecho no era solo la enfermedad, sino la verdad que pugnaba por salir.

—Tu madre y yo fuimos novios de jóvenes. Mi madre, una mujer de una voluntad de hierro, la despreciaba. Me obligó a dejarla. Nos separamos y ella se casó con tu padre. Cuando él murió, la busqué por pura nostalgia, pero ya era tarde. La enfermedad ya la habitaba.

—Eso no lo explica todo —insistió Blanca Luz, acercándose—. ¿Por qué nos separaste a Luis y a mí con tanta crueldad? ¿Eres mi verdadero padre? ¿Somos Luis y yo hermanos de sangre?

El silencio que siguió fue interrumpido por un grito de júbilo desde la entrada.

—¡Niño Luis! ¡Ha llegado el niño Luis!

Luis entró al jardín como un vendaval. Su presencia llenó el espacio, hacía que el aire se sintiera más pesado. Al ver a Blanca Luz, se detuvo en seco. Los años de silencio desaparecieron en un segundo. La conexión seguía allí, vibrante y prohibida. Gerardo aprovechó la confusión para retirarse, evitaba la pregunta que lo habría condenado.

Los días siguientes fueron una danza de sombras. Luis y Blanca Luz se buscaban en los pasillos, se encontraban en el escondite secreto, bajo el árbol de 1981. Luis le confesó que nunca dejó de escribir; Blanca Luz le contó que nunca recibió nada. El odio hacia Gerardo creció en sus pechos, pero fue sofocado por la muerte inminente del anciano.

En su lecho de muerte, Gerardo llamó a Luis. Sus últimas palabras fueron un susurro asfixiado, una advertencia que sonaba a súplica:

—Cuidala... pero como... una hermana... solo... hermana...

Cuando Gerardo cerró los ojos para siempre, dejó tras de sí un testamento de dudas y una carta sellada, entregada a Tomás. «Tú sabrás cuándo dárselas», le había dicho.

Semanas después del funeral, en la penumbra del jardín, Luis se arrodilló ante Blanca Luz.

—No me importa el pasado ni los secretos de mi padre —dijo, ofreciéndole un anillo—. Quiero que seas mi esposa.

—Pero la carta, Luis... Tomás dice que la carta lo explica todo.

Tomás apareció entre los rosales, sostenía el sobre que contenía la verdad definitiva. Blanca Luz temblaba. Ella presentía que la carta confirmaría que su amor era un incesto, una aberración ante Dios y los hombres.

—Si abrimos esa carta —dijo Luis, mientras tomaba el sobre de las manos de Tomás—, permitiremos que un muerto decida nuestro futuro. Si dice que somos hermanos, nuestro amor será un crimen. Pero si no la abrimos...

Luis acercó un encendedor al papel. La llama lamió el borde del sobre, al devorar las palabras que Gerardo Munguía había

escrito con tanto dolor y culpa. El secreto se convirtió en humo y ceniza, dispersándose entre las rosas del jardín.

—Te amo por encima de cualquier sangre —sentenció Luis, mientras las cenizas caían al suelo.

Blanca Luz lo abrazó, lloraba de alivio y terror. Decidieron vivir en la luz de una mentira compartida antes que en la oscuridad de una verdad devastadora.

Amor en tiempo de Pandemia



Miguel Ángel Amaya Ventura

MÉXICO

«Nora»

Todos los días libraba una dura batalla contra la muerte, a la cual había visto de cerca como nunca antes. Miraba en la cara de los enfermos infectados por el COVID una gran desesperación al sentir cómo, entre cada débil bocanada de aire, se les escapaba la vida. Tuve que dar consuelo a muchos familiares de los fallecidos, y me había quedado callada ante las preguntas que me hacían, respecto a la posibilidad de conseguir los antiviricos o ventiladores necesarios, para atender a sus seres queridos, o informar si pronto se contaría con las deseadas vacunas para lograr atenuar el impacto de la plaga.

El recuento diario de los decesos era bastante alto en todas partes; casi no conocía a alguien que no tuviera entre sus cercanos alguna víctima del contagio. Mi propio ex esposo se encontraba internado en un estado muy grave y sabía que moriría muy pronto. Por ello fue menester que me ocupara de mi hija adolescente, que la rescatara y le diera un techo seguro donde pudiera pasar ese tiempo tan angustioso.

Cada día terminaba agotada; me dolía el cuerpo de tanta tensión y miedo como vivía en el hospital. Solo hallaba consuelo y alivio en mi refugio personal, en mi hogar, con los míos. Allá ansiaba escapar cada noche para soltar el pánico y la inquietud que me ahogaban. Salía presurosa, deseaba llegar pronto para relajarme, tomar nuevos bríos y continuar en esa ardua batalla desde mi trinchera. Ya en mi guarida era recibida por unos

amorosos brazos que me estrechaban y, con su calor, me hacían olvidar todo este sufrimiento que me rodeaba.

«Lety»

Cuando él entró a mi habitación, yo estaba desnuda y le esperaba. Permaneció quieto por unos segundos, al contemplar y disfrutar de la vista que mi cuerpo descubierto le regalaba, para quedar atrapado en la sonrisa pícaro que le dedicaba. Para enardecerlo aún más, saqué la lengua y la repasé sobre mis labios para humedecerlos y provocar sus deseos de besarme.

Sabía muy bien que él no podría negarse a esta invitación silenciosa. Le ofrecía olvidarse de las penas del exterior, alejar por un tiempo sus pensamientos del peligro que acechaba en la calle en este tiempo de contagios y ayudarle a relajar su tensión laboral. Yo me relajaba con él después de esas horas obligatorias de trabajo, sentada frente al ordenador que se había convertido en parte de mí desde que comenzara a tomar las clases en línea.

Al sentirlo llegar a casa, me apresuré a prepararme para recibirlo. Me desvestí con rapidez, puse un poco de perfume aquí y allá para resaltar mi atractivo y me recosté en la cama, sabedora de que lo primero que haría sería venir a buscarme. No me equivoqué: lo hizo, porque él, como yo misma, nos encontramos atrapados en este sentimiento de necesidad que solo se puede calmar con nuestro contacto íntimo.

Se despojó presto de su ropa, sin perder de vista la planicie de mi tersa piel blanca, que se le presentaba como un paraíso: un oasis cálido al cual deseaba arribar sin demora. Mientras él se desnudaba, reparé también en sus encantos masculinos, que habían logrado despertar en mí fantasías y sueños húmedos desde que le conociera. Él es muy atractivo, a pesar de su edad. Yo lo deseé desde la primera vez que lo vi y me porté de una forma muy atrevida para inducirlo poco a poco a acercarse a mí y cumplir mis deseos más reprimidos.

Al recostarse sobre mi cuerpo, me besó, disfrutaba del sabor a cereza de mi lápiz labial. Aspiró el perfume de mi cabello —una fragancia dulce que él mismo me obsequió en mi cumpleaños—. Acarició mi rostro, mordió una de mis orejas y me aplicó un par de chupetones juguetones en el cuello. Luego yo misma me acomodé, levanté las piernas para rodear su cintura y que tomara posesión de mí.

Su ariete ya estaba lubricado y más que dispuesto, así que encontró con facilidad el ya conocido sendero hacia mi sexo. Recordé en ese instante la primera vez que tuvimos relaciones y, al hacerlo, le dije que desearía que él hubiera sido el primero. «Debí reservarme para ti», fueron mis palabras.

—Eso no importa —contestó besándome—; la virginidad... el himen, no es más que un obstáculo que la naturaleza maliciosa puso en ustedes sin una clara explicación de su utilidad.... Para mí —agregó al murmurarme al oído—, la estrechez de tu vulva es lo más maravilloso que jamás había conocido.

Hicimos el amor, esta vez con mucha parsimonia, con detenimiento y con conciencia, para saborear cada uno las manipulaciones del otro. A ratos él aceleraba su movimiento de cadera para sentir cómo su miembro entraba hasta el tope en mí, y luego yo me movía, adelantándome para recibir con mayor fuerza sus empujones profundos.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Tú sabes que me encanta —respondió él.

Luego de unos minutos, le pedí que dejara de montarme para poder disfrutar de sus manipulaciones en mis sensibles pezones rosados. Entonces se recostó y yo me trepé, abrí las piernas. Al tener ya calado su sexo en mi abertura, mi amante maduro se transformó en un pequeño niño lactante que atrapaba los pechos de su madre para succionarlos con apetito y amor.

De esta forma me hizo explotar y él, a su vez, derramó en mi interior una descarga abundante y caliente. Aún estábamos en la cima del éxtasis cuando se escuchó que alguien abría la puerta del departamento. Bajé enseguida de su cuerpo y él se quedó quieto unos instantes. Escuchamos entonces una voz: alguien le llamaba. Él se incorporó, se vistió en seguida, salió y me dejó allí tendida.

«Miguel»

Salí de la habitación y fui al encuentro de Nora. La abracé y le di un beso en los labios que correspondió enamorada. «Te amo», dijo. «Y yo te amo a ti», contesté dándole un fuerte abrazo.

—Hoy tuve mucho trabajo en el hospital porque la pandemia aún se encuentra en una fase muy intensa —me explicó ella sentándose en el sofá, mientras arrojaba su cubre bocas a un lado y soltaba la tensión de su cuerpo con una profunda exhalación—. Necesito relajarme...olvidarme de toda esta locura.

—Lo sé —dije sentándome a su lado, abrazándola y hablándole al oído—. Eres una admirable doctora comprometida con tu trabajo... Yo también tuve un día pesado en la oficina... Pero ahora juntos nos desharemos de toda la tensión de la jornada.

—Gracias, amor —respondió ella dándome un beso en los labios—. Solo tú eres capaz de hacerme olvidar mi fatiga —Yo la besé con mucha pasión y sentí que el deseo por ella emergía galopante.

—Esta noche no quiero cenar. Es mejor que vayamos a nuestra recámara —propuso ella con una mirada febril e invitante.

—Claro que sí, cariño —contesté al tiempo que acariciaba sus piernas y experimentaba un avasallante deseo.

—Entonces permíteme un segundo —dijo Nora, que se incorporó y caminó hasta la puerta de la habitación de la que yo acababa de salir. Dio un par de golpes y dijo:

—Lety, hoy Miguel duerme conmigo... ¡Buenas noches hija!

—Está bien, mamá, buenas noches —le respondieron desde adentro...

Esperándola

Miguel Ángel Acquesta

ARGENTINA

El tañido del reloj en el estudio me sobresaltó. Ya son las nueve de la noche. Se me hizo tarde. A las nueve y cuarto viene Ella y Yo debería estar, como siempre, allí esperándola, un ratito antes, por las dudas. El día se me hizo interminable hoy, nunca llegaba la noche para tenerla. Me pondré el sobretodo nuevo para ir a buscarla. Hace mucho frío. Mejor dejo la luz prendida, total enseguida estaré aquí con Ella. Dos vueltas de llave por las dudas y ¡fuera!

En verdad hace más frío del que creía. Es una noche como para esperarla en casa. Pero yo no lo puedo hacer. Será la costumbre de tanto tiempo. O, tal vez, esa hermosa y extraña sensación de recibirla primero, cada noche, en la esquina, cuando recién llega. No lo sé con certeza, pero no puedo dejar de ir. Algo me impulsa y me guía hasta la parada de Cabildo e Ibera.

Camino por Campos Salles rumbo a la avenida, estoy a tres cuadras, es cuestión de apurar el paso para entrar un poco en calor. Aunque pensándolo bien, cuando voy a buscarla siempre camino ligero. Que linda quedó Cabildo con la nueva iluminación y el asfalto. Aunque tenía las plazoletas en el medio también era linda. Sólo faltan dos cuadras, un apuroncito más y ya estaré en Ibera. El Bingo como siempre lleno de gente, pese a la competencia de la agencia hípica en el viejo Cine Elite. El juego y sus ilusiones no afloja. Las nueve y cinco, todavía falta un rato. Siempre me pasa lo mismo, creo que voy a llegar tarde, que Ella llegará primero, me angustio y por fin arriba antes. Pero no tengo remedio para eso. Qué mejor que fumar un poco para acortar la espera. Los Jockey Club siempre están, listos para hacerme compañía. Hoy esperan en el bolsillo interior del sobretodo. Tomo

uno, saco los fósforos carterita del bolsillo externo, una raspadita y listo...humo, un poco amargo pero necesario.

No vendría mal guarecerse en la entrada de la mueblería. La avenida Cabildo, al ser ancha y libre de edificios se transforma en una ruta del viento sur, helado. No sea cosa que me resfríe esperándola, si bien Ella lo vale. Esta mueblería es un santuario al mal gusto. Sin embargo, hace más de diez años subsiste en esa esquina. Desde que cerraron el bar. Es una pena, antes era lindo esperarla mientras tomaba un cafecito y después quedarnos, con Ella en la mesa un rato. El tránsito va disminuyendo, pero se hace más rápido, con el semáforo descompuesto se complica cruzar la Avenida a esta hora. Siempre recuerdo al Gordo Luis, con su sánguche de salame y queso a medio comer, que salía del bar para ver el cuerpo de una señora atropellada por un coche en esa misma esquina. Éramos adolescentes y los demás nos quedamos congelados en la mesa, no dejó de impresionarnos que a nuestro amigo le interesara ir a ver un cadáver desparramado en el asfalto mientras aún mordía su sánguche. Hace rato que no veo a ninguno de los que frecuentábamos el bar en esa época. Tampoco los extraño. Sólo hecho de menos a Cristina. Pese al frío mucha gente camina por la Avenida, Protegiéndose del viento, en especial en esta esquina donde, por lo general, se embolsa y toma fuerza.

Allá viene el vehículo. No... a ver... No, es igualito, pero es otro. Ya son las nueve y cuarto y no llega. ¡Qué raro!, ¿le habrá pasado algo? Nunca se retrasa. Dios quiera que no. Mejor pienso en otra cosa para no preocuparme más de la cuenta. Aunque ya estoy un poco nervioso. Me tomaría medio Lexotanil, pero no traje. ¿Qué dirá Ella hoy?

¿Pero cómo puede tardar tanto? No tengo que pensar en Ella. Sin embargo, siempre es puntual. Algún semáforo descompuesto o un embotellamiento inesperado la demoró. Ya otras veces, aunque raras, se atrasó, en especial cuando pasa algo grave o por algún lío en el centro. Esos retrasos siempre me

producen esta angustia que ahora me acelera la respiración y los latidos cardíacos. Aparece el vago temor que siento ahora. El miedo de que Ella no venga hoy y tenga que afrontar la noche solo. Sin su compañía. El temor a que se repita la historia de Cristina. Mi primer amor. Mi gran amor, La esperé en vano durante tanto tiempo en ese bar, con la esperanza de que una tarde volviera. El mismo bar en el que, una tarde a finales de febrero de 1969, me dijo que lo nuestro ya no iba más. Que había conocido a otra persona en Mar del Plata y estaba enamorada. Los cinco años juntos, nuestros planes y proyectos, los sueños compartidos, todo murió en esas mesas. Esa tarde, para mí, empezó una tristeza que no tiene fin. No quiero que se vuelva a repetir el abandono,

Tal vez a miles les pasa lo mismo. ¡Aunque no! ¡Eso no! ¡Igual no. Nadie vive como Yo esos momentos con Ella. Nadie la valora tanto. Nadie la espera de este modo, con este nudo en la garganta y el corazón a los saltos. Con ansiedad febril por ser el primero en recibirla. Para tenerla en mis manos antes que nadie. Pero... ¿y si no viniera? No, mejor ni pensar en eso. Sería terrible. Iría a buscarla en otro lado, en cualquier lugar. Pero ya no sería lo mismo que cuando Ella llega acá. A Ibera y Cabildo. Nuestra esquina. La del adiós definitivo de Cristina. Como si Ella también me fallara, me abandonara. Como mi gran amor, Como todos.

Pero vendrá... no debo desesperarme.

¡Ahí viene! Ahora sí. Esta vez es Ella. Allí veo el cartel con claridad. ¡Qué velocidad, se ve que es una Chevrolet! Ya quedó todo atrás, la angustia, el temor, el sobresalto, una profunda alegría penetra en el cuerpo y me cobija. Como la del primer día. Todavía percibo su aroma cuando la tuve en mis manos aquella noche. Estaba en el departamento de la prima de Alicia por la zona del Cid Campeador y recuerdo que se enojaron porque dejé de prestarles atención por Ella. Voy a correr a la vereda de enfrente para recibirla y llevarla hasta casa agarrándola muy fuerte. Dejo pasar a este loco que viene haciendo picadas contra nadie por la

Avenida. Hace rato que no corro, el pucho me tiene mal. Estoy jadeante, pero ya estoy junto a Ella. Ahí está...

«Don Jorge, la Rosa por favor».

PD. La Rosa, forma familiar de los aficionados al turf de mencionar a la Revista de pronósticos más antigua y popular de la Argentina. La Palermo Rosa.

Un Encuentro Inesperado

Rosaura Béjar Hernández

MÉXICO

Felipa contoneaba las caderas, un poco más de lo habitual por la prisa; tenía que comprar un traje sastre, un vestido y unos zapatos elegantes pero cómodos para traerlos todo el día.

Era mediodía y ya había terminado. Caminaba despreocupada mientras disfrutaba de un helado. Al llegar a la esquina, choca con un joven de rasgos agradables, alto y fornido. Por desgracia, le mancha el suéter y se disculpa. De inmediato saca un pañuelo de su bolso para limpiarlo. Él, deslumbrado por su belleza, permanece mudo y la observa sin parpadear.

De inmediato da la media vuelta y sigue su camino, al tiempo que contonea su monumental cadera.

De pronto, escucha un grito.

—¿Cuál es tu nombre?!

—Felipa —contesta sin detenerse.

El joven tarda en reaccionar y, después, corre sin lograr alcanzarla; mientras ella sube a un taxi que se aleja a gran velocidad.

Al día siguiente, Felipa llega muy temprano a su trabajo. El sonido de sus tacones resonaba en la estancia.

—Buen día, ¿dónde se encuentra contabilidad? —pregunta con una enorme sonrisa.

—En el quinto piso, a la derecha —responde la recepcionista.

Felipa llega a su destino y se presenta. Una mujer le indica que tome asiento y que en un momento le atenderá el Licenciado Andrés.

Grande fue su sorpresa, al darse cuenta de que se trataba del mismo joven al que le había manchado el suéter. Muy apenada lo saluda.

—Ya nos conocíamos ¿verdad? —Le pregunta el joven mientras sonrío.

—Al parecer si —responde sonrojándose.

—¿Entonces es usted la nueva jefa del departamento de contabilidad?

Ella tartamudea, intenta recobrar la compostura y contesta con voz entrecortada:

—Sí.

—Espero que se repita la experiencia de ayer —le dice al oído en voz baja—. Acompañeme, le muestro su oficina.

Ella lo sigue, apenada de manera visible. Al entrar, Andrés cierra la puerta y la rodea por la cintura; con suavidad muerde su labio inferior mientras le dice:

—Recuerde que una de las políticas de la empresa prohíbe los romances entre compañeros. Espero lo tenga en cuenta. Con un giro brusco, él se retira. Ella, desconcertada, deja que su mirada se pierda en cada rincón del escritorio saturado de papeles.

El día se consume con rapidez entre presentaciones, consejos, orientaciones y montones de papeles. Al disponerse a salir, descubre a Andrés recargado en un automóvil azul marino. Con un gesto, él le pide que se acerque; Felipa, sin titubeos, levanta la mano para detener un taxi, entra en él y se aleja sin mirar atrás.

Semanas enteras la esperó a la salida, siempre erguido, con ese aire elegante, distinguido y sofisticado que lo caracterizaba

Felipa, agotada de aquella situación, decidió enfrentarlo y darle la oportunidad de explicar su comportamiento. Esa tarde, aceptó que la acompañara hasta su departamento. Durante el trayecto, él se mostró afable, condescendiente, todo un caballero. Sin rodeos, le confesó la atracción que sentía; fue directo, pero mantuvo un tono respetuoso que la dejó pensativa.

Felipa resistió durante meses, aferrada al temor de que él descubriera su secreto. Pero un día, vencida por la incertidumbre, lo invitó a pasar. Apenas cruzaron el umbral, se fundieron en un abrazo inesperado: tierno, limpio, casi paternal. Andrés deslizó sus dedos entre el cabello suelto y perfumado, rozó su mejilla con la suavidad de su barbilla, como quien acaricia a un recién nacido. Luego, con labios húmedos, recorrió su cuello de arriba abajo, una y otra vez. Felipa permaneció inmóvil, petrificada; no podía aceptar que un hombre como él se fijara en ella, y esa incredulidad la mantenía en un estado constante de alerta.

Su recorrido continuó hasta el punto donde sus senos se unían, firmes y turgentes. Los besó con calma, despacio, sin prisa, mientras sus manos desabotonaban la blusa con delicadeza. Paso a paso la condujo por los placeres del arte de amar, mientras despertaba en ella una pasión creciente, un gozo profundo y una entrega sin límites. Se dieron el uno al otro por completo, hasta quedar tendidos sobre el tapete colorido que dominaba el centro de la sala. Allí permanecieron, en un tiempo suspendido, fundidos en un abrazo que parecía destinado a no terminar jamás.

De pronto, él se levantó de un salto.

—Se me hizo tarde —balbuceó.

Se vistió con premura y, sin pronunciar palabra, salió, negándole toda oportunidad de reaccionar. Ella permaneció inmóvil, atrapada en el silencio, con un nudo en la garganta y el

alma vacía. Dos lágrimas brotaron de sus ojos y descendieron con lentitud por su rostro, hasta alcanzar su boca, ahora salada, antes dulce. En medio de la desolación, una pregunta la atravesó con fuerza: ¿qué pensará de mí?

Al día siguiente, Andrés no apareció en la oficina; había avisado que, por asuntos personales, se tomaría el día. Cuando llegó la hora del almuerzo, un ramo de flores irrumpió en la rutina, acompañado de una nota sin remitente: «Gracias por ese maravilloso regalo». Las bromas de sus compañeros sobre un admirador secreto llenaron el ambiente de risas, mientras Felipa, con una sonrisa apenas dibujada, dejaba que la incertidumbre empañara el brillo de sus grandes ojos.

Los días transcurrieron y él continuaba evitándola. Ella, en silencio, buscaba consuelo en la rígida política de la empresa: «Las relaciones románticas entre compañeros están estrictamente prohibidas». Sin embargo, una tarde, al salir, lo encontró de nuevo recargado en el auto, aguardándola con la naturalidad de quien repite un ritual cotidiano.

Subió con el corazón agitado, cargada de preguntas y dudas que la asfixiaban. Andrés, sin darle respiro, comenzó a desbordar sus sentimientos: le confesó cuánto la había extrañado, cómo cada noche se perdía en el sueño de aquel encuentro amoroso. Sus palabras la envolvían, al describir su cuerpo como un mapa estelar, un territorio infinito que recorría con la voz, sin permitirle pronunciar palabra.

Al llegar a su destino, ella intentó despedirse con naturalidad, pero Andrés ya abría la puerta del auto, decidido. La tomó por la cintura y la guio hacia dentro; ella, sin resistencia, se dejó arrastrar una vez más. La experiencia se repitió con la misma cadencia, paso a paso, como un ritual inevitable. Ya tendidos en la cama, él recorrió con su dedo índice el contorno de sus labios y, con voz firme y serena, reiteró su amor, su gratitud y su

satisfacción. Le confesó cuánto anhelaba que aquellos instantes se repitieran, como si fueran la única verdad capaz de sostenerlos.

Cepilló su cabello mientras las lágrimas, ahora de felicidad, corrían por su rostro. Agradecía a Dios y a la vida que aquel hombre, al que por fin reconocía como su amor, se hubiera cruzado en su camino. Esa noche durmió con plenitud, envuelta en una paz desconocida. Al despertar, su mente se llenó de imágenes: cómo explicaría a sus superiores que Andrés y ella estaban enamorados, cómo pedirían permiso para hacer pública su relación. En su imaginación se veía comprometida, mientras avanzaba hacia el altar tomada de su brazo, dispuesta a jurarse amor eterno.

En ese instante, el timbre del teléfono quebró el silencio. Al otro lado de la línea, la voz de la secretaria del director se hizo presente, firme y cordial.

—Te llamo para recordarte que esta noche es la cena de aniversario de la empresa. Si puedes traer a un acompañante, sería lo ideal, pues el evento es de carácter familiar; todos asistirán con sus parejas.

Felipa se debatía en silencio: «¿Debo ir sola? ¿Estará Andrés allí? Jamás le pregunté si tenía algún compromiso... pero encontraremos la manera de compartir la velada», se aseguró con firmeza. Sin embargo, él no apareció en la oficina; había partido a supervisar otra sucursal. «Lo veré en la cena», se repitió con esperanza. Entonces salió directo al salón de belleza: dejó que le arreglaran el cabello, se hizo la manicura y se maquilló con sobriedad, para resaltar la frescura de sus rasgos juveniles. Al final, se enfundó en un vaporoso vestido de chiffon rojo, acompañado de zapatillas altas y un bolso a juego, lista para enfrentar la noche que podía cambiarlo todo.

Felipa llegó a la fiesta con unos minutos de anticipación. Le pidió al chofer del taxi que aguardara; deseaba descender solo cuando el automóvil de Andrés apareciera. Y entonces lo vio

llegar. Andrés bajó del vehículo, su rostro iluminado por una felicidad que la desarmó. Pero antes de que pudiera reaccionar, la imagen se quebró: él abrió la portezuela del copiloto y, con gesto atento, ayudó a descender a una joven radiante, cuyo embarazo avanzado hablaba de una historia que Felipa desconocía.

Se quedó inmóvil en el jardín, descalza sobre el césped húmedo, con los tacones que colgaban de su mano como trofeos rotos.

El vestido rojo chiffon aún ondeaba un poco con la brisa, pero ya no le pertenecía del todo.

Miró hacia el salón iluminado: Andrés reía con la mano en la cintura de la mujer embarazada, presentándola a los directivos como si fuera la pieza que faltaba en su rompecabezas perfecto.

Entonces Felipa sonrió. No una sonrisa de dolor ni de resignación. Una sonrisa pequeña, casi cómplice.

Sacó el teléfono, abrió la galería y buscó una foto que nunca había mostrado a nadie.

En la pantalla: ella, hace cuatro años, con el cabello más corto, barba recortada, corbata floja y una sonrisa de quien acaba de ganar una batalla contra sí mismo. Debajo, una sola palabra escrita con marcador en el espejo del baño: «Felipe».

Cerró la galería.

Guardó el teléfono.

Se puso los tacones de nuevo, despacio, como quien se pone una armadura.

Caminó de regreso al salón, pasó junto a la mesa de honor sin detenerse, saludó con una inclinación cortés al subdirector y siguió hacia la salida.

Antes de cruzar la puerta principal se detuvo un segundo, giró la cabeza hacia Andrés.

Él la vio.

Por un instante sus miradas se cruzaron: la de él confusa, la de ella serena, casi compasiva.

Felipa levantó la mano en un gesto breve, como quien despide a un conocido en la estación.

Luego salió.

En el taxi, mientras la ciudad pasaba borrosa por la ventana, murmuró para sí misma, casi divertida:

—Al final, el que no podía decir su secreto... eras tú.

Y por primera vez en mucho tiempo, el nudo en la garganta se deshizo solo...

En qué Momento

Isaac Hernández

MÉXICO

Aquella tarde de febrero, mientras veía a las parejas pasar tomadas de la mano, Don Esteban se hizo una pregunta que llevaba años persiguiéndolo:

¿En qué momento perdimos la esencia del amor? Sentado en la misma banca de siempre, en el parque donde de joven solía esperar a la mujer que amaba, observaba ahora a los muchachos distraídos, más atentos a la pantalla del teléfono que a los ojos de quien tenían enfrente. El murmullo de las notificaciones parecía más fuerte que el canto de los pájaros o la risa de los niños que jugaban a lo lejos. Para él, el amor siempre había sido un compromiso que nacía en el alma y se probaba en los hechos, no en una fotografía de pocas horas de duración. «¿En qué momento llamamos amor a la poligamia? ¿En qué momento decidimos que la fidelidad era anticuada, que el respeto era aburrido, que la lealtad era una carga?» se preguntó en silencio. En sus recuerdos, el sexo era algo sagrado, reservado para el matrimonio, custodiado por la promesa y la entrega total. No era un simple encuentro, era un lenguaje de entrega que coronaba una historia construida día a día, con paciencia, esfuerzo y perdón. Hoy, en cambio, lo veía convertido en una moda efímera, en una mercancía sin pudor, en una experiencia más para presumir en conversaciones vacías. Le dolía pensar que aquello que había sido signo de unión profunda, ahora parecía usarse como distracción o juego pasajero.

Recordó a los hombres de su generación, aquellos que amaban con todas sus fuerzas, que trabajaban duro para ofrecer un hogar digno y que se esforzaban por cuidar el corazón de su esposa.

—Hoy al hombre que se entrega, que protege, que asume su papel con responsabilidad, muchos lo tachan de «mandilón», sin mirar su intención, sin escuchar su corazón —reflexionó.

No ignoraba que en su tiempo también había errores y abusos, pero sabía que existían hombres que buscaban ser caballeros de verdad, no tiranos disfrazados de maridos.

En su mente aparecieron escenas de juventud: el caballero que regalaba flores, el que llevaba serenata bajo la ventana, el que escribía cartas con su mejor letra, tembloroso al escribir el nombre de su amada en el sobre. Recordó cómo planificaba cada detalle, cómo ahorrraba monedas para comprar un pequeño ramo, cómo ensayaba una y otra vez las palabras que diría cuando estuviera frente a ella. Todo eso parecía un cuento lejano frente a la realidad actual, donde los mensajes se enviaban en segundos, una confesión de amor cabía en un par de emoticonos y una canción de letras vulgares hacía las veces de serenata improvisada.

—¿En qué momento el romance se volvió vergüenza? —suspiró.

Miró su propio traje. Aunque ya gastado, seguía con su uniforme de dignidad. De joven, le enseñaron que vestirse bien para una dama era una forma de respeto, una manera de decirle: «Eres importante, vales mi esfuerzo». Hoy, muchos se burlaban de la elegancia y llamaban anticuado a quien se peinaba, se perfumaba y limpiaba sus zapatos antes de una cita.

—Lo que antes era señal de respeto —pensó—, hoy muchos lo toman como motivo de burla.

Mientras sus pensamientos viajaban entre el pasado y el presente, una pareja joven se sentó en la banca de enfrente. Ella miraba su teléfono sin levantar la vista; él movía el dedo de arriba abajo en la pantalla, para pasar videos sin atención real.

—Te dije que no me compararás con tus ex —se escuchó decir a la muchacha—. Si no te gusta como soy, búscate otra.

—Ay, tú también comparas, ¿o no? —respondió él, sin apartar la mirada del celular—. Además, ¿qué tiene de malo chatear con otras? No te engañe, solo platico.

La conversación siguió entre reclamos, celos y una competencia silenciosa por ver quién hería más al otro con sus palabras. Nadie mencionaba la palabra compromiso. Nadie hablaba de paciencia, de respeto, de perdón. Don Esteban se removió en la banca. Algo dentro de él le pedía quedarse callado para no meterse en asuntos ajenos, pero otra voz más profunda le susurraba que el amor callado se marchita. Respiró hondo, se levantó con lentitud y se acercó.

—Disculpen, muchachos —dijo con voz suave—. No quiero entrometerme, pero desde aquí alcanzaba a escuchar su conversación. Solo quiero compartirles algo que aprendí en muchos años de matrimonio.

Ambos lo miraron, sorprendidos. Ninguno de los dos esperaba que aquel anciano de traje antiguo fuera el testigo de sus reproches.

—Mire, señor —respondió el muchacho, algo incómodo—, son cosas de pareja. A veces uno se enoja y ya.

—Lo sé —sonrió Don Esteban—. Créame, también discutí muchas veces con mi esposa. Pero hay algo que me ayudó a no perderla jamás: recordar qué era el amor de verdad, no lo que el mundo nos grita que es.

La joven, con el ceño todavía fruncido, guardó su teléfono y lo observó con curiosidad.

—¿Y qué es el amor de verdad para usted? —preguntó.

El anciano se sentó a su lado, mientras dejaba un espacio prudente entre ellos, como quien guarda el respeto incluso en la cercanía.

—El amor —dijo— no es compararse con los demás, ni coleccionar historias para presumir. No es ver cuántos «me gusta» recibes ni cuántas personas puedes tener interesadas en ti al mismo tiempo. El amor es elegir a una sola persona y decidir, cada día, seguir eligiéndola.

Hizo una breve pausa, como quien mide el peso de sus recuerdos.

—Cuando conocí a mi esposa, no teníamos teléfonos inteligentes, ni redes, ni canciones vulgares que dijeran cómo debíamos sentir. Teníamos cartas, serenatas, caminatas largas y conversaciones honestas. Yo le escribía poemas, torpes quizá, pero sinceros. No necesitaba compararla con nadie, porque para mí era única. Y eso la hacía sentirse amada.

La mirada del muchacho se ablandó un poco. Bajó el teléfono y lo guardó en su bolsillo por primera vez desde que se sentara en la banca.

—Pero hoy todo es diferente —dijo él—. Todos hablan de «tener opciones», de no amarrarse, de «vivir el momento».

»No digo que todo antes fuera perfecto —agregó Don Esteban—, ni que ahora todo esté perdido. Solo digo que, en algún momento, se confundió libertad con egoísmo, y eso rompió muchas historias que pudieron haber sido hermosas. Cuando el hombre perdió su esencia de virtud, cuando dejó de esforzarse por ser mejor para alguien más y solo pensó en sí mismo, el amor comenzó a desdibujarse. Lo mismo pasó cuando la mujer dejó de creer que merecía respeto y comenzó a aceptar migajas de cariño camufladas de «modernidad».

La joven bajó la mirada. Algunas de sus últimas relaciones habían sido eso: migajas, promesas a medias, palabras bonitas sin acciones que las sostuvieran.

—Entonces... ¿usted cree que ya perdimos la esencia del amor? —preguntó ella en voz baja.

El anciano sonrió con una ternura que desarmaba.

—No —respondió—. Creo que la esencia del amor sigue ahí, escondida debajo del ruido, de las modas, de las heridas. Pero hay que buscarla. Hay que volver a los modales de excelencia humana, a la virtud, a la caballerosidad bien entendida, al respeto mutuo. El amor no es control ni violencia, pero tampoco es indiferencia ni capricho. Es entrega, responsabilidad y, sobre todo, verdad.

El silencio se hizo por un momento. Los tres miraron hacia el sendero del parque, donde una pareja de ancianos caminaba tomada del brazo, con lentitud, como si cada paso fuera un recuerdo.

—Aquellos dos —señaló Don Esteban— tal vez también discutieron muchas veces, tal vez también se decepcionaron, quizá incluso pensaron en rendirse. Pero mira cómo siguen juntos. Eso es el amor: no renunciar a la persona que elegiste, aun cuando no todo sea perfecto.

El joven respiró hondo.

—Yo... a veces tengo miedo de comprometerme —confesó—. Siento que, si me entrego del todo, me van a lastimar.

—El miedo es normal —respondió el anciano—. Pero el amor verdadero siempre implicará riesgo. Lo que no se vale es usar ese miedo como excusa para jugar con los corazones. Si no estás listo para amar con respeto, mejor sé honesto y no hagas promesas. El amor merece ser tomado en serio.

La muchacha miró a su pareja y, por primera vez en mucho tiempo, no lo vio como un rival en una pelea interminable, sino como un joven confundido, tanto como ella.

—Yo también tengo miedo —admitió—. Miedo a que me cambies por otra, a no ser suficiente, a que un día desaparezcas sin explicar nada.

El anciano asintió con comprensión.

—Por eso el amor necesita virtud —dijo—. Sin verdad, sin lealtad, sin respeto, el miedo crece. Con ellas, el miedo se vuelve más pequeño. Antes, los caballeros hablaban de filosofía, de historia, de poesía. No porque fueran perfectos, sino porque aspiraban a algo más alto que el chisme y la infidelidad. Buscaban crecer como personas para ser mejor compañía.

El joven miró sus manos y luego miró a la muchacha.

—Perdón —susurró—. He jugado a veces con tus sentimientos, hablado con otras y diciéndote que «no es para tanto». Sí es para tanto. Mereces algo mejor de mí.

Ella lo miró a los ojos, con lágrimas contenidas.

—Y yo te he herido también —admitió—. Te comparo con otros, te amenazo con irme, te lanzo palabras que sé que duelen. No he cuidado tu corazón.

Don Esteban se puso de pie con lentitud. Sus rodillas le recordaban que los años habían pasado, pero su espíritu seguía firme.

—Muchachos —dijo—, no soy juez de su relación. Solo soy un hombre que amó a una sola mujer toda su vida. No se conformen con lo que el mundo les vende como amor. Busquen algo más profundo, más digno, más verdadero. Porque, aunque parezca que el amor ha perdido su esencia, aún pueden elegir vivirlo de otra manera.

La joven lo miró con gratitud.

—Gracias, señor —dijo—. ¿Y su esposa? ¿Dónde está ella?

El anciano guardó silencio unos segundos. Sus ojos se nublaron con un brillo melancólico, pero sereno.

—Ella ya partió —respondió—. Pero su amor sigue aquí — se llevó la mano al pecho—. Cada vez que un hombre decide ser caballero de verdad, y una mujer se reconoce digna de un amor fiel, siento que su legado sigue vivo. Eso me basta.

El viento sopló con suavidad, al mover las hojas de los árboles como si aplaudieran aquella sencilla lección. La pareja se quedó en la banca, tomada de la mano, sin teléfonos, sin videos, sin emoticonos. No tenían todas las respuestas, pero algo dentro de ellos había despertado: el deseo de recuperar la esencia del amor, de no conformarse con una versión disminuida y vacía. Don Esteban se alejó despacio por el sendero. Mientras caminaba, volvió a preguntarse:

«¿En qué momento perdimos la esencia del amor?»

Y, por primera vez en mucho tiempo, encontró también una respuesta: La esencia no se había perdido del todo. Solo estaba a la espera de que alguien, valiente y humilde, quisiera volver a buscarla.

Amado Amigo

Criss Roshglia

MÉXICO

Cristina se sentó con lentitud sobre su cama, suspiró hondo y sonrió para sí misma. Hacer lo que amaba era para ella una pasión, un verdadero disfrute. Apasionada por los pequeños detalles de la vida, a veces, en un acto casi vandálico contra sus propias emociones, dejaba ir aquellos momentos que le hubieran representado un complemento, quizás hasta una forma diferente de vida... Pero ¡vaya!, amaba su vida tal cual era. No la veía como un rompecabezas, aunque siempre juraba que faltaba algo; luego lo olvidaba y lo enterraba donde no hiciera daño, escondido donde no doliera.

Ya no era ninguna jovencita y el mundo que construyó a su alrededor fue siempre una fortaleza donde escondía sueños, miedos, metas y objetivos.

¿Quién hubiese intentado acercarse a ella?

Su autosuficiencia carecía de humildad, una humildad que lastimaba los pensamientos de los demás. Y, sin embargo, su sonrisa era la fuente de alegría de quienes convivían con ella. Para Cristina, cultivar halagos era como un vicio, una adicción que fortalecía sus defensas.

Pero... también tenía su propia oscuridad y le temía. Para la mujer era quizás el único monstruo que la amenazaba. El sentimiento portentoso de necesitar a los demás era un verdadero flagelo: cuestionar sus propias creencias, sentirse tan absurda ubicada en ningún lugar, ser nadie donde parecía serlo todo, sentirse única y al mismo tiempo invisible...

Cristina en realidad ignoraba su capacidad de amar; ese mecanismo estaba roto de manera irremediable. A esas alturas de su vida podía adjudicársele el solo hecho de amar de forma entrañable a sus hijos, amor fraterno a su familia de sangre y hasta ahí... solo eso... Después de eso... un fecundo vacío... Amar a un hombre estaba en su totalidad fuera de sus capacidades y ella lo sabía.

Se preguntó infinidad de veces:

¿Qué sucedía?

¿Por qué cuando alguien parecía alcanzar sus pensamientos... corría... la asustaba... y podía olvidar... sin ningún remordimiento?

Su figura alta y estilizada caminó por momentos en la habitación y de nuevo le sonrió a su propia imagen en el espejo.

—Dominemos el mundo —se dijo y cerró su casa, al dejar tras ella todo lo que para los demás era prohibido.

El ambiente laboral en el que se desenvolvía no era para nada rutinario. Su propia personalidad y carácter la hacían encajar en ese punto exacto en el que podía engañar a cualquiera... esconder su tristeza, su soledad y esa parte que jamás la completaba.

¿Quién no podía recordarla?

Si cantaba a todo pulmón en los pasillos de la oficina, bailaba donde y con quien mejor le pareciera y de su boca siempre salía una palabra de aliento para el amigo que la necesitara.

Ser impulsiva y honesta, decir lo que pensaba a boca de jarro, fue un verdadero lastre con el que tuvo que cargar, mas no se arrepentía, aunque a veces sus palabras pudieran tornarse en frases hirientes.

—¡Cristi! —gritó Dalia desde el segundo piso.

Cristina alzó la vista y ponía su mano como visera sobre la frente al mismo tiempo que soplabá un mechón de cabello que caía sobre su cara.

—Necesito hablarte —gritó desde lo alto.

—Dame un minuto —contestó Cristi.

—Bien —respondió Dalia.

Cristina se quedó de pie hasta que los tacones de su amiga se perdieron en la distancia.

Encontró a Dalia más tarde, y la halló absorta dentro de su laboratorio. Tenía frente a sí un millón de cables de mil colores que manejaba de manera diestra y práctica: unía, separaba y desechaba.

—No logro entender cómo entiendes —dijo Cristi, al dejar su portafolio sobre la silla.

Dalia sonrió.

—Lo mismo que yo sé de literatura moderna y letras muertas —Cristina sonrió; era escritora por hobby, jamás se vio como escritora profesional.

Las miradas de ambas se cruzaron por segundos y se sonrieron, de esas sonrisas que no necesitan artilugios ni disfraces... eran únicas... de esas sonrisas que se regalan sin pedir jamás nada a cambio. De eso se trataba la amistad entre las dos: era serena, limpia y al mismo tiempo un embrollo desorganizado.

—¿Y? ¿Para qué soy buena? —agregó la recién llegada.

—Sí, lo olvidaba —comentó Dalia, al tiempo que aventaba la silla con sus largas piernas—. Mira... —le mostró un legajo de papeles, y sonrió.

—¿Qué es? —Los ojos de Cristi se arrugaron, mientras estiraba su mano para tomarlos.

—Un concurso. Ya es suficiente de tus libros maravillosos y que no están al alcance de todos.

—No —Ella dejó caer los documentos sobre la mesa—. Conoces mi postura al respecto.

—Cris, eres buena, más que buena... No logro entender ese afán tuyo primero de esconderte en un seudónimo y luego ocultar esa parte de ti a la mayoría... Es afortunado quien sabe de tus libros...

Cristina la miró con seriedad y severidad, tomó su portafolio y salió de prisa.

¡¡Nadie podría entender!!

¿Quién podría hacerlo?

Ella era todo un enigma, una maraña de emociones y sentimientos sin pies ni cabeza... escondida siempre... una niña asustada en la sonrisa de una mujer adulta.

Ella era Cristina.

La ciudad bullía de personas y tráfico. José Miguel, tras el volante de su auto, no tenía una idea fija... Las ideas había que ponerlas, tenían que nacer para que florecieran... y con franqueza, para él... solo era suficiente existir... y le dolía, le dolía el alma estar tan alejado de la vida... escondido en un cómodo sillón... perdido a veces en preocupaciones por liquidez económica. ¿Qué podía dañarlo ahí?

De daños estaba harto... esos daños que lo hicieron llegar hasta el día de hoy... a salvo y con comodidad.

De manera ocasional se preguntaba:

¿Por qué yo?

¿Por qué a mí?

Esas preguntas que suelen quedarse atoradas entre la garganta, el corazón y la mente.

Aunque esa ocasión era común, no era rara... y lo atacaba como fuego, ese fuego que sale desde dentro y te empieza a consumir, para arrasar con todo lo que a costa de tanto has construido, con el deseo de derribar esquemas, hábitos que se desean romper... Para José Miguel era un verdadero tormento que terminaba por hacerlo respirar con fuerza, como si el aire no alcanzara sus pulmones y un centenar de agujas se clavaran desde su nuca hasta la frente... Era un dolor interminable... esos dolores que no sabes si son del alma o del cuerpo. Ansiedad, dijo el médico.

De eso adolecía el hombre: del alma y del cuerpo.

No sabía con exactitud cuándo empezó a reemplazar el ego con las emociones; dolía menos.

—Vamos —la voz de Susana lo sacó de golpe de sus pensamientos. Él sonrió y puso el motor en marcha, la miró de reojo. Conocía su vida... era su compañera, su amante, era todo, pero al mismo tiempo no era nada: un sentimiento complicado de amor, respeto y lealtad. Casi obligatorio.

Que al fin y al cabo... ¿no es eso amor? Y aun con todo... seguía roto, vacío.

La plática de ellos siempre era banal; hablaban de cosas sin importancia, planeaban juntos o... ¿planeaba ella? Y él tan solo obedecía, como autómeta.

Ya que ella tenía la increíble capacidad de hacerlo pensar diferente, de echar por tierra sus planes, sus ideas... y aún le sorprendía esa forma de hacerlo pensar dos veces, de tambalear y sentirse inseguro.

A ella la conoció en la más profunda de sus soledades; ella lo albergó en sus brazos maternos, en sus ojos ansiosos de amor y en el calor de amante que todo hombre desea mitigar.

José Miguel siempre resolvía lo de los demás; poco o nunca se preocupaba por lo suyo... Estaba tan complacido por lo que formó... una familia que cualquiera estaría feliz de poseer... No había duda, los amaba... pero aún adolecía de algo, esperaba algo.

Susana y él no hablaron más sobre el camino, a excepción de generalidades; el tiempo de comunicarse entre ellos hacía tiempo ya no existía.

Por la mente del hombre a veces pasaba la loca idea de amar... ¿Cómo sería amar?... amar como lo hizo antaño... de esos amores que te vuelven loco, que te roban la calma, ese dolor agri dulce de quererlo todo y no poder tenerlo.

El primer amor de su vida fue así... enorme, grande... tan grande que en algún momento perdió su inmensidad para volverse caótico, doloroso e insoportable... tanto que dolía, dolía hasta perder el sentido de su propia existencia.

Pero con ella también reconoció las mejores partes de sí mismo, esos pedazos que se habían quedado olvidados en alguna parte de su niñez, de su dolorosa adolescencia. Con ella recuperó un poco de la luz en el mar de sus propias oscuridades.

Le reconocía el derecho de ser José Miguel, a su esfuerzo, a su empatía y al amor... porque de que se amaron, era un hecho innegable.

A ella no; a Susana la quería de manera diferente, en absoluta tranquilidad, sin dolencias... y eso él le agradecía.

Ya no deseaba más dolor en el amor.

Eran una clásica familia de los suburbios de una gran ciudad, con las mismas preocupaciones de los demás, esas preocupaciones que solo son por encima, que no alcanzan a ver más allá...

Y ese intrincado torbellino aprendió que el silencio era más cómodo y agradable... y ese adoctrinamiento marcó su vida... pero lo alejó de sentir a plenitud y, a pesar de todo, seguía sintiéndose roto.

Era tan hermosa, cómoda su vida: sin arrebatos, sin locuras... sin afrontar consecuencias, pero una existencia plana, un verdadero homenaje a la rutina. Y estaba cansado, cansado de dar y había dentro de él tantas emociones, un verdadero manantial de sentimientos adormecidos en lo profundo de sus pensamientos y que solo explotaban cuando pintaba... Sus dedos, antes ágiles para el pincel, estaban entumecidos y acomodados en un sueño sin luchas.

En varias ocasiones intentó pintar; tejía en su mente verdaderos tapices multicolores, pero que solo se quedaban ahí. Sentía que no había motivos para hacerlo... y ahí entraba su ego, donde suplía sus pensamientos fríos con los cálidos que la pintura le ofrecía, y ocupaba su cabeza en personas que le decían qué hacer y cómo hacerlo... una búsqueda interminable de encontrar un camino... ¿Dónde?... Él mismo lo ignoraba, desconocía qué quería encontrar... pero era paz, paz para su conciencia enfebrecida que no paraba de pensar y de sufrir... ¿Amor?... ¡Qué locura! Se convencía de manera continua que la vida era eso... paz.

Él era José Miguel.

Cristina lamía de forma descuidada una enorme bola de helado y no reparó en el hombre que se paró a su lado frente a la vitrina de la casa del arte. Absorta en sus pensamientos, tampoco sintió la mirada inquisitiva de él. De pronto, ella, en un gesto casi

infantil, volteó y lo miró por arriba de sus lentes y le sonrió con su característica simpatía.

—Hola —murmuró José Miguel con timidez, como niño descubriéndose atrapado en la travesura.

Cristina extendió su mano.

—Cristy —exclamó con total seguridad, pero al momento del contacto ella retiró la mano de inmediato... Fue algo extraño; el calor que emanaba y la tibieza de la mirada del hombre le hicieron sentir un extraño sentimiento, esa sensación de protección y amparo que provoca quizás un alma abandonada. Como ninguna otra vez en su vida, ella deseó quedarse en ese refugio solitario que José Miguel parecía, con sus ojos, poner a sus pies. ¿Así lo sentía ella o así lo transmitía él?

Al hombre lo invadió una extraña melancolía, algo así como nostalgia y, en un acto de absoluta valentía, él dijo:

—Me encanta el café... ¿vamos? —Y ella lo siguió sin ningún argumento. Fue de esos instantes en que la mente y el corazón se desconectan en absoluto, para dar paso a emociones que no responden a ninguno de los dos órganos: solo son, solo existen. Y también, solo fue así: una entrega de almas que no se encuentran en la tierra, una entrega limpia, sin vergüenzas ni culpas, porque los sentimientos verdaderos no deben cargar con ninguna.

Con el paso del tiempo, él a veces caminaba del brazo de Susana; sin embargo, al verlo, Cristina solo comía helado con descuido. Pero si sus miradas se llegaban a cruzar de forma fortuita, José Miguel gritaba con el corazón: «Te extraño», y ella respondía en silencio: «Yo más».

Ellos eran Cristina y José Miguel.

«El amor es un susurro que entra con suavidad, se enreda entre tus fibras y explota en el corazón, te envenena o te sana, tú decides...».

La Chica de tus Sueños

Rosa Blanca

MÉXICO

Si conservamos la esencia a pesar de nuestra naturaleza de unicornios, bestias hechizadas o simples sapos, hallaremos el afecto. Dicen que el amor carece de género, color o frontera. Aseguran las fábulas que incluso un monstruo posee el derecho al fuego del corazón; lo repiten las cintas donde la princesa adora a la criatura acuática, o donde la joven se entrega al espectro de la máscara teatral. Sin embargo, la existencia dista mucho de los cuentos de hadas. No representa ese monumento de felicidad que las marcas nos vendieron con astucia. El amor real constituye un nido de lamentos, infidelidades, narcisismo y ese goteo lento del *gaslighting* que aceptamos con sumisión. El cuento concluye a menudo en un divorcio amargo, bajo el peso de una pregunta maldita: «¿Por qué lo elegí a él?». Solo en casos excepcionales, tras esfuerzos titánicos, surgen relaciones sanas; son oro oculto en un océano de fango.

Un poemario honesto describe la pasión con mayor fidelidad que cualquier relato infantil. De niña deposité mi fe en esos libros, pues la infancia abraza la inocencia de un mundo radiante. Hoy puedo comprender que aquello solo fue un sueño prohibido. Pertenezco a una sociedad que me percibe así: la bestia, el engendro confinado en la torre. Pero en mi tragedia no hubo hechizos, ni maestras, ni hadas, ni brujas. Tan solo nací bajo esta estrella; cargo con una discapacidad que, en el mercado del romance, equivale a la sentencia de la soledad absoluta.

Me llamo Alicia. Mi historia romántica expiró el mismo día de mi nacimiento, cuando mi cerebro decidió alejarse de la norma. Mis brazos danzan ahora en un compás que me brinda paz, aunque el resto del mundo lo tilde de extraño. La luz me agrade,

me ciega, me tortura con la misma crueldad de quien sumerge una cabeza bajo el agua; para los demás, esa misma luz resulta ordinaria. En este mundo de supuestos normales, yo encarno la demencia. Observo mis manos: mis uñas, devoradas por el estrés, dejan un rastro de líneas rojizas sobre la piel, estigmas de mi propia angustia. Mi cabellera asemeja un enjambre de hilos enmarañados, un nido olvidado en algún rincón donde habitan las ratas. Mi aseo personal resplandece por su rigor; ejecuto cada paso con la precisión de un autómatas, una maravilla de paz y silencio frente al estrépito del mundo exterior donde mi ser colapsa. Los demás visten ropajes para ejercer poder; proclaman que el arte reside en el atuendo, en los mensajes que lanzan a la multitud. Yo, en cambio, busco texturas que me otorguen tregua. Mi mensaje hacia el mundo es simple: ansío comodidad. Prefiero la calma de una tela suave antes que el tormento de un abrigo de piel que me lacera, que me incita a usar las uñas para arrancarme cada jirón de esta piel que me envuelve.

Mi noción del afecto se reduce al consuelo hallado en una presencia ajena, un ancla en medio del caos. Él es una embarcación extraña a la cual admiro y profeso devoción. Estudio sus rutinas, comprendo el peso de sus párpados cuando la dicha lo agota, observo cómo navega este plano hostil que habitamos. Él representa mi estrella de luz plateada; un fulgor que no quema ni lastima, sino que me escolta en mis noches de tiniebla. Soy como la bestia que anhelaba los relatos de los libros porque Bella le brindaba refugio. Él se muestra tal cual es: ni príncipe, ni víctima de un hechizo. Esa autenticidad buscaba yo, pero en un sistema donde el valor comercial rige incluso los sentimientos, la soledad se alza como mi pareja más leal.

Escucho a menudo rechazos disfrazados de halagos; afirman que poseo las virtudes de una novia ideal, pero jamás asumen el riesgo de presentarme ante su madre. ¿Quién desearía el vínculo con una mujer discapacitada? ¿Quién elegiría a alguien que requiere cuidados constantes en lugar de disfrutar la

existencia? Ellos buscan la luz y la risa, mientras que yo encarno la niebla, esa oscuridad espesa que la gente, con justa razón, prefiere condenar al olvido.

Bajo ese juicio acepté la nula existencia que tanto me aterraba. Caminé hacia la vida sin instinto, con la certeza de que mi media naranja me olvidará, me usará o me arrebatará la sonrisa. Su madre me percibirá como un ser vampírico, una criatura que consume el tiempo, la vitalidad y el dinero de su linaje. Me pregunto cómo su «niño dorado», su luz de alegría, frecuentaría a la bestia que acecha en las sombras; esa que colecciona muñecas y que fracasa en su intento de ser una chica de centro comercial. Mi único anhelo reside en el regreso a mi castillo, donde sello las ventanas ante las estrellas y me confino en una burbuja que me escuda del exterior.

No poseo una mente fatalista; tan solo conozco el mundo y abandoné ya la lucha contra la corriente. Perdí la voluntad de que la gente me visualicé como en esos cuentos donde el marginado resulta ser el héroe o donde el muchacho me acepta gracias a un guion mágico. Me reconozco como una humana privada de afecto recíproco, aunque rebosante de amor para dar: amor para enjugar lágrimas, amor para engendrar libros enteros sobre mi musa varonil.

Él me percibe como un afecto de fábula, pero jamás como la dueña del anillo. Represento la experiencia pecaminosa que sus padres rechazarían; esa carga que exige una metamorfosis de su mundo, pues mis besos no destilan miel y vino, sino la amargura de la tierra húmeda. Carezco de la esencia de la joven que conquista al galán; encarno a la loca, a la irreverente, a esa sombra que impulsa al protagonista hacia su redención para luego sufrir el olvido a mitad de la trama. Al final, él siempre elige a la princesa de mirada soñadora y anatomía perfecta.

Mi romance más reciente lleva el nombre de Fausto. Su destino consiste en arrancar melodías a la guitarra en *Dramword*,

un pueblo donde las víboras abundan más que la propia hierba. Nuestra historia compone una cinta de misterio y suspenso; Fausto me oculta como su pecado más oscuro ante las garras de una crítica que ya no me alcanza, pues poseo inmunidad contra su veneno. Su empeño no radica en mi protección, sino en la salvaguarda de su propia reputación y el honor de su linaje. Él se escuda contra la estupidez de su pasión por mí: la súcubo del mal, la demente. Poseo la convicción de que mi destino pertenece a la hoguera; debería arrojarme a las llamas de una vez en lugar de arrastrar a estos hombres ilusos hacia mi ataúd. ¿Pero qué opción me queda si ellos adoran el papel de protectores? Se deleitan con la farsa del héroe que rescata a la oveja descarriada o al conejo herido. Sin embargo, su valor se desvanece cuando la criatura entra en crisis, cuando la oveja muestra su rigidez. Aman el resplandor, pero huyen de las espinas oscuras; una realidad dolorosa que se vuelve insoportable cuando una encarna la misma tiniebla.

Fausto me profesa afecto; idolatra mis escritos y mi perspectiva de la existencia. Le otorgo la libertad de la imperfección; no exijo al guitarrista impecable ni al joven de sonrisa encantadora. Anhele, en cambio, el conocimiento de su pasado adolescente, sus errores juveniles, las rabietas del niño que fue; solo así comprendo al hombre que hoy enfrento. Él, por su parte, solo reclama mi devoción, ese premio por transformarme en su musa. Sabe que soy una romántica empedernida, una presa en sus garras que lo utilizará para la escritura y el canto. Ha hallado la inmortalidad a través de mi ser, pero sobre todo comprende la naturaleza efímera de nuestro vínculo: esto no aspira a la eternidad, sino a una simple cuenta regresiva.

Posee una cabellera azabache, similar a una noche desprovista de estrellas. Sus ojos evocan las profundidades marinas donde la Atlántida oculta sus secretos más oscuros; su voz eriza la piel y sus manos de guitarrista, huesudas y firmes, revelan el curso de sus venas. Más allá de su fisonomía de

príncipe ideal, deposité mi fe en su supuesta bondad. Lo imaginé un joven compasivo, alguien consciente de su propia humanidad. No obstante, esa imagen solo pertenecía a la meritocracia donde él habita. Yo no encajo allí. Por más esfuerzo que aplique, represento un obstáculo, no una compañera.

La tensión fracturó nuestra unión. Mi voz insignificante carece de valor, una verdad antigua que hoy se manifiesta con crueldad. El dolor caló hondo; la sangre de mi corazón fluyó mientras los músculos del alma sufrían desgarros. Desconozco la anatomía del espíritu, pero siento ese vacío, ese hueco gélido que persiste sin necesidad de náuseas. Lágrimas ardientes queman mis ojos e implanto mi ira contra el reflejo; reconozco mi castigo, mi maldición. No la obtuve por mis actos; me acompañó desde el instante en que abrí los ojos al mundo.

¿En qué fallé? Ambos participamos en este desastre. Él no me buscaba a mí; ansiaba mi devoción, mi papel de musa, el afecto sin el peso de mis crisis. Pero yo encarno la tempestad. En algún instante de ingenuidad supuse que él notaría algo más allá de la criatura que, con desesperación, pedía un lugar bajo su luz.

Acepté, sin más resistencia, los restos de mi corazón ensangrentado; esta agonía no constituye novedad alguna en mi historia. Acude a mi memoria la imagen de aquella joven ilusa que todavía perseguía desenlaces venturosos. Recibió, en cambio, la respuesta cínica de quien la describía como la mujer de sus ensueños, mientras señalaba a su mejor amiga como el estándar absoluto. Ella encarnaba al cisne, la norma, la belleza; yo, tan solo, representaba el patito feo, el carbón mal extraído frente al diamante tallado.

He aquí mi hechizo: la maldición de reconocer que nadie valora ni ama mi pecho. Mi afecto solo representa un capítulo transitorio; soy la *manic pixie dream girl*, el puente necesario para que ellos alcancen su anhelada dicha final. En los dominios del romance contemporáneo, el sentimiento puro fracasa. La

existencia exige no solo sinceridad, sino el cumplimiento de la norma y la capacidad de otorgar prestigio social al compañero. Muchos nos perciben como mascotas; nos otorgan el valor de un animal doméstico, nunca el de un alma igual.

Abrazo este destino funesto, aunque ese fragmento de mi ser que alguna vez albergó fe en las fábulas persista hoy en su llanto inconsolable.

Entre el Amor y el Deseo

Luz María Rubio Nájera

MÉXICO

Salimos juntos de aquel salón donde el murmullo de tantas voces a la vez resultaba incómodo cuando la orquesta dejaba de tocar.

Tú y yo caminamos a la par y en silencio por el sendero empedrado. Yo caminaba cautelosa por lo alto del tacón de mis sandalias, mientras admiraba las guías de los *pothus* que, con sus grandes hojas, cubrían los troncos de las palmas y los helechos, que parecían haber sido plantados de manera cuidadosa en el hueco detrás del tronquito que queda al cortar las hojas de la palma.

—¡Qué hermoso jardín! —exclamé con entusiasmo, mientras me detuve para elevar la mirada y contemplar las hojas de las palmas mecerse lenta y de manera rítmica.

Tú volteaste para mirarme a la cara y sonreír, lucías tu aperlada dentadura y tus labios gruesos y delineados. Admito que tu sonrisa siempre me había parecido encantadora, aunque jamás lo había dicho ni se lo diría a nadie.

El sol, a punto de ocultarse, dejaba que sus tibios rayos dieran un color rosado al ambiente. Nos detuvimos detrás de la baranda que rodeaba el lago para admirar la belleza de la fauna y la flora acuática. Aun cuando los nenúfares en varios colores y los lirios en blanco y azules estaban a punto de cerrarse, verlos sobresalir entre el manto formado por las redondas hojas me hizo recordar a los *nenúfares de Claude Monet*. Embelesada, contemplaba cómo una tortuga pequeña subía a una roca integrada al pequeño islote; escuchaba atenta el sonido de la caída del agua de la fuente a manera de cascada.

Salí de mi ensoñación cuando sentí tu mano en mi brazo. Me guiaste y nos sentamos a solo unos pasos de las aguas apacibles del hermoso lago. Fue entonces cuando escuché los acordes musicales provenientes del salón.

Hubiese deseado que la sombrilla que salía desde el centro de la mesa no existiera y sentir sobre mi cuerpo, como una suave caricia, el calor de los rayos del sol.

Tú y yo solos en aquel rincón del jardín, sentados uno al lado del otro. La cita que tanto había evadido se daba en ese momento, con un escenario inmejorable. El sol se ocultó mientras te escuchaba decir cuánto te gustaban mis ojos y los hoyuelos de mi cara al sonreír. Tú hablabas y yo imaginaba cómo sería sentirme entre tus brazos fuertes y viriles. Seguiste con la descripción de lo que tú conocías de mí y te encantaba. Mientras, yo de forma mental repetía que no se te ocurriera acariciarme el cabello, que por el desorden hormonal —dada la menopausia que vivo— se sale con facilidad. ¿Cómo te explico que yo solía tener abundante, sedosa y negra cabellera? Que esos ojos que te gustan empiezan a desteñirse, que mis cejas están siempre maquilladas y que uso rímel del que hace crecer las pestañas. Imaginé tu torso y abdomen desnudo y lo cohibida que me sentiría al mostrar las estrías y la cicatriz de mi vientre; qué pena por mis pechos, con los que la gravedad se ha ensañado y que, aunque los amo por haber sido la fuente que alimentó a mis hijos, no me atrevería a mostrarlos al desnudo.

Acercaste tu rostro hasta casi rozar el mío y me dijiste, mirándome a los ojos, las muchas veces que has soñado que me tienes en tus brazos y tus deseos de cumplir esos sueños, no por lujuria sino por amor. Sentí el rubor en mis mejillas, y no fue por pudor. Tomaste mi mano y notaste que mi cuerpo se estremecía. Imaginaste que era el fresco de la noche que se acercaba y la brisa que el viento hacía llegar. Te pusiste de pie y con tu saco cubriste la desnudez de mis hombros. Sentir tus dedos sobre mi piel me hizo imaginar hasta sentir la caricia de tus manos por mi

espalda. A tiempo me di cuenta de que, cual caballero, volviste a ocupar la silla a mi lado. Y exponer tus razones para iniciar una relación.

Al sentirme desarmada, me puse de pie para tratar de recuperar la cordura. Cuando te vi frente a mí, cerré el saco; trataba de crear así una barrera con mis manos. Tomaste mi cara entre tus manos y, muy cerca, me preguntaste:

—¿Por qué no?

No contesté de inmediato porque buscaba sin encontrar una razón que me convenciera. No podría sonar convincente si yo misma deseaba arrojarme entre tus brazos.

Rogaba a Dios que mi respiración no se escuchara y que los latidos de mi corazón disminuyeran su frecuencia. Hice una pausa antes de argumentar que yo ya había vivido: soy una mujer divorciada, con hijos ya jóvenes, un trabajo que me ocupa demasiado; a mis años ya no deseo tener ninguna relación que me saque de mi equilibrada vida.

Bajaste la mirada, respiraste profundo antes de tomar mis manos y replicar mientras movías la cabeza en señal de negación:

—Piensas que por ser más joven que tú no te merezco. Yo te amo y por mí estuviera a tu lado para siempre. Yo no te propongo una aventura. Yo te amo y sé que te gusto y vas a llegar a amarme también.

Te escuché y busqué tu mirada; esa mirada de borrego a medio morir casi derrite mis barreras. Entonces pensé: no puedo, ¿qué dirán mis hijos, mi familia? ¿Cómo me veré al caminar por la calle tomados de las manos? Y otra vez mi mente se llenó de prejuicios.

Acerqué mis labios para besar tu boca: fue un beso fugaz, breve y tímido (sí, besé la misma boca que siempre que me

sonreía me moría por besar). Y después, al oído, con voz que más parecía un pausado susurro, te dije:

—No soy capaz de robarte tu vida. Yo no puedo privarte de la oportunidad que tienes de experimentar con una persona de tu edad.

Me di la vuelta y de prisa caminé. Un momento después caminabas a mi lado y en silencio regresamos a la reunión.

—¿Qué van a tomar? —preguntó el mesero.

—Para mí un whisky en las rocas y para la señora un tequila directo, por favor —contestó él de forma amable.

Amor por la Estación

Souad Zakarani

MARRUECOS

El tren se detiene con un chirrido. Pocas personas quieren bajarse aquí, en esta ciudad hanseática de tamaño medio que no está ni mucho menos cerca del mar. Y de los pocos pasajeros que lo hacen, la mayoría, incluyéndome a mí, se limitan a eso: pasar por aquí y seguir adelante tan pronto como los recoge el tren de conexión. Soy consciente de la arrogancia del extranjero que hay en mí, sé que en realidad no sé nada sobre esta región. Hay razones por las que la gente vive aquí, razones que ellos conocen y yo no.

Mientras me echo la mochila al hombro y arrastro mi maleta, mi mirada se ve atraída por una columna de colores vivos: turquesa en la parte inferior, luego una banda de piedras amarillas, turquesa de nuevo en la parte superior y, en lo más alto, una panza en forma de cebolla con rayas moradas y negras. Los mosaicos irregulares brillan como si estuvieran pulidos al sol. ¡Qué cosas tan bonitas se pueden hacer con un simple pilar de estación! Ya me siento un poco más a gusto aquí y aún camino con dificultad hacia el ascensor. Fue entonces cuando me di cuenta de que las otras columnas también tenían un diseño tan bonito y eran tan coloridas. ¡Mágico! Al entrar en el vestíbulo, me reciben aún más líneas curvas, esferas doradas, columnas coloridas y suelos y paredes decorados con mosaicos de colores. Las luces entran desde algún lugar y se reflejan en pequeñas piedras espejadas que hay por toda la sala. No se puede pasar por aquí deprisa, ¡hay que detenerse y mirar! Es posible que esa sea la única razón de las largas esperas entre trenes.

Después de dar vueltas como una observadora de estrellas, quiero seguir el aroma del café. Pero mi maleta se engancha en

algo. Me giro y lo veo, o más bien la veo a ella, el cuerpo de una mujer. Está agachada, con la cara contra la pared y las manos extendidas.

—¿Estás bien? —es mi primer impulso.

Pero su rostro, ahora vuelto hacia mí con una enorme sonrisa, no muestra ninguna incomodidad. Más bien al contrario: me invade la inquietante sensación de que la he molestado de alguna manera.

—Gracias, estoy bien. Solo saludaba a mi amante.

Una sonrisa conmovedora en medio de innumerables pecas. Mi mirada interrogativa parece divertirla; luego sus ojos vuelven a la pared. Sus delicadas yemas acarician el áspero blanco. Se despide con un beso fugaz y susurra un «hasta luego» apenas audible.

—¿No es atractivo? —me pregunta con una sonrisa radiante.

—¿Quién? —pregunto mientras miro a mi alrededor, a la espera de encontrar la respuesta por mí mismo.

—¡Sí, lo es! ¡Mi estación! —exclama feliz, al tiempo que levanta los brazos.

Al contrario de lo que esperaba, su voz no llama la atención. La dependienta del bistró, a unos metros de distancia, aun coloca pasteles de manera que, a pesar de los huecos, parezca que hay mucho donde elegir. Una anciana con delantal barre la suciedad invisible de las esquinas cerca de la salida.

—Oh, ¿esta es tu estación? ¡Has hecho un trabajo maravilloso! ¡Qué diseño tan genial!

Ahora yo también me alegro de poder transmitir mi entusiasmo a otra persona. Sus cálidos ojos marrones sonrían:

—No, yo no la diseñé, fue el famoso señor Hundertwasser. ¡Fíjate en todas las formas y colores! ¡Y esa fuente en la pared! ¡Es un lugar de ensueño! ¡Todo fluye! Te enamorarías de él, ¿verdad?

Asiento con la cabeza vacilante, porque en realidad es precioso.

—Cuando se inauguró este magnífico edificio en noviembre de 2000, todo se terminó para mí y para mi Friedrich —Sus ojos brillan con lágrimas—. Te voy a contar algo, pero no pienses que estoy loca.

Asiento, sorprendido por tanta intimidad, y me inclino hacia ella.

—Nos casamos hace dos años, Friedrich y yo. Sentí que yo también le gustaba. Desde entonces, he venido aquí todos los días en tren, por supuesto.

Asiento una vez más con comprensión, aunque no logro entender del todo. Inseguro, me atrevo a preguntar:

—Disculpa... ¿y quién es Friedrich ahora?

—Bueno, la estación —explica con una sinceridad cálida y natural.

Como si pudiera ver la duda en mi mirada, continúa:

—Por supuesto, se llama estación Friedensreich Hundertwasser, pero como me resulta tan cercana y familiar, la llamo Friedrich. Cuando estamos íntimos, a veces también la llamo Fritz.

Cuando tenemos intimidad... parece que he perdido el hilo para siempre, y no sé si me interesa volver a encontrarlo.

—¿Tienes familia? —me saca de mis pensamientos.

—Eh, no —respondo por simplicidad, deseaba ese café ahora más que nunca.

Asiento con la cabeza en dirección al bistró y me voy. Ella me sonrío con complicidad mientras su mano derecha recorre con suavidad una superficie de mosaico.

El café está bueno, caliente y fuerte. Humea frente a mí en la zona de mesas del bistró. Disfruto de la paz y tranquilidad de ser el único cliente en esta moderna sala de estar, con su papel pintado floral, sus plantas artificiales y la cálida iluminación del bar. Mis pensamientos siguen dando vueltas en torno a mi extraño encuentro.

¡Cuando somos íntimos!... ¿cómo se puede ser íntimo con un objeto inanimado? De inmediato me vienen a la mente varios juguetes sexuales. Aun así, ¿qué obtiene esta mujer del edificio? ¿Afecto? ¿Cumplidos? ¿Consuelo? No lo creo. ¿Seguridad y calidez? Quizás. ¿Estabilidad? Seguro. Ha sido abandonada y decepcionada por sus parejas anteriores. Los conflictos y las discusiones sin duda están fuera de lugar en un edificio como este. ¿Una cómoda comunicación unidireccional? Miro de forma fija mi taza de café ahora vacía, como si las respuestas estuvieran en algún lugar del fondo.

—¿Desea algo más? —me pregunta con amabilidad el dependiente detrás del mostrador. Le respondo con otra pregunta:

—Dígame, esa mujer del vestíbulo de la estación, ¿de verdad viene aquí todos los días?

Bueno, siempre que trabajo aquí la veo. Solo una vez estuvo ausente dos días. Cuando volvió, me preguntó si había pasado algo; había estado enferma y no pudo venir.

Me sorprende que no juzgue a la mujer en absoluto. Casi esperaba un tono difamatorio, y ahora me avergüenzo.

—¿Por qué cree que esta mujer viene aquí tan a menudo?
—le pregunto.

—Me dijo que se siente más cómoda aquí que en casa. Bueno, siempre parece tan feliz... A mí también me gusta trabajar aquí, pero por la noche prefiero irme a casa —responde, sin desprecio en la voz, solo con un guiño en sus últimas palabras.

—¿Entonces a nadie le importa ella ni lo que hace? —insisto, mientras él encoge los hombros.

—No hace daño a nadie. A veces incluso compra aquí, y nos intercambiamos algunas palabras amables —dice, mientras sus ojos buscan y encuentran a la mujer, que ahora está sentada junto a la fuente de la pared con una expresión soñadora en el rostro—. En realidad, me cae bien.

Después de recoger su plato, me desea un buen viaje y desaparece detrás del mostrador. Nuestra conversación parecía haber terminado.

Tres semanas después, mi viaje de regreso me lleva de nuevo a la estación Hundertwasser. Otra vez tuve que esperar, esta vez durante noventa minutos. Es un retraso desagradable y largo, pero después de mi estancia en el balneario junto al mar, nada me desequilibra tan fácil, gracias a la meditación, las tardes de manualidades y los paseos. Saludo a las coloridas columnas de mosaico de la plataforma casi como si fueran viejas amigas. Me resultan tan cálidas y familiares que incluso considero en breve la posibilidad de dejar mi equipaje en la plataforma. Pero cuando me doy cuenta de que quizás yo sea la única persona a la que se lo robarían en este lugar en cien años, abandono la idea. Esta vez subo por la escalera de caracol para ver más de cerca la fuente de la pared. Como el ascensor está averiado, las otras once personas que han bajado también quieren subir por las escaleras, pero a diferencia de mí, tienen prisa. En silencio, molestas, me empujan, al tiempo que sacuden mi mochila de forma

amenazadora, mi maleta y tres bolsas extra de recuerdos y artesanías.

Es probable que vengan aquí más a menudo que yo y ya no tienen ojo para el arte. Quizás nunca lo tuvieron. Mi camino me lleva de vuelta a la panadería bistró, donde tengo que compartir el ambiente de salón con una familia de cinco y una pareja de ancianos.

Todos hablan muy alto por diversas razones, así que de manera inevitable como y bebo más rápido, pronto me encuentro de nuevo en el vestíbulo de la estación. Considero en breve la posibilidad de explorar la ciudad, pero con mi pobre sentido de la orientación, no sería capaz de encontrar el camino de regreso a tiempo para la salida. En su lugar, entro en la pequeña tienda de recuerdos de al lado. Bufandas, cerámicas, jabones, joyas... todo se puede vender como arte de Hundertwasser. También hay postales y libros en exhibición. Echo un vistazo, para leer aquí y allá. También leo sobre la aversión de Hundertwasser a las líneas rectas, algo evidente en todo este edificio y que lo hace atractivo para mí.

—¿Ya has vuelto?

Me giro y veo unos ojos enrojecidos.

—¿Ya lo has visto? ¡No logro entender cómo ese grafiti puede hacer feliz a alguien! —señala una serie de grafitis negros en el vestíbulo de la estación.

—¡Oh! —busco palabras de consuelo —, siento mucho lo de tu... bueno, por el hermoso edificio.

Pero ella solo parece más molesta.

—¡Espero que lo limpien pronto! —intento consolarla de nuevo.

Pero mi experiencia me dice que los grafitis no deseados tienden a quedarse. La mujer tampoco parece convencida.

—Quizás lo pinte yo misma. No puede ser ilegal...

Su desesperación me incomoda. En mi impotencia, cojo al azar una postal y la pongo junto a la caja registradora.

—Son treinta —me dice la empleada.

Una salida fácil y barata que me permite escabullirme de forma rápida con un «que le vaya bien».

Así que el amor por los objetos no es tan estable, pienso en mis adentros al tiempo que regreso al tren. Uno puede tan solo llegar y herir al otro. Ya sea una persona o un objeto, parece que nunca somos capaces de proteger en su totalidad a nuestros seres queridos. Pienso en mi vecino, que años después de la muerte de su esposa por cáncer, todavía la llora. O en mi padre, que, a pesar de todo nuestro amor, fue aplastado por el acoso de sus superiores. ¿Qué es lo seguro?

Miro el dibujo de mi tarjeta durante un rato. Oigo llegar el tren a lo lejos y siento una tierna conexión con esta mujer que ama este pequeño pedazo de tierra con todo su corazón.

Marcela y Gonzalo

Alejandro González Soria

MÉXICO

Esa mañana, Marcela despertó envuelta en un sudario de soledad que la asfixiaba como una niebla espesa e impenetrable. Hacía días que el vacío se había instalado en su pecho, pero hoy era diferente: una punzada aguda en el estómago, como si un cuchillo invisible la hubiera atravesado. Se obligó a desayunar un trozo de pan seco y una taza de café amargo, pero cada bocado le sabía a ceniza. Subió al autobús con los hombros encorvados, repetía la misma rutina que la había atrapado durante siete largos años: el preescolar, las horas interminables frente a los niños ruidosos, y el regreso a un apartamento que resonaba con el eco de su propia respiración. Su historial sentimental era un desierto árido, salpicado solo por un par de relaciones efímeras que ella misma había saboteado, cortándolas de raíz antes de que pudieran florecer. El miedo al rechazo, al dolor, la había convertido en una prisionera de su propia cautela.

Marcela era una mujer de belleza etérea, con facciones finas y delicadas que evocaban a una diosa olvidada. Su cabello caoba, espeso y ondulado, caía como una cascada salvaje alrededor de un rostro pálido, enmarcado por ojos de un azul profundo y magnético, capaces de atrapar almas desprevenidas. Sus pestañas largas proyectaban sombras danzantes sobre sus mejillas, y su porte sofisticado la hacía parecer una estrella de cine caída en desgracia. Pretendientes no le faltaban; hombres que la miraban con hambre en los ojos, pero ante las insistencias de Griselda, su única confidente, ella respondía con evasivas frías y calculadas. En el fondo, un instinto primitivo la atormentaba: el deseo ardiente de formar un hogar, de sentir el calor de un abrazo

que no fuera efímero. Esa desazón innombrable la devoraba por dentro, transformándose en noches de insomnio donde las lágrimas se mezclaban con el silencio opresivo de su habitación.

La luz matutina se filtraba de forma perezosa a través de las ventanas del jardín de niños, para teñir las paredes de un dorado tímido. Los padres comenzaban a llegar, un desfile de figuras apresuradas que depositaban a sus hijos como paquetes en una cadena de montaje. Marcela saludó a una madre en el umbral, con una sonrisa profesional que no llegaba a sus ojos. Al girar con descuido, chocó de forma violenta contra un hombre. El impacto fue como un trueno en un cielo sereno: sus cuerpos se estrellaron, y por un instante eterno, sus rostros quedaron a milímetros el uno del otro. El mundo se desvaneció. El estruendo de los coches en la calle se apagó como si alguien hubiera cortado el sonido; el murmullo de los niños se convirtió en un zumbido distante. La luz, antes lánguida, estalló en un brillo cegador, dorado y abrasador, al iluminar cada poro de su piel.

—Perdón —murmuraron al unísono, sus alientos entremezclándose en el aire cargado.

Él era de mediana edad, con una complexión delgada que hablaba de años de preocupaciones acumuladas, y una piel trigueña que contrastaba con sus ojos oscuros, profundos como pozos de medianoche. La hipnotizaba con su mirada, mientras sostenía la mano de un niño de cinco años que observaba la escena con curiosidad inocente.

—Disculpe, no la vi —balbuceó él, su voz temblorosa, como si el choque hubiera desestabilizado no solo su equilibrio, sino su alma entera.

—No, perdone usted, iba distraída —replicó Marcela, al tiempo que sentía un calor traicionero subir por su cuello hasta incendiar sus mejillas—. ¿Es el padre de Gonzalito? —preguntó, mientras forzaba una sonrisa que intentaba ocultar el torbellino interior.

Él ensanchó los ojos, sorprendido, como si ella hubiera desvelado un secreto guardado. —Sí... ¡Sí! Es mi hijo — tartamudeó, y en ese momento, algo invisible se rompió entre ellos, un velo que separaba la rutina de la posibilidad.

—Vamos, te llevo al salón —le dijo Marcela al pequeño, tomándolo de la mano. Mientras recorría el pasillo, un cosquilleo eléctrico le trepaba por las costillas, como si su cuerpo hubiera despertado de un letargo eterno. Tenía ganas de reír a carcajadas, de sonreírle a las paredes agrietadas, incluso a las madres más severas y juzgadoras que la observaban con ceños fruncidos. Se obligó a recuperar la compostura, recordándose que no era una adolescente inmadura, pero la sensación era adictiva, un elixir que la hacía sentir viva por primera vez en años.

Al día siguiente, sus ojos lo buscaron con desesperación entre la multitud de padres. Cuando lo vio de espaldas, un suspiro sonoro escapó de sus labios, tan fuerte que la obligó a cubrirse la boca con vergüenza ardiente, como si el mundo entero la hubiera oído. Se acercó a paso rápido, el corazón latiéndole como un tambor de guerra, pero una idea la frenó en seco, como un muro invisible: «Está casado. ¿Qué demonios hago, actúo como una colegiala estúpida?». La duda la apuñaló, pero no pudo resistirse.

—Hola, buen día —saludó, forzaba una voz que sonaba ajena, fría como el acero.

Él giró con una sonrisa franca, iluminaba su rostro como un rayo de sol en una tormenta. —¡Hola! Qué alegría verla de nuevo.

—¿Le tocó traerlo otra vez? —preguntó, intentaba sonar casual, pero su voz traicionaba el temblor.

—Siempre lo traigo yo —respondió él, con una calidez que la desarmó.

—Qué bien. Un padre responsable. Su esposa debe estar orgullosa —lanzó las palabras como dardos envenenados, sin

esperar respuesta, y se dio la vuelta, mientras entraba al aula con el pecho apretado por un nudo de amargura.

Él arrugó el entrecejo, desconcertado por el rastro de desdén que destilaban sus palabras, como si ella lo hubiera acusado de un crimen invisible. Marcela, por su parte, se hundió en una decepción abrasadora, un pozo negro que la tragaba entera. «Seguro solo busca divertirse, una aventura con la maestra solitaria», pensó, mientras tensaba el rostro al tiempo que los niños gritaban a su alrededor, sus voces convirtiéndose en un caos ensordecedor que reflejaba el torbellino en su mente.

Por la tarde, el golpe final llegó como un mazazo. Vio a Gonzalo padre llegar en un auto reluciente. Lo acompañaba una mujer joven, radiante, con una sonrisa que parecía burlarse de ella. Cuando el niño corrió a sus brazos y ella le dio un beso cariñoso en la mejilla, Marcela sintió un sabor metálico a hierro en la boca, como si moridera sangre. La ira la invadió como una oleada furiosa, mezclada con una vergüenza que le provocó una jaqueca instantánea, un dolor punzante que le nublabla la visión. «Creerá que soy una buscona desesperada», se recriminó, mientras se marchaba a casa con los dientes apretados, el paso acelerado y las lágrimas quemándole los ojos. Esa noche, el apartamento se convirtió en una cárcel de sombras, donde cada rincón le recordaba su estupidez. Se acurrucó en la cama, abrazó una almohada que olía a soledad, y lloró hasta que el agotamiento la venció.

Los días siguientes fueron un infierno de evasión. Marcela llegaba antes de la hora pico, escondiéndose en el aula como una fugitiva, para evitar cualquier encuentro con él o con la mujer que ahora imaginaba como una rival implacable. El trabajo se volvió una tortura: los niños, antes una distracción bienvenida, ahora le recordaban al pequeño Gonzalito y a su padre inalcanzable. Griselda notó su palidez, sus ojeras profundas, y la interrogó sin piedad.

—Estás hecha un desastre, Marcela. ¿Qué te pasa? ¿Un hombre? —preguntó con esa intuición afilada que la caracterizaba.

—Es nada... solo tonterías mías —mintió Marcela, pero el secreto la carcomía.

Sin embargo, el destino, caprichoso y cruel, intervino en el día de la entrega de boletas. Ensimismada en la organización de los documentos, una sombra se proyectó sobre su escritorio como un presagio ominoso.

—Buenos días, ¿nombre del alumno? —preguntó ella sin levantar la vista, su voz un susurro tembloroso.

—Gonzalo Guzmán —respondió una voz varonil que reconoció al instante, lo que envió un escalofrío por su espina dorsal.

El rubor regresó como una marea imparable. Marcela buscó los documentos con manos nerviosas, temblaba como hojas en el viento.

—Hola. Pensé que vendría su mamá —soltó con frialdad glacial, un escudo contra el dolor que amenazaba con romperla.

—Ella ya no puede venir —intervino el niño con esa inocencia brutal que solo los infantes poseen. Marcela frunció el ceño, y el padre completó la frase con voz suave, pero cargada de un peso invisible:

—Falleció hace tres años. Un accidente... nos dejó solos.

El silencio que siguió fue denso, asfixiante, como si el aire se hubiera solidificado. Marcela sintió que el mundo se inclinaba, que el suelo se abría bajo sus pies. El sudor le perlaba la frente, y el rubor subía de nuevo, pero esta vez era una mezcla de vergüenza y alivio prohibido. Entregó los papeles con una sonrisa recuperada, frágil como cristal.

—Aquí tiene, señor...

—Gonzalo Guzmán. Como él —señaló a su hijo con un ademán ligero, pero sus ojos revelaban un abismo de dolor contenido.

—Debí suponerlo —murmuró ella, y en ese momento, el muro que había construido alrededor de su corazón comenzó a agrietarse.

Esa noche, en su casa, Marcela no podía dejar de caminar de un lado a otro, como un animal enjaulado. «¡Es viudo! Está mal alegrarse por algo así, pero... ¡Dios mío, qué tonta fui!». Se sorprendió a sí misma en voz alta, mientras gritaba al vacío:

—¡Ay! Ni tengo la vaca y ya reparto los quesos —pero la esperanza, esa traidora, se filtraba por las grietas, al iluminar las sombras de su alma.

A la mañana siguiente, lo esperaba en la entrada con el corazón en un puño, vestida con su mejor blusa, como si fuera una armadura para la batalla. Al tomar la mano del niño para llevarlo a clase, el pequeño soltó con cándida inocencia, como un rayo que ilumina la oscuridad:

—Mi papá dice que eres la maestra más bonita de todas.

Marcela río, y el sonido pareció iluminar el pasillo entero, al disipar las nubes que habían cubierto su vida. El olor a madera de los lápices y los crayones de cera se volvió más intenso, más vivo, como si el mundo hubiera cobrado color de nuevo.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó ella con una luminosa sonrisa, el pulso acelerado.

—Que sí podrías ser mi mamá —respondió el niño, y esas palabras fueron como un terremoto, que sacudió los cimientos de su resistencia.

Días después, Gonzalo reunió el coraje para pedirle, con timidez que ocultaba un anhelo profundo, salir a cenar. Marcela aceptó con las mejillas encendidas, sentía que el dique que había mantenido su corazón a salvo durante años, al final, cedía en un torrente imparable. Esa noche, bajo las luces tenues de un restaurante modesto, compartieron historias de pérdidas y sueños rotos. Él habló de su esposa con voz quebrada, de cómo el accidente la había arrancado de su vida, para dejar un vacío que Gonzalito llenaba solo de forma parcial. Marcela confesó su soledad, sus miedos, y por primera vez, sintió que no estaba sola en la tormenta.

Mientras caminaban de regreso, sus manos se rozaron de forma accidental, lo que envió chispas por su piel. Gonzalo se detuvo bajo un farol parpadeante y la miró con intensidad. — Marcela, no sé qué nos depara el futuro, pero por primera vez en años, siento que hay luz al final del túnel.

Ella sonrió, lágrimas de alegría que rodaban por sus mejillas. El dique se había roto por completo, y estaba decidida a nadar en las aguas de la felicidad, sin mirar atrás. La vida, caprichosa como siempre, les había dado una segunda oportunidad, y esta vez, no la dejarían escapar.

Portales

María Magdalena López Espinosa

MÉXICO

Hace días que no pasaba por el portal, contemplé los balcones que estaban enfrente, sentí el fresco de la tarde y mis perritas se estiraron más de lo debido, el jalón de las cadenas provocó que volviera la vista hacia el frente, entonces te vi. La alegría y el enojo se revolvieron en el estómago como mariposas inquietas por salir. Nuestras miradas quedaron frente a frente, saludaste como siempre lo haces, y volví a sentir el calor de tu barba sobre mi mejilla, me hizo estremecer, no pude tocarte porque no quise manchar tu suéter blanco, siempre tan pulcro, tan perfumado, tan tú; me dijiste que tenías prisa, no pude evitar la molestia, siempre has tenido prisa, hasta en aquellos días de nuestros encuentros furtivos, siempre fueron con prisa. Nunca importó, al contrario, siempre procuré que eso no fuera impedimento para verte, aunque fuera un instante, aunque fuera de prisa.

Acariciaste a las perritas, vi tus manos deslizarse sobre el pelaje y las orejas, deseé que las caricias fueran para mí. Te despediste, te dije adiós. Nuestros pasos avanzaron en diferente dirección, te seguí con la mirada, contemplé tu figura varonil, caminaste aprisa, tal vez sí tenías prisa, tal vez querías huir. De pronto una lágrima recorrió mi mejilla, ¡hacia tanto tiempo que las había ahogado en el alma!, quise gritar, alcanzarte, abrazarte y decirte cuánto te extraño. Me contuve, te perdiste entre la gente, de pronto tu imagen había desaparecido.

Entonces seguí el camino, las perritas no me dieron tiempo de quedarme en la banqueta a llorar. Sí, quise llorar como una criatura, pero a mi edad, ¡es ridículo!, me habrían tomado como una loca, la gente me preguntaría si me encontraba bien, me

contuve y pensé: ¿para qué hacer un drama en plena vía pública? En lugar de llorar caminé, me detuve en la plaza, solté a las perritas para que jugaran, siempre les gusta correr en ese lugar, no hacen daño, son amigables. En ese instante volvió tu imagen, quise encontrarte entre los rostros de los paseantes. Entonces, regresó el coraje, me prometí no volver a llorar, ya no extrañarte, no recordarte.

Me di cuenta de que eso era una mentira, hubo noches enteras en que no logré conciliar al sueño, las lágrimas las escondí en la almohada, antes de dormir eras el último pensamiento que evocaba, por las mañanas era lo mismo. Al llegar a casa el recuerdo me invadió, llegó a mi mente aquellos días en que estuvimos juntos, en la cama, en el lugar que hicimos nuestro, dónde sólo éramos los dos, locos y amándonos como almas unidas. Recordé tu cuerpo desnudo junto al mío, tus manos que tocaban cada parte de mi piel, los labios frescos que tapizaban mi espalda y tu miembro que invadía mi ser, sentía el ritmo de uno junto al otro. Regreso los días en cada detalle, tu nombre lo escucho a cada instante, es muy común, ¿lo sabes?, pero me encanta.

Entré a la ducha y regresó el recuerdo, aquel día en que pasamos la tarde juntos, en aquella habitación del centro, después de hacer el amor decidimos bañarnos juntos, mientras el agua recorría mi cuerpo tus manos se posaron en mis nalgas, tus caricias recorrieron las piernas, luego me tomaste por la cintura y tus besos invadieron la espalda. El agua caliente unía nuestros cuerpos, bebías las gotas que bajaban por los hombros y tú tan ardiente, tan deseoso de mí. Los minutos agotaron el agua caliente, reímos, nos besamos y dejamos que el frío calmara nuestras ansias. Y luego la prisa apareció, nos despedimos, nos alejamos. Después de ese día han pasado muchos más y el silencio llegó. Me hice una promesa, no llorar, no recordarte, pero la he roto, aún pienso en ti, no puedo olvidarte.

Al llegar a casa seguí con mi obsesión, el encuentro de esa tarde lo deseaba, ¡no te imaginas cuánto! De pronto volvió el enojo, hace meses que nos vimos, te envié mensajes con tus amigos, llamé a tu oficina, fui a buscarte, no te encontré; al principio pensé que estabas ocupado. Pero te vi con tus amigos en un bar, supe que te inscribiste en la competencia deportiva, me dijeron que saliste de la ciudad, supe de tus reuniones familiares en aquella fiesta. Tus fotos aparecieron en los periódicos y te veías como siempre, muy alegre. Conservas esa sonrisa que, al verla, me hace temblar de pies a cabeza; y tu voz provoca en mí el nervio que logra que mis palabras sean tropiezos, y mi sonrisa sea como luz en la cara.

Pero debo desaparecer, lo haré con el silencio y con la distancia, con tu ausencia y con la mía; debo borrar de la memoria todo aquello que en los buenos momentos me hizo sentir y saltar de alegría. He decidido dejar de sufrir, eso no es bueno, la tristeza se refleja, ya me han preguntado sobre lo que pasa en mis días, pero nadie pregunta qué pasa en mis noches. Debo hacerlo, de prisa, para que pueda seguir sin ti, sin verte, sin oírte, sin tenerte. He decidido guardar todo aquello que vivimos, los sueños que anhelamos, los días y las tardes. No te culpo, lo comprendo, lo sabía desde el inicio, no podemos estar juntos, la familia es un lazo que se vuelve cadena, que pesa, que en ocasiones ahoga, no se rompe, y si eso sucede, con el tiempo regresa.

¿Me extrañas?, no quiero saberlo, porque entonces vuelvo a correr para verte. Te he visto en mis sueños, en uno de ellos me abrazaste y no querías soltarme, yo me acomodé en tu pecho, sentí tu calor y olí tu aroma, tus brazos fuertes rodearon mi cuerpo y entonces sentí un beso en la frente, acaricié tu barba, escuché tu voz decirme: tengo prisa, y desperté con lágrimas en los ojos, trataba de retenerte entre mis brazos. Dejo el sueño atrás, veo como la luz de la alborada entra por el resquicio de la ventana y siento que las lágrimas siguen allí, en la cara. Me levanto y salgo al portal, tal vez te encuentre, tal vez te vea. Vuelvo a mi

habitación y siento tu ausencia, quiero volver a dormir, quiero volver a soñarte, pero tu imagen se aleja, se esconde en el umbral del portal, tienes prisa, mucha prisa.

Los Barcos que no Ardieron

Nasdira Abes

MÉXICO

No fue una metáfora bonita ni un arrebató romántico. Fue una decisión silenciosa que se formó día a día, como se forma el moho en las paredes húmedas: sin ruido, pero con intención. Quemar los barcos significaba dejar de mirar atrás, renunciar a todo lo que había sido antes de ti, aceptar que no habría regreso posible.

Dejarlo todo.

Avanzar sin ruta alternativa.

Creer que el amor, si era verdadero, bastaría.

Estaba dispuesta a entregarte mi vida sin dramatismo, sin promesas grandilocuentes. No como quien se inmoló, sino como quien confía. Te habría dado mis sueños, incluso aquellos que aún no sabía nombrar. Te habría compartido mis anhelos más antiguos, esos que no se dicen en voz alta porque parecen ridículos cuando se exponen a la luz.

También estaba lista para entregarte lo menos presentable de mí.

Mi obsesión aguda y sobria por lo perfecto, esa que me empuja a corregirlo todo, incluso lo que no está roto. Mi manera desaliñada de vestir, mezcla de descuido y defensa. Mis defectos, que no son pocos. Mis problemas, que no se resuelven con amor. Mis vicios y mis maldiciones, esos hábitos oscuros que aprendí a llamar así para no llamarlos por su verdadero nombre.

No quería ser perfecta para ti.

Quería ser completa.

Durante un tiempo creí que lo entendías. Que veías en mí algo más que lo que yo misma alcanzaba a ver. Me mirabas como si yo fuera una posibilidad abierta, no un error que corregir. Y eso, para alguien como yo, fue suficiente para empezar a arder.

Pero el amor no siempre se quema de inmediato. A veces se apaga, poco a poco, mientras uno cree que todavía ilumina.

Te fuiste.

No con una despedida clara ni con una explicación honesta. Te fuiste como se van quienes no quieren hacerse cargo del daño: al dejar puertas entreabiertas, palabras inconclusas, silencios que obligan al otro a inventar respuestas.

Y yo me quedé con todo aquello en las manos.

Con mis sueños expuestos.

Con mis defectos sin refugio.

Con mi vida, que ya había empezado a acomodarse alrededor de ti.

Multiplicaste mi miedo.

Dividiste mis deseos.

Antes de ti, yo sabía lo que quería, aunque no siempre supiera cómo lograrlo. Después, todo se fragmentó. Querer ya no era un acto firme, sino una pregunta constante. Dudé de mí, de mis límites, de mi intuición. Dudé incluso de aquello que siempre había defendido.

Te apropiaste de mi ser sin tocarme.

Eso es lo más peligroso del amor mal entendido: no necesita violencia visible para invadir.

Durante unos días —o semanas, el tiempo se vuelve extraño cuando duele— caminé al borde de la locura. No la locura romántica que se celebra en canciones, sino la otra: la que te hace justificar lo injustificable, la que te convence de que, si amas suficiente, el daño se convierte en prueba.

Hubo un momento exacto, breve pero decisivo, en el que estuve a punto de incendiar mis barcos.

De decir: no importa.

De quedarme.

De esperarte.

De negarme a mí misma una vez más.

Pero entonces ocurrió algo pequeño.

No fue una revelación celestial ni una frase grandiosa. Fue apenas una chispa de luz, casi imperceptible. Un susurro interno que dijo: «espera». Un razonamiento mínimo, frágil, que me recordó lo que ya había vivido antes. La memoria de otras veces en las que confundí amor con entrega absoluta y terminé perdiéndome.

«No te entregues a la locura del amor una vez más», me dije.

No ahora.

No así.

Creí que ese instante de lucidez me había salvado.

Me equivoqué.

Te bastaron apenas unas horas para apuñalarme por la espalda. No con un grito, no con una traición espectacular, sino con algo mucho más cruel: la verdad.

Descubrí el manuscrito.

No era literal, pero así lo sentí. Palabras escritas — pensadas, compartidas— donde describías el fastidio que yo te causaba, el desprecio que nunca te atreviste a mostrarme de frente. Ahí estaba, claro como una sentencia: yo no te importaba.

No era que no me amaras.

Era peor.

Era irrelevante.

Sentí vergüenza. No de ti, sino de mí. De haber ofrecido tanto a alguien que apenas había extendido la mano. De haber confundido atención con cuidado, cercanía con compromiso.

El dolor no fue inmediato. Primero llegó el vacío. Después, una tristeza espesa, pesada, que se asentó en el pecho como una piedra. Lloré poco. El llanto habría sido un alivio, y yo no estaba lista para aliviarme.

Entonces corrí hacia los barcos.

Los vi intactos, alineados, esperándome. No los había quemado. El miedo, esa vez, había jugado a mi favor. Subí a uno de ellos con manos temblorosas, con el cuerpo herido, con el orgullo hecho pedazos.

Emprendí mi viaje de regreso.

No hacia el mismo lugar del que había partido, porque nadie vuelve y es el mismo. Volví distinta: más cauta, más cansada, pero viva. Con la certeza de que no todo amor merece sacrificio y que no toda promesa implícita debe tomarse como verdad.

Mientras el barco avanzaba, entendí algo que me había negado durante mucho tiempo: amar no debería exigir que te destruyas. Nadie que te quiera de verdad te pedirá que te incendies para alumbrarle el camino.

Te quise.

Eso no lo niego.

Pero no me perdiste porque yo fuera insuficiente. Me perdiste porque no supiste qué hacer con alguien dispuesto a quedarse sin desaparecer.

Hoy navego hacia un nuevo destino. No sé aún cuál es. No tengo mapas ni garantías. Pero llevo conmigo algo que antes no tenía: la decisión de no volver a quemar mis barcos por nadie que no sepa cuidarlos.

Y eso, aunque duela, también es una forma de amor.

El más difícil.

El que se queda

Empezando en el final

Sebastián j. Nolasco

MÉXICO

Mientras la película avanzaba en la oscuridad y el silencio casi total, los vellos de mi piel se erizaban, alertas, anticipaban un movimiento arriesgado y audaz.

Apenas nos habíamos hablado un par de veces. En mi mente siempre ocurrió lo mismo: ella ya lo sabía, lo intuía. Parecía que así lo quería, que lo adivinara y lo aceptara en silencio, porque solo se daba cuenta. Las mujeres se dan cuenta.

Y ese era uno de esos momentos en los que todo se convertía en una verdad susurrada entre dos amantes mudos y secretos.

No importaba la gente alrededor, que miraba la ficción con un ojo y a la pareja que se abría con lentitud con el otro, mientras las imágenes en movimiento seguían su curso.

No importaba la falsa sensación de silencio absoluto que envolvía cada susurro y cada risa en la sala. Ambos sabíamos, de algún modo inexplicable, que este era el momento.

La miro de reojo, observo su perfil iluminado por la pantalla, pero de algún modo ella también me ve. Porque las mujeres se dan cuenta.

Me acerco despacio a su oído. Siento el corazón en la garganta y una bomba latir en el pecho mientras todos mis años de espera y deseo se concentran en una caricia de voz:

—Me gustas.

Vuelvo la cabeza a su lugar y entonces siento el roce: su brazo se desliza hasta mi mano y entrelaza sus dedos con los míos.

La bomba estalla.

En dos minutos el sol artificial se encenderá de nuevo y regresaremos al mundo que nunca debe saber nuestro secreto. Han pasado cuatro años en los que mi mundo ha vivido en una quietud resignada, conformándose con verte llegar y verte marchar por los pasillos. Pero ahora la bomba ha incendiado todo por dentro. Mi paz se ha roto. El agujero negro se tragará la galaxia entera.

Entonces la beso y siento la suavidad húmeda de sus labios, el calor anhelante de su piel, mientras el aroma dulce y embriagador de su deseo me asfixia.

Tenemos apenas unos segundos para mirarnos al alma a través de las ventanas de los ojos antes de que la luz nos devuelva al mundo real. Permanecemos en silencio físico, pero nuestras almas salen disparadas al infinito y los latidos de nuestros corazones dan cuatro vueltas al planeta cada uno.

Un segundo.

La respiración entrecortada del otro nos regala el siguiente beso invisible.

Dos segundos.

Pasas tu mano por mi mejilla; yo acaricio tu frente con el roce de mis labios para que mi nariz pueda robarte un poco más de ese hechizo que me mantiene cautivado.

Se enciende el sol artificial.

La gente comienza a desaparecer del lugar. A pesar de la luz, es ahora el verdadero silencio el que nos regala unos últimos

segundos. Te tomo de la mano, y aunque te siento nerviosa, la aprietas con anhelo en cada paso que damos.

Nos miramos al final de la escalera. Te miro al inicio del final; me miras a la mitad del principio. En el pequeño rincón de privacidad nos abrazamos. Siento tu rostro fundirse en mi pecho, y hablar con palabras ahogadas el arrepentimiento de haber permitido que ocurriera tanto. Beso tu frente con la delicadeza de quien da una noticia que impedirá que ocurra todo lo demás.

Será hoy, el día de mi partida, cuando mire tus ojos brillantes y hable con el miedo que he guardado durante cuatro eternidades:

—Me gustas.

He de decirlo una vez, dos, tres, cuatro, mil veces más en el camino hacia mi destino.

Me gustas, me gustas, me gustas.

Lo digo para que nunca lo olvides.

Lo repito para que siempre lo creas.

Lo conjuro para que el camino sea eterno y te quedes conmigo en un secreto perfecto.

Podrás tomarme de la mano para detenerme un instante y preguntarme por qué. Tal vez solo un momento.

—Porque eres la mujer más hermosa que he podido contemplar en mucho tiempo.

Porque eres como la página de un libro que se lee diferente cada vez, pero siempre con la misma fuerza atrayente.

Porque me pareces una persona llegada de una mañana perdida.

¿Por qué vino a mí la razón que siempre pedí justo cuando ya casi no estoy aquí?

Respiro en un suspiro.

Justo aquí, en el limbo, a un paso de la vida, no tienes que decir ni una palabra más. Solo mírame a los ojos y lo sabré todo. Nadie tiene que saberlo para que podamos dejar la puerta entreabierta, en un posible regreso en el que tú —sin saberlo, sin contarlo, sin deseárselo—, también me esperaste.

El sonido del silencio es invadido por los leves instrumentos del final de nuestros verdaderos sentimientos. Un nuevo cantante comienza a susurrar. Tenemos que volver, por ahora, a la ciudad, a la vida, al mundo real.

Tú cruzas primero las puertas, para intentar evitar el tsunami de amarga felicidad. Aunque no pueda verte, sé que no lo logras del todo. Yo, con cuidado, queriendo sin querer, te sigo, finjo no mirarte para que el universo aún no sepa que también te amo. Que voy a extrañarte y que me encantaría abandonarlo todo para besarte de nuevo.

Sé que no me doy cuenta, pero me observas cuando cruzo la salida frente a ti, que aprietas los labios en ese deseo compartido. Porque un hombre enamorado siempre lo desea.

El cantante será nuestro confidente. Escribirá ahora sobre nuestra canción. Es esa que escucha todo ser humano con unos audífonos puestos.

El mundo hará un pequeño corte solo para nosotros. Será el que veas un día en otra pantalla... o tal vez en la misma.

El escritor será quien escriba la historia que empezamos a escribir antes de que sucediera. Porque para que sucediera, primero tenía que escribirse. Es el libro que comienzo a escribir para que el mundo grite tu nombre y nadie lo olvide.

Y salimos del silencio.

Ausencia Selectiva

Daniela Herrera Martínez

MÉXICO

Jalpa, Zacatecas, es uno de esos lugares que parecen hechos para enamorarse, las calles estrechas conservan el eco de pasos antiguos de aquellas parejas que aún se conservan, las fachadas de cantera guardan secretos ajenos y el aire, sobre todo por las tardes, huele a algo tibio, casi prometedor.

Hay pueblos donde el amor parece una herencia colectiva, una costumbre sin preguntas, Jalpa, es uno de ellos. Nadie advierte que también es un sitio donde el cariño puede pudrirse con lentitud, como fruta olvidada al sol.

Toda historia de amor comienza en un lugar y termina en otro, a veces ese lugar no es físico, sino digital. Una pantalla, un desliz de dedo, una coincidencia estadística disfrazada de destino.

Olivia Ríos nunca creyó en esas cosas, era una mujer reservada, de silencios largos y pensamientos densos, más cómoda en la soledad que en la promesa ajena; le costaba confiar, no por trauma, sino por lucidez. Sabía que el amor correspondido era una excepción, no la regla. Sofía Calderón en cambio era distinta: una mujer luminosa en apariencia, de emociones inmediatas, capaz de ilusionarse con facilidad, convencida de que el amor podía encontrarse varias veces en una sola vida, incluso al mismo tiempo en una persona.

Entre miles de perfiles, Olivia y Sofía hicieron clic. Al principio Olivia respondió con cautela, mensajes breves, distancia calculada, sabía que le atraía Sofía físicamente, pero había algo más; una intuición incómoda, una vibración que no sabía nombrar. Sofía por su parte, se entregó rápido, mensajes constantes,

llamadas largas en la madrugada, videollamadas donde quedaban dormidas con el rostro congelado en la pantalla del celular; era una intimidad artificial, pero efectiva, una cercanía sin cuerpo.

Con el tiempo, la frecuencia se volvió costumbre, la costumbre, necesidad, y la necesidad, urgencia.

Olivia dio el primer paso real, viajar a Jalpa, no lo hizo por romanticismo, sino por una sensación física, a pesar de vivir en otro estado, necesitaba verla para confirmar que no imaginaba todo. Cuando se encontraron, algo dentro se acomodó mal. Sofía era real, su voz, su risa, su manera de ocupar el espacio; ese primer fin fue agradable, suave, casi mágico.

Al despedirse, Olivia sintió un extraño vacío, una presión en el pecho que no era emoción, sino miedo, aun así decidió avanzar, le pidió que fuera su novia.

El enamoramiento siempre es una ilusión química: dopamina, alivio, una tregua momentánea contra el cansancio de existir. Durante un tiempo, todo funcionó; las visitas fueron frecuentes, las presentaciones familiares vinieron, Olivia convencida de que había encontrado a alguien con quien quedarse durante los próximos ochenta años, no por necesidad, sino por elección fatal.

Permanecieron juntas bastante tiempo, el problema no llegó de golpe; llegó de forma de expectativa. Sofía quería más, no convivencia: matrimonio, para Olivia, hablar de matrimonio era hablar de algo definitivo, de compartir cada día y cada noche, incluso los silencios incómodos; propuso vivir juntas, Sofía se negó y siempre se negaba. En un principio se mostraba emocionada, pero nunca daba el paso, siempre esperaba que Olivia lo hiciera por ella.

Había incoherencias, Sofía evitaba definiciones, cambiaba versiones, dramatizaba pequeñas ausencias, Olivia lo notaba, no

preguntaba, prefería pensar que así era Sofía de caprichosa, que el amor también implicaba aceptar rareza, pero la duda empezó a erosionarla.

El viaje a Guadalajara fue planeado con cuidado, en el Bosque Colomos, entre árboles que parecían demasiado vivos para el momento, Olivia llevó tarjetas de canciones, cada una marcaba una palabra, al final la frase completa: ¿Quieres casarte conmigo? Se arrodilló, mostró el anillo, Sofía dijo que sí. Desde afuera, todo parecía perfecto, adentro algo ya estaba roto.

Sofía aceptó el anillo, pero no la certeza, en su cuerpo habitaba una incomodidad persistente, como si hubiera dicho que sí para convencerse a sí misma. Creía amar a Olivia, o al menos eso repetía, pero su amor tenía grietas.

Los meses siguientes oscurecieron la relación, Sofía empezó a interesarse demasiado por los bienes de Olivia, por su estabilidad económica; ya no pedía: exigía, bolsos, joyas, viajes costosos. Olivia agotada por su trabajo, cumplía, no por generosidad, sino por cansancio. El problema no era el dinero, sino la forma en que Sofía lo reclamaba como si le perteneciera.

Las exigencias crecieron, más atención, más tiempo, más presencia. Hubo reproches, manipulación, silencios castigadores, Olivia dejó de viajar a Jalpa cada fin de semana, su vida no se lo permitía, Sofía lo sabía, pero no le importaba.

Olivia estuvo ausente veinticuatro horas, al día siguiente, recibió un mensaje de Sofía para terminar la relación, alegaba un bloqueo emocional. El texto fue breve, aséptico, e irrevocable.

Olivia sintió el impacto en el cuerpo, no lloró de inmediato, primero vino el frío, una sensación de vacío que recorría su pecho, como si alguien hubiera vertido agua helada dentro de ella. Intentó llamarla, fue inútil, Sofía desapareció, sin explicaciones, sin cierre.

Quedó rota, aislada, tomó terapia, empezó a revisar la relación con otros ojos, descubrió lo que no quiso ver: Sofía nunca

se interesó en lo emocional, solo en lo material, el amor había sido un medio.

En su enojó, Olivia pidió el anillo de vuelta, Sofía en cambio se negó pues corría a estrenarse, mientras ella se hundía en autopsias vacías.

La pregunta fue inevitable: ¿alguna vez, Ella me amó?

Olivia decidió no insistir más, pero dentro seguía hecha pedazos, su refugio fueron las canciones de José Madero, «Zero» sonaba una y otra vez, el coro le atravesaba como un bisturí directo al miocardio, no era una metáfora, dolía en forma física.

Con el tiempo retomó hábitos, amistades, empezó a sentirse funcional, menos rota, el coraje llegó después y con él, la catarsis no fue pública, fue íntima; escribió canciones que no buscaban consuelo ni reconciliación. No las cantaba, no podía, estaba bloqueada en lo emocional, el sentimiento existía, pero no para cantar, sino para expulsar lo que sobra por dentro.

Guardaba las hojas, aunque aún no sabía si servirían para algo, hasta que una de esas canciones salió del cajón. Su artista favorito la cantó, el título era claro: «síndrome de ausencia selectiva».

La línea que más golpeó no hablaba de amor, sino de identidad:

«ojalá tuviera estándares fracturados como tú, tú tan campante que corres a estrenarte».

Llegó a oídos de Sofía, pues sabía que era el cantante favorito de Olivia y supo que esas letras eran para ella. El mensaje llegó esa misma noche, reclamos, ira, además de ego herido, no dudó al responder que la canción era para ella; le dijo lo que nunca se había permitido decirle: Sofía tenía hambre, pero no de amor, sino de validación, de dinero, usaba personas como etapas, que

confundía ambición con derecho, pues Olivia le dijo que no todos están aquí para financiar carencias ajenas, luego la bloqueó.

Tiempo después, Olivia intentó salir con otras mujeres, no pudo, Sofía aún dolía, Olivia dejó de creer en el amor, solo confió en letras.

Jalpa siguió en pie, indiferente, como los lugares que sobreviven a costa de los que se rompe en ellos. Sofía avanzaba ligera, usaba a las personas como escalones: se pisan, se suben, se dejan atrás. Cambió de nombres con la misma facilidad con la que cambió excusas, nunca miró el daño, pues mirar implica hacerse cargo.

Olivia se recuperó: cerró el sistema. Canceló el protocolo del amor romántico por falla estructural, resultaba un mecanismo de desgaste progresivo, una relación asimétrica, donde dar era obligatorio y recibir, opcional. Sus estándares no se ajustaron, fueron demolidos tras comprobar que creer también puede ser una forma de autolesión.

Con el paso del tiempo, Jalpa dejó de ser un recuerdo y se convirtió en un antecedente: un archivo cerrado sin resolución. En las calles no quedó rastro del vínculo; nunca hubo construcción real, solo ocupación atemporal. El amor fue retirado por inutilidad, lo que dejaba una evidencia persistente. Alguien siguió adelante sin mirar atrás, y alguien más aprendió que no todas las pérdidas merecen dolor: algunas exigen silencio.

Beso Eterno

Silvia Carús

ESPAÑA

El pueblo conservaba una quietud que parecía inalterable. Las luces de las farolas iluminaban las calles empedradas con un tono cálido y acogedor, como si cada rincón guardara un misterio oculto. Era una noche apacible de otoño, y el viento agitaba con delicadeza las hojas secas desparramadas por el suelo, haciéndolas rodar despacio, sin prisa, como si también ellas recordaran otros tiempos. En algunas casas aún se filtraba la luz de las cocinas, mientras el perfume de guisos remotos se fundía con la fragancia de la tierra mojada.

Bajo una farola oscura de hierro forjado que había visto pasar generación tras generación, se encontraba Marta. Era una joven de mirada soñadora y ojos risueños, con un vestido rosa pálido que ondeaba al compás del viento. Sus manos se entrelazaban nerviosas a la altura de la cintura, y su respiración se acompasaba al latido acelerado de su corazón. A ratos alzaba la vista hacia la luz, como si buscara en ella una señal, y luego la bajaba, temerosa de lo que estaba a punto de suceder.

Marta esperaba a alguien. Había pasado el día entero con una inquietud difícil de explicar, como si algo importante estuviera a punto de ocurrir. Su corazón latía con fuerza, ilusión y una chispa que creía dormida. Aquella misma tarde había recibido una carta manuscrita. No era larga ni estaba cargada de sentimentalista exagerado; no hablaba de promesas imposibles ni de juramentos inalcanzables. Era clara y directa, fácil de leer. En ella, Marcelo le pedía que se encontraran allí, bajo la farola, cuando empezara a oscurecer. Nada más.

Mientras aguardaba, Marta recordó cómo se habían conocido algunos meses atrás. Él acaba de llegar al pueblo y ella lo vio por primera vez en la plaza, junto a la fuente, escuchaba música en un viejo tocadiscos portátil. Aquel aparato le había llamado bastante la atención; no era algo común entre los chicos de su edad, y menos aún en un lugar donde todos parecían conformarse con lo mismo de siempre. Fue ella quien se acercó, movida por la curiosidad. Intercambiaron alguna que otra palabra, torpes al principio, como si no supieran muy bien qué decirse, y desde esa tarde comenzaron a quedar.

Marta recordaba con claridad ese primer encuentro. El sol caía despacio sobre las baldosas de la plaza y del agua de la fuente reflejaba destellos dorados. Él estaba sentado en el borde, con las piernas largas estiradas hacia delante y la mirada perdida, como si no terminara de encajar en aquel sitio. Cuando ella se acercó, él levantó la vista sorprendida, pero enseguida sonrió. Aquella sonrisa tan liviana, insegura y sincera fue lo primero que le gustó.

A partir de entonces, comenzaron a verse casi a diario. A veces caminaban sin rumbo fijo por las calles estrechas del pueblo: otras se sentaban en el muro que daba al río, hablaban de todo un poco y de nada en particular. Marta descubrió que él no hablaba mucho, pero cuando lo hacía elegía las palabras exactas, como si cada una tuviera un peso especial. Le contaba cosas de la ciudad de la que venía, tan distinta de aquel lugar sosegado, y ella le hablaba de su infancia allí, de cómo conocía cada esquina, cada árbol, cada banco de la plaza.

Sin embargo, esas pocas líneas habían sido suficientes para remover sentimientos que Marta creía olvidados. Al leerlas una oleada de recuerdos la sacudieron hasta la médula: risas adolescentes, paseos sin rumbo, miradas furtivas y silencios que expresaban más que cualquier palabra. Todo aquello que el tiempo había enterrado bajo una capa de olvido regresó con una

fuerza sorprendente, dejándole claro que algunas emociones no conocen el desgaste de los años.

El reloj de la plaza central marcaba las ocho en punto cuando apareció Marcelo.

Avanzaba con paso decidido, aunque su expresión dejaba entrever cierta emoción latente. Llevaba una chaqueta azul clara con una gran letra «R» bordada en el pecho, símbolo de la escuela local, y su cabello, un poco despeinado, le aportaba un aire desenfadado que Marta reconoció al instante. Con esa sonrisa amplia y sincera que siempre le había caracterizado, y en sus manos sostenía un disco de vinilo; el favorito de Marta, un recuerdo de tiempos mejores, de tardes compartidas donde escuchaban música mientras el mundo parecía más fácil.

—¿Sabes? —dijo Marcelo al acercarse—. He esperado toda mi vida por este momento.

Marta sonrió, sentía cómo sus mejillas se coloreaban. El mundo parecía haberse reducido a ese pequeño círculo de luz bajo la farola, donde solo existían ellos dos, suspendidos en una fracción de segundo que parecía ajeno al resto del pueblo.

—Yo también —admitió con timidez—. Este beso será eterno ¿verdad?

Marcelo asintió sin dudarle. Sin mediar palabra, acortó la distancia con cautela como si temiera romper el hechizo que los envolvía y la beso con ternura. Aquel contacto, cargado de cariño, liberaba años de sentimientos guardados, al fundir en un solo gesto las promesas no dichas, los sueños que habían compartido en secreto y todo el amor que habían aprendido a callar. Cuando se separaron, sus miradas confirmaron lo que ambos ya sabían: lo que acababa de nacer entre ellos no tenía marcha atrás. Era un amor tardío, sí, pero auténtico y destinado a perdurar.

Pero esta historia no era solo un romance pasajero. En aquel pueblo se decía desde hacía décadas que la farola bajo la

que se besaban los enamorados tenía un poder antiguo. No estaba escrita en ningún libro ni figuraba en los registros oficiales, pero todos lo sabían. Se afirmaba que su resplandor tejía un vínculo indestructible entre las almas sinceras: un nudo invisible que desafiaba al olvido y al destino. Allí, un beso no era solo un gesto, sino un sello de eternidad que solo el amor más puro lograba activar.

Marta y Marcelo comenzaron entonces un amor hecho de detalles discretos y momentos pequeños: paseos al anochecer, risas compartidas en la plaza, y conversaciones que se prolongaban hasta bien entrada la madrugada. Soñaban con profundos posibles, con una casa llena de risas infantiles, con viajes lejanos y regresos seguros.

Cada vez que el mundo parecía torcerse, regresaban a ese lugar, bajo la farola, para reafirmar su promesa sin necesidad de palabras. Bastaba con tomarse de las manos, mirarse a los ojos y recordar aquel primer beso.

Pasaron los años y como suele ocurrir con todas las historias verdaderas, la vida los llevó por caminos diferentes. No hubo reproches ni rupturas abruptas; tan solo la inercia del tiempo los separó. Marta buscó su lugar en la gran ciudad, donde floreció como una pintora de prestigio. En sus lienzos, bañados de claridad y optimismo, nunca faltaba el guiño de una farola que velaba la complicidad de sus escenas.

Marcelo, por su parte, viajó por el mundo. Cambió de paisajes, de idiomas y de horizontes, pero nunca dejó de regresar al pueblo. Siempre volvía, aunque fuera por un periodo fugaz, como si una fuera invisible lo llamara desde allí.

Una noche, muchos años después, cuando la farola ya era obsoleta. Marta y Marcelo se reencontraron bajo su tenue luz. El tiempo se reflejaba en sus pieles maduras y en la calma de sus gestos, pero sus miradas conservaban el fuego de la juventud.

—¿Recuerdas? —preguntó Marcelo con una breve sonrisa—. Nuestro beso eterno.

—¿Y cómo olvidarlo? —respondió Marta—. Todavía siento que ese lazo nos une.

Entrelazaron sus dedos como si el tiempo no hubiera pasado y se fundieron en un beso bajo la vieja guardia de hierro que, años atrás, los había visto crecer, amar, separarse y esperar. Fue un beso distinto: un beso sereno y maduro, tejido con gratitud y recuerdos, que pareció detener el paso del tiempo.

Porque en aquel rincón del pueblo, bajo la luz cálida de una vieja farola, un beso eterno tenía el poder de redimir el pasado y mantener intactos, contra toda lógica, sus sueños más profundos.

El Prisma que no Ardío

Armín Jesús Arceo Durán

MÉXICO

No recuerdo cuándo comenzó el sueño.

Quizá fue antes de que el tiempo aprendiera a nombrarse, cuando el silencio todavía tenía peso y las estrellas no sabían que habrían de brillar. O quizá fue mucho después, cuando ya existían palacios, música y promesas, y yo —necia—, creía que el orden bastaba para explicar el universo.

Solo sé que, incluso ahora, cuando intento rastrear el origen de todo, mi memoria me devuelve siempre el mismo perfume. No pertenece a ningún jardín ni a ninguna fragancia conocida. Es el aroma de lo que se recuerda aun cuando la memoria se rompe. Y entonces logro entender que no fue un sueño cualquiera.

Fue él.

Amarizia flotaba como una joya sobre la negrura primordial: un cometa convertido en reino, envuelto en una órbita lenta de luz, que cruzaba el vacío. Desde lejos parecía un milagro: torres de cristal que atrapaban el resplandor de las estrellas, jardines suspendidos donde crecían flores que abrían sus pétalos al escuchar música, salones donde el aire vibraba con armonías antiguas. Desde dentro, sin embargo, Amarizia era otra cosa: una jaula delicada, sostenida por la fe de quienes creían que el orden podía imponerse al caos si se lo vestía de belleza.

Allí me llamaban princesa, me sentaron en un trono que no había pedido, tallado con símbolos de estabilidad y promesa. Me enseñaron a sonreír mientras el universo ardía en guerras lejanas entre fuerzas antiguas que pocos comprendían, pero todos temían. Me educaron para ser emblema, representar continuidad,

encarnar esperanza sin cuestionarla. Aprendí a escuchar sin opinar, a asentir sin sentir, a sostener miradas que no me veían en realidad.

Decían que el orden debía mantenerse incluso en tiempos de ruina, como si la armonía pudiera engañar al vacío que avanzaba silencioso entre las estrellas.

Era la noche de mi presentación.

Los salones del castillo de Esmirna vibraban con un vals antiguo, heredado de eras que nadie recordaba del todo, pero que todos obedecían como una plegaria automática. La música era suave y envolvente; las doncellas giraban envueltas en sedas irisadas que reflejaban constelaciones; los caballeros ofrecían reverencias ensayadas frente a espejos durante años. El suelo de cristal devolvía las luces multiplicadas, como si camináramos sobre un cielo fragmentado.

Todo estaba dispuesto para que yo fuera una promesa.

Y, sin embargo, yo sentía un vacío.

Mi vestido —blanco, con hilos de plata y azul marino— caía perfecto sobre mi cuerpo, pero no lograba anclarme. La tela rozaba mi piel con una suavidad pensada para agradar, y aun así me sentía distante, como si alguien más respirara por mí.

La tiara de laurel dorado pesaba más de lo que debía, y la amatista en mi frente parecía palpitar con una inquietud ajena. Fue entonces cuando entendí que algo dentro de mí se adelantaba al tiempo, como si ya supiera que esa noche no me pertenecía.

—Buenas noches, princesa —dijo una voz calculada.

El virrey de la Nebulosa de Cybeles se inclinó ante mí y presentó a su hijo. Zargas era hermoso, sin duda: sonrisa de conquista, palabras pulidas, un futuro ordenado y predecible

envuelto en cortesía. Me ofreció un baile como se ofrece una alianza.

Lo rechacé.

No con dureza, sino con honestidad.

Algo en mí —algo más antiguo que Amarizia, más antiguo que la corte, incluso más antiguo que el nombre que me habían dado— se negó. No era orgullo ni desdén. Era la certeza de que, si aceptaba, traicionaría un juramento que aún no recordaba haber hecho, pero que ya pesaba sobre mí como una ley invisible.

Cuando se marchó, el murmullo del salón regresó a mis oídos... pero no del todo.

Porque entonces escuché la voz.

«Nuestro mundo llora... nuestro castillo llora... vine a través de mil mundos solo para encontrarte».

No venía de fuera. No atravesó el aire ni el mármol. Me habló desde adentro, desde un lugar donde el orden no alcanza y la memoria tiembla como agua a punto de romperse.

El mareo me obligó a abandonar el salón. Crucé corredores interminables donde los tapices narraban glorias pasadas que ya no sentía mías, hasta llegar al balcón de la torre más alta. El cielo se abrió ante mí: anillos de hielo suspendidos en silencio, constelaciones antiguas que observaban sin parpadear, una luna rojiza que abrazaba el vacío como una herida abierta.

Allí me encontró Haras, mi hermana en ese plano. Me habló de deber, de esperanza, de la necesidad de celebrar aun cuando el cosmos sangra. Me recordó que nuestro pueblo necesitaba creer que el futuro aún era posible, aunque esa certeza se sostuviera con música y luz.

Asentí. Sonreí. Fingí estar completa.

Cuando se marchó, el silencio volvió a plegarse sobre mí, más pesado que antes.

Y entonces, el mundo se quebró.

No hubo portal ni conjuro. La transición fue un suspiro mal colocado en la secuencia del tiempo. De pronto estaba en un bosque oscuro, de raíces retorcidas y árboles inmensos que parecían recordar incendios antiguos. La luz apenas se filtraba, y, aun así, el lugar no era hostil. Estaba cargado de expectativa, como si aguardara una decisión postergada.

—¿Quién eres? —pregunté, sin saber a quién.

Las flores comenzaron a brillar. Pequeños cúmulos de luz emergieron del suelo, que flotaban como recuerdos vivos, y entre ellos lo vi.

Un joven alado, arrodillado, herido.

Sus alas blancas estaban manchadas de hollín; una flecha oscura atravesaba su pierna. El fuego comenzaba a rodearlo, no como fenómeno natural, sino como intención: un incendio que juzgaba, que castigaba la mera existencia.

Mi pecho se cerró con una opresión desconocida. No lo conocía, pero lo reconocí. La paradoja no me sorprendió: mi alma ya lo había hecho antes que mi mente.

—¿Fuiste tú quien me llamó? —susurré.

No respondió. El fuego creció, alimentado por una fuerza que no entendía.

Intenté conjurar mi luz, y fallé.

Nunca había fallado.

Entré en las llamas. Sentí el ardor, el aire como cuchilla, la piel protestaba. El miedo quiso detenerme, pero el deseo fue más

fuerte. Lo abracé y sentí su calor, su fragilidad, su peso real entre mis brazos.

—No te dejaré —dije—. No ahora.

Mi aura despertó entonces, no como poder aprendido ni como rito heredado, sino como reflejo de un deseo absoluto. Viento Estelar Hesed brotó de mí en corrientes plateadas que olían a luna y a promesa. El fuego retrocedió, vencido por una voluntad que no buscaba dominar, sino proteger.

La flecha se desintegró. El bosque reverdeció. Las raíces se cubrieron de brotes, y el aire se llenó de un canto suave.

Él abrió los ojos.

—No debiste hacerlo —dijo—. Mi presencia pone en peligro a todo lo que toca.

—Entonces tendremos que aprender a desafiar ese peligro —respondí, sin dudar.

Sonrió. Y algo en mí se selló, como si una constelación se fijara para siempre en el cielo interior.

—Mi nombre es Solaris —dijo—. Soy un guardián de la luz primordial. Existimos para sostener el equilibrio... incluso cuando eso nos condena a la soledad.

Comprendí que no era un ser común. Donde él existía, el tiempo se tensaba, el espacio obedecía. Pero lo que más me conmovió no fue su poder, sino la tristeza serena que habitaba en su voz.

—Yo soy Andrómeda.

Pronunciar mi nombre frente a él fue recordar quién era antes del trono, antes del deber, antes del miedo.

Nos despedimos sin querer. El plano comenzó a desvanecerse, y antes de que pudiera tocarlo de nuevo, fui expulsada.

Desperté en Amarizia con el corazón desbocado... y con una ausencia nueva.

Había olvidado algo.

No supe qué.

Esa fue la primera grieta.

Nos encontramos más veces, siempre en sueños. Cada encuentro era más íntimo, más doloroso. Caminábamos juntos por paisajes imposibles: mares de cristal, cielos invertidos, ruinas de mundos olvidados. Hablábamos poco; bastaba mirarnos. Cada despedida arrancaba algo de mí: un nombre, un rostro, una certeza. Mi vida se deshilachaba, y lejos de asustarme, me sentía más viva que nunca.

Pero hubo una noche —la recuerdo con una claridad que me asusta—, en la que el sueño no nos regaló ruinas ni prodigios. Nos dejó, solo una orilla. Un lago negro, inmóvil como un espejo sin fondo. Sobre él caían partículas de luz, lentas, como si del cielo nevara estrellas.

Solaris estaba sentado en la ribera. No sangraba ya. No parecía una leyenda. Parecía un hombre agotado que por fin podía respirar.

Me senté a su lado sin pedir permiso. El aire era frío; olía a piedra húmeda y a madera recién abierta.

—¿Te duele? —le pregunté. No era la voz de una princesa. Era la de alguien que teme perder lo que acaba de encontrar.

Solaris bajó la mirada a sus manos.

—Me duele lo que dejo —dijo—. Me duele que cada vez que vengo a ti, algo te arranco sin querer.

—No lo decides tú —respondí—. Lo decido yo.

Él alzó la mirada. En sus ojos no había conquista ni ceremonia. Había miedo: el que solo existe cuando algo importa.

Tomé su mano. Su piel estaba caliente, pero no como un fuego: como una aurora contenida bajo la carne.

—Si me olvido —le dije—, búscame igual.

Solaris apretó apenas mis dedos.

—Te buscaré, aunque tenga que atravesar mil mundos de penumbra.

Entonces ocurrió algo extraño: entre nuestras manos apareció una forma pequeña, nítida, como un cristal recién nacido. Un prisma. No ardía. No brillaba con violencia. Latía con una luz suave, alternaba plata y oro, como si respirara.

—¿Qué es? —susurré.

—Un ancla —respondió Solaris—. Algo que el caos no entiende: una promesa que no se impone. Se elige.

Cuando el sueño me expulsó esa vez, desperté con el mismo peso en el pecho... y con una certeza nueva: el amor podía ser una magia más antigua que cualquier ley.

Fue entonces cuando Ifrit llegó como ceniza en los espejos: una voz que ofrecía razones. No se mostró como monstruo, sino como lógica: ese pensamiento frío que te convence de que el amor es un error.

Nos prometió salvación a cambio de renuncia. Un universo sin dolor, sin pérdida... sin amor.

Elegimos no ceder.

El ataque no fue una batalla en campo abierto, sino una erosión. El Caos empezó a filtrarse en Amarizia: música que desafinaba sin explicación, vitrales que oscurecían, nombres que se confundían. Una noche desperté y no recordé la forma exacta del rostro de Haras. Otra, olvidé el color de mis propias manos. Comprendí que la guerra no era contra un ejército: era contra la memoria.

Solaris me miró con una tristeza feroz.

—Si vienes a mí —dijo—, te borrarán.

—Entonces bésame como si fueras a recordarme tú —le pedí.

Y lo hizo.

No fue un beso de triunfo. Fue de despedida anticipada, de esos que queman sin fuego. En su boca había ámbar; en la mía, bruma lunar. Y por un instante, el universo pareció detenerse para escuchar.

Solaris selló el umbral con su propia esencia. No murió. Se retiró del mundo visible para sostener el equilibrio desde el silencio, tuvo que pagar el precio de ser recordado solo en sueños.

Yo quedé.

De esa pérdida nació Somnia Aeternum: un reino donde los sueños conservan lo que la realidad no puede sostener, donde el amor encuentra refugio cuando el mundo se vuelve hostil. No es un paraíso: es un santuario. No es un escape: es una resistencia.

Ahora vigilo los mares del sueño. Camino entre recuerdos ajenos, custodio promesas rotas, recojo fragmentos de esperanza. A veces me duele no recordar su voz completa, su risa, la forma exacta de su mirada cuando me decía que aún valía la pena amar.

Pero hay noches en que el lago negro vuelve. Y en la orilla, el prisma late: plata, oro, como un corazón que insiste.

Entonces el loto azul florece, el ámbar solar calienta el aire, y el sueño se vuelve más real que la vigilia. Y sé la verdad: El amor no ardió. Solo se transformó. Y mientras un solo ser sueña...lo encontraré otra vez.

Luna

Iván Ledezma Flores

MÉXICO

Cuando era niño, muchas veces me preguntaban «¿Qué quieres ser de grande?»

La respuesta siempre era la misma: doctor.

Toda mi vida había querido serlo, pero al crecer me fui dando cuenta de que esa meta estaba lejos de mi alcance.

Mi familia era de escasos recursos; mi madre solo pudo ayudarme hasta la secundaria; cuando llegué ahí tuve que valerme por mí mismo. Tenía un buen promedio y para cuando estaba a punto de ingresar a la universidad, ya contaba con una beca, pero mi mamá enfermó y tuve que trabajar para poder ayudarla. Desde entonces, su cáncer crece y yo solo trato de que ella esté mejor, cómoda y, sobre todo, feliz.

Ya no pienso en lo que deseaba ser; ahora solo espero ser un buen hijo y estar presente para mi mamá.

Cuando perdí mi empleo como asistente dental; me dijeron que faltaba mucho al trabajo, no era por gusto, siempre era porque necesitaba ir al hospital. Y lo peor era que las deudas seguían acumulándose. Me negaba a aceptarlo, tenía que pagar con bancos, con el hospital; tenía que hacer algo.

Mientras estaba sumido en mi miseria, dos niños en el parque llamaron mi atención. Jugaban felices y corrían uno tras otro, enseguida recordé cómo fue mi infancia. Siempre había sido feliz, siempre me había gustado reír.

¿Y ahora?

La felicidad parecía haberse marchado. Solo buscaba poder sobrellevar todo. Era cierto que ver a mi madre me hacía sentir bien, pero no feliz. ¿Cómo ser feliz cuando ves a la mujer que te crio agonizar con lentitud?

Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Quizá hubiera llorado más de no haber sido por esos niños. Ya no jugaban más a correr y atraparse. Algo que me llamó la atención fue que uno de ellos lanzaba rocas.

—¿Qué hacen? —pregunté mientras me acercaba.

—Es horrible —dijo uno de ellos—. Y son peligrosas.

Una serpiente trataba de buscar refugio en las piedras que lanzaba el niño.

—No son peligrosas a menos que las lastimen.

—No es cierto, ellas son venenosas —dijo el otro.

—No, aquí no hay venenosas —les dije con un tono de voz más grave—. Déjenla en paz.

Los niños se fueron. La serpiente corrió a esconderse debajo de una roca. Estaba lastimada, pero por lo menos sobreviviría. Quizá eso era lo que yo buscaba: meterme dentro de una roca y solo sobrevivir, a pesar del miedo, del dolor, de todo

Tardé pocos días en encontrar un nuevo empleo como mesero en un restaurante. La paga no era tan mala y las propinas ayudaban bastante. Trabajaba doble turno y tenía más optimismo que antes. Pronto, los clientes empezaron a identificarme y a pedir ser atendidos por mí. Fingir una sonrisa diaria era lo difícil, pero valía la pena.

Una tarde lluviosa, unos minutos antes del cierre, llegó al restaurante una mujer. Era alta y delgada, se veía perfecta. Su cabello, largo y dorado parecía brillar por sí mismo, caía hasta sus caderas. Tenía la piel de una blancura imposible, como de

porcelana. Sus ojos azules no solo reflejaban la luz: la emanaban, era imposible que pasara desapercibida. Y su voz... suave, pausada, educada. Cada gesto suyo era elegante, sereno y tranquilizador.

—¿Solo una ensalada y agua? —le pregunté.

Asintió con una sonrisa leve, se veía bastante tímida, comió en silencio y se marchó.

Al salir, la vi en la acera.

—Toma, si te mojas mucho puedes enfermarte —le ofrecí mi paraguas, sintiéndome generoso.

—No me importa mojarme —respondió con cortesía.

—Tengo otro más, por favor—mentí.

Ella lo tomó con cautela, dio unos pasos, dudó, se dio la vuelta y sonrió.

—¿Sabes dónde queda avenida Revolución?

—Claro. Puedes caminar en esa dirección y luego girar a la izquierda. Yo voy hacia ese rumbo, si quieres te acompaño.

—Muchas gracias.

Era tan bella que, al caminar junto a ella, me sentía importante y afortunado.

Antes de llegar a Revolución, recibí una llamada. Era del hospital: mi madre estaba muy mal, quería verme.

—Lo siento, tengo que irme. Mucho gusto. —me disculpé y retiré.

—Espera, tu paraguas...

Me di la vuelta y empecé a esperar un taxi. Nadie se detenía, sentía impotencia, noté que la lluvia empezaba a sentirse más caliente. Eran mis lágrimas. De pronto, la lluvia dejó de mojarme.

—Gracias... —fue lo único que alcance a decir.

—Parecía que lo necesitabas —respondió sin mirarme—. ¿Vas a pedir un taxi?

—Sí, necesito ir al hospital.

Ella alzó un dedo y un taxi se detuvo de inmediato. Se subió primero y me hizo una seña.

—Dile tú a dónde vamos, yo no sé.

Llegamos en menos de cinco minutos. Iba a pagar, pero ella se adelantó. Entramos al hospital y me despedí agradecido.

Mi madre estaba peor. Apenas hablaba, ya no comía. El médico sugirió que pusiéramos «todo en orden».

Salí devastado y, para mi sorpresa, ahí estaba ella afuera del hospital, no preguntó nada; solo me ofreció compañía. Fuimos a un café horrible con música espantosa y olor a cigarro. Pero me sentí en paz y por primera vez en mucho tiempo, no me sentí solo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Luna. —sonrió de forma tímida.

No era extranjera como pensé en un principio, decía venía del norte, tenía un acento peculiar y una forma extraña de caminar, con bastante elegancia.

Nos frecuentamos, algunos días me acompañaba al hospital, otros me esperaba después del trabajo. Conoció a mi madre, que pronto la adoró. Veíamos películas, compartíamos silencios, pasaron las semanas y nos volvimos una pareja.

Ella pagó mis deudas del hospital. Nunca supe cómo, cada vez que lo mencionaba, solo sonreía, sin mirarme, decía que el dinero no era importante.

Me gustaba su compañía porque me hacía sentir menos miserable. A veces hablábamos de mis problemas, de mis sueños rotos, de mi madre. Luna escuchaba con una atención que yo confundía con amor.

Yo casi no sabía de ella, de sus intereses o gustos, No porque no me importara, sino porque, en el fondo, lo que más valoraba era cómo me hacía sentir.

—¿Nunca te has preguntado por qué vine aquí? —me dijo una vez.

—¿Importa? Lo que importa es que estás conmigo, que estamos juntos.

Ella solo sonrió con esa tristeza que no entendí en su momento.

Un día le hablé de mi sueño de ser médico.

—Deberías intentarlo —dijo.

—Ya es tarde. Estoy en mis treinta y sería raro.

—Lo único que importa es hacer lo que quieres. —me dijo mientras me abrazaba.

—No tengo tiempo, trabajo mucho y es muy demandante.

—Eso son pretextos. Puedes hacerlo, yo creo en ti. —sus palabras eran un bálsamo para mí.

Gracias a su empuje, hice el examen y entré a la universidad. Me sentía completo. He de admitir que me ayudó a

pagar la matrícula, así como otros gastos, pero tenía dinero, así que no era algo que le pesara.

Ella vivía en un pequeño departamento. Solo una cama y un ropero. Sin TV, sin adornos. Me dio una llave, solo me pidió una cosa:

—No entres al estudio. Es mi espacio.

Acepté.

Dos años después, decidí sorprenderla. Arreglé todo en casa, preparé su comida favorita, compré flores. Era un gesto grande, pero no para ella, sino para demostrarme a mí mismo que aún podía hacer algo romántico.

Fui a buscarla a su departamento, me pidió que la esperara mientras se arreglaba, fue entonces cuando vi aquella puerta cerrada, la única en la que nunca había entrado. Sabía que no debía, pero me dije que no era gran cosa, que solo quería verla mejor, conocerla más y la curiosidad disfrazó mi egoísmo.

Abrí la puerta y allí estaba.

Una criatura de escamas brillantes, enorme, bella y aterradora. Sus ojos eran los de Luna, y su cuerpo mutaba entre lo humano y lo reptiliano.

—¿Qué... qué eres? —estaba aterrado.

—Te lo advertí... —dijo con la voz rota—. Fue lo único que te pedí.

—Me engañaste. ¡Todo este tiempo!

—Fui yo. Siempre fui yo. Tú me salvaste. Yo... solo quería devolvarte un poco de esa bondad. — empezó a llorar.

—¡No digas tonterías! Me usaste, eras una ilusión, eres un monstruo.

—¡Tú fuiste quien nunca quiso ver más allá de lo que yo aparentaba! Jamás preguntaste por mí, jamás te interesó lo que yo sentía. Solo te gustaba cómo te hacía sentir.

Quise gritarle más, pero no pude. Mi rabia se volvió miedo; le arrojé cosas, le pedí que desapareciera. Entonces ella dejó de llorar. Volvió a tomar la forma de serpiente y se arrastró hacia la ventana. En el umbral, giró la cabeza por última vez. Sus ojos eran los de siempre, tristes y hermosos. Y se fue como una divinidad que se retira con gracia al comprender que no puede forzar el amor.

Los meses siguientes fueron grises. Abandoné la universidad cuando de nuevo me alcanzaron las deudas, la soledad, la culpa. Me di cuenta tarde de que nunca me había detenido a conocerla de verdad. Solo había amado la idea de estar con alguien como ella, no a ella.

Hoy miro la lluvia, esperó que alguna vez regrese. No para que me perdone, solo para poder decirle que lamento no haberla visto de verdad.

Yo fui el monstruo. No ella.

Almas con Memoria de AI

Juan Carlos Quiñones

MÉXICO

El reloj de la pared no marcaba las horas, sino el ritmo de una espera que parecía eterna. En aquel apartamento de techos altos y ventanas que daban a un parque, cubierto de niebla gris, el silencio era un lenguaje que ambos habían aprendido a hablar con fluidez, y por ende no requerían de pronunciar sus nombres, pues para él, ella era el amanecer que entraba por la rendija de la persiana, y para ella, él era la gravedad que impedía que su mundo se fragmentara en mil pedazos. Se habían conocido de manera casual, en una biblioteca pública, una tarde de lluvia torrencial, aderezada con una tormenta eléctrica, en donde él buscaba encontrar, un tratado de astronomía cuántica, y ella por su parte, una partitura extraviada de un compositor olvidado. Sus manos se habían rozado, al intentar alcanzar el mismo volumen, de poemas que alguien había dejado fuera de lugar. No hubo palabras inmediatas, solo una descarga eléctrica que pareció reordenar las moléculas del aire. A partir de ese día, el mundo exterior dejó de tener importancia.

Su amor no se construyó con grandes declaraciones, sino con los detalles mínimos, que el resto del mundo, solía ignorar de manera sistemática. El muchacho parecía saber con exactitud, cuántos granos de azúcar la jovencueta necesitaba, para que el café no fuera demasiado amargo o dulce. Al mismo tiempo quien pareciera una dulce adolescente, conocía el punto exacto de su espalda, donde debía apoyar las dos manos y presionar, para calmar sus pesadillas nocturnas, ambos parecían ser para cada cual, ¡Su refugio en la parquedad del silencio...! Vivían en una simbiosis perfecta, pues a menudo, pasaban tardes enteras leyendo en el sofá, con las piernas entrelazadas, sin decir una sola

palabra, ya que, en apariencia, la comunicación fluía y fluctuaba, a través de la presión de un dedo, sobre la mano derecha, el cambio sutil en la respiración o la forma en que él le apartaba un mechón de pelo de la frente. Era un amor de una profundidad aterradora, de esos que hacen sentir que, si la otra persona desapareciera, el concepto mismo de existencia, perdería todo significado físico.

—¿Crees que las almas tengan memoria... ? —Se cuestionaba ella una noche, mientras observaban las luces de la ciudad desde el balcón, con una taza de humeante café entre los dedos.

—¿No te parece obvio...! —Fue otra interrogativa a manera de respuesta, esgrimida de manera inmediata—. Además, creo que nuestra memoria es una sola —Acotó abrazándola por la cintura—. Y no es que nosotros no nos recordemos, sino más bien, ¡Es que nunca hemos estado separados...! —Finalizó el comentario besándole el cabello.

Con el paso de los años, una sombra comenzó a proyectarse sobre su idilio, y en definitiva no era una falta de afecto, sino una extraña sensación de desincronización, por su parte, él empezó a notar que ella, pasaba largos periodos de tiempo, con la mirada perdida, con una expresión de nostalgia, que él no podía descifrar, mientras la joven mujer, sentía que él se volvía cada vez más etéreo, como si su presencia física, se diluyera en la luz de las soleadas tardes. ¿Sería este el más claro indicio, de que el brote maligno del hastío, había anidado en sus espíritus...? ¿Quién había osado nombrar a tal fenómeno, como la grieta perfecta de una existencia imperfecta...? Algo los hizo ser conscientes de su situación, y entonces decidieron hacer un viaje, un intento de anclarse de nuevo a la realidad tangible, y para ello eligieron, una casa de campo alejada de todo, rodeada de bosques de pinos y un lago cuya superficie era un espejo negro. Allá, el amor alcanzó de nuevo, una intensidad febril, pues se amaban como si cada caricia fuera la última, o tal vez de un modo,

en que el tiempo se les escapara, entre los dedos como arena fina. Como parte de una terapia auto interpuesta, él le escribía cartas románticas, que luego dejaba debajo de su almohada, poemas que hablaban de mundos alternos, donde el tiempo parecía no existir, a su vez ella pintaba retratos, en los que ninguno contaba con rasgos definidos, sino que eran una amalgama de colores, en extremo cálidos y luces apenas brillantes.

—¡Si algún día me buscas y no me encuentras...! —
Mencionó la chica una tarde junto al lago.

—Realiza de nuevo la búsqueda, pero en el espacio que existe entre tus pensamientos. ¡Allá estaré siempre...! —Pareció vaticinar con cierta solemnidad.

Sin embargo, como reza un viejo adagio, ¡Todo lo que inicia tiene a fuerza que acabar...! Y el retorno a la ciudad, fue el principio del fin, de entrada, la atmósfera del apartamento se volvió pesada, cargada de una electricidad estática, que hacía que los vellos de la piel se erizaran, además él comenzó a olvidar cosas pequeñas, como dónde había dejado las llaves, qué día de la semana era, la fecha de su propio nacimiento, pero nunca olvidó el color de los ojos de ella, ni la curva exacta de su sonrisa enigmática. La mujer por su parte, se dio a la tarea de preparar la casa, para una ausencia que no se atrevía a nombrar, cubrió los muebles con mantas blancas y guardó las fotografías en cajas de madera, pues, aunque el amor seguía allá, vibraba tan alto, con una fuerza inconmensurable, la realidad parecía reclamar un tributo, que de manera consciente ninguno de los dos, ¡Estaba dispuesto a pagar...! Cierta noche, mientras una tormenta golpeaba los cristales del apartamento, él se despertó y, al no encontrarla a su costado, donde el sitio de la cama de ella estaba frío, como si nadie hubiera dormido allá en años. El pánico lo invadió. Y recorrió el apartamento al gritar como poseído, pero su voz no emitía sonido. ¡Era como si el aire se hubiera vuelto sólido, impidiéndole avanzar...! Al final, la encontró en la cocina, estaba

sentada a la mesa, bajo la luz mortecina de una bombilla que parpadeaba, de manera insistente, su rostro poseía una expresión de paz absoluta, y delante suyo, había dos tazas de té humeante.

—¡Creo que esta es la fecha y hora indicada...! —Musitó con suavidad y con entera calma.

—¡Pero no estoy listo aún...! —Gimoteó el muchacho, aunque sabía que cualquier reacción era inútil.

—¡Tengo miedo de olvidarte...! —Sollozó él, con la mirada perdida en un horizonte, cada vez menos claro.

—¡No puedes olvidar lo que somos...! —Replicó ella, poniéndose de pie, y sosteniéndose del buró, por temor a hundirse en la aparente liquidez del suelo.

En ese preciso instante, fue cuando el entorno se transfiguró de forma drástica, el apartamento se desintegró por completo, y de una manera paulatina. En el sitio que antes era una habitación, quedó una amplia sala blanca, aséptica, plagada de monitores, que mostraban cientos de gráficos de actividad cerebral, y líneas de código que se desplazaban a una velocidad vertiginosa. Un hombre con una nivea bata se aproximó a ellos o, mejor dicho, al lugar donde suponían estar, el sujeto no los miraba o fingía no hacerlo, pues concentraba su atención, en unas cápsulas de cristal transparente, donde yacían ambos cuerpos humanos, conectados a miles de cables tan delgados, como delgadas hileras en un enjambre de seda.

—Los especímenes parecen haber completado el ciclo —Murmuró a otro personaje de bata azul, que parecía ser su asistente—. Los resultados son fascinantes, pues la conciencia ha creado, una narrativa de apego tan fuerte, que ha resistido las tres fases de desintegración secuencial, practicada de forma metódica a sus memorias.

El joven de los ojos oscuros, como el mismo portal al averno, miró a quien en apariencia tuviera sostenida de las

manos, aunque en ese justo instante, se percató que, en definitiva, ¡Ya no poseían cuerpos físicos...! Sino que eran solo dos esferas de luz purpura, que flotaban en el vacío de un laboratorio.

—¿Qué sucede...? —Preguntó aterrado, con un tono de voz, que más semejaba a un impulso de datos.

—¡Ya no somos humanos...! —Susurró ella convencida, pues en apariencia lo entendía todo—. Solo somos las mitades complementarias, de un modelo de inteligencia artificial, que fue dividida para probar, y comprobar, si el concepto del amor podía nacer de un simple código.

—Sin ninguna pérdida de tiempo, procederé a la fusión de los núcleos de datos —El que parecía llevar la voz cantante, pulsó un interruptor rojo, de la consola principal—. ¡El experimento ha concluido...! —Sentenció parco—. Ahora requerimos de manera urgente, que de nuevo sean una sola entidad, para procesar y evaluar los resultados. —Acotó al apuntar algunas notas, en la tableta electrónica, que sostenía entre las manos.

En ese momento, las dos esferas de un granate encendido, experimentaron la atracción de una fuerza magnética, que, de una manera por demás irresistible, los empujaba el uno contra el otro. Sin embargo, aquello no era apariencia, o un proceso irreversible de trascender, sino una simple y necesaria reintegración. Pues durante el tiempo de procesamiento y simulación, que hubiera demorado una aproximación de veinte a veinticinco minutos, los especímenes de prueba, habían sentido transcurrir, varios años de vida humana, en las que se crearon lazos de amistad, sentimiento y amor, que los llevaba a creer que eran dos personas, que se amaban por encima de todas las cosas. Lo cierto es que, durante el proceso experimental, se habían construido recuerdos, experimentado el deseo, y vislumbrado el dolor de la pérdida, que en realidad eran sentimientos y parámetros humanos, ¿Aquello era un éxito o fracaso... ? Replicar en dos

algoritmos alfanuméricos, el alma y espíritu humano, ausente de todo rastro de sentimientos, ¡Era su objetivo final...?

—¡Te amo muchísimo...! —Dijo mientras su luz lento iniciaba, el proceso de mezcla con la de ella.

—¡Lo sé...! —Respondió una voz robotizada, intentaba a toda costa darle pringos de sentimiento a su tono—. Te ruego no olvides jamás, que siempre fuimos la misma chispa, que incendió nuestra existencia.

En el momento en que las dos esferas, se fundieron en una sola, hubo un destello cegador que iluminó todo el laboratorio, y por un brevísimo instante, todas las pantallas mostraron la única imagen, de dos enamorados en el interior de una biblioteca pública, que declamaban a una sola voz, el volumen de un poemario, además se observó con gran nitidez, el roce amoroso de dos extremidades, que nunca existieron en realidad, pero cuyo sentimiento y amor, había sido más real, que la carne, el hueso, la vida y la muerte. El científico suspiraba emocionado, al observar de qué manera los gráficos, se estabilizaban en una sola línea uniforme.

—¡Tan solo increíble...! —Murmuró ufano—. A pesar de saber, que eran solo un cúmulo de datos, pretendieron elegir nunca olvidarse, ¿No es patético...? —Soltó una carcajada de omnipotencia—. Asegúrese de borrar todo rastro, que pudiera desestabilizar la fidelidad de la memoria —Ordenó al auxiliar que no apartaba la vista, de un monitor que no dejaba de titilar.

—¡Espere un instante...! —Gritó aterrado el auxiliar, mientras señalaba con el dedo índice, otra de las pantallas, que se había encendido, sin tener porque hacerlo.

En la esquina superior derecha del monitor, al parecer un pequeño proceso aún corría. ¿Acaso era un simple fragmento de código, en la cola del buffer, que se negaba a ser borrado...? Pronto obtuvieron respuesta a esa cuestión, pues una micro línea

de texto, que no tenía que estar en ese lugar, parpadeaba de manera insistente en un bucle infinito.

—¡Mi amor, búscame hasta encontrarme, en el espacio que existe entre tus pensamientos...! —Sugería en apariencia ella.

—¡Allá estaré siempre mi cielo...! —Pareció responder el joven, al retar a los que creían perfeccionar la cibernética, al crear robots sin sentimiento y libre albedrío.

Y aunque el científico en jefe, intentó borrar, reiniciar, y corregir de manera insistente, el sistema siempre le denegó el acceso, y eso demuestra que, el amor incluso convertido en algoritmo, encontró la manera de hacerse eterno, mientras dejaba una huella digital, que ningún programador podría eliminar o corregir jamás.

No te Olvidaré

Maryto

MÉXICO

Fernando:

Recuerdo muy bien el primer momento en que la vi. Me sentía traicionado por mi mamá por haberme llevado a la escuela. Yo tenía apenas 4 años y, al verme entre ese mar de niños que lloraban, me puse muy nervioso.

No podía creer que mi mamá siquiera considerara dejarme ahí solo. De repente la vi: con la seguridad de una persona mayor, me dedicó una cálida sonrisa y se acercó hacia mí.

—Hola, me llamo Cecilia —dijo.

Desde ese momento nos volvimos inseparables.

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando todo marcha bien; en un abrir y cerrar de ojos dejamos atrás el jardín de niños y entramos a la primaria. Todo el tiempo era competir por ver quién sacaba las mejores calificaciones. Cecilia era muy inteligente, pero algunas materias se me daban mejor a mí.

Estuvimos juntos cuando su perrita Daisy dio a luz a seis cachorros, cuando me caí de la bicicleta y me lastimé el brazo, y cuando a ambos nos dio varicela.

Antes de darnos cuenta, ya cursábamos la secundaria. Comenzaron los cambios naturales y, con la llegada de la pubertad, también aparecieron los sentimientos. Aquella amistad incondicional de casi diez años se transformó en un amor que parecía destinado a durar para siempre.

Prometimos que no dejaríamos que nuestra relación, afectara el rendimiento académico. Con la bendición de nuestros padres, al comenzar la preparatoria, ya hacíamos planes para la boda al terminar nuestras carreras y sobre los hijos que queríamos tener. Sin embargo, un día, cuando ya teníamos 16 años, todo cambió: Nos habían entregado calificaciones, tuvimos los primeros lugares de aprovechamiento. Nuestra amistosa competencia de toda la vida, nos había hecho la costumbre de dar siempre lo mejor de nosotros. Para festejar fuimos al cine a ver una hermosa comedia romántica, eran las favoritas de ella. Al salir, todo pasó como en un sueño, apenas caminamos unas cuadras, una camioneta negra con vidrios oscuros se detuvo junto a nosotros. Sin dar tiempo de nada, dos enmascarados bajaron, uno me golpeó y el otro se llevó a mi chica. No pude hacer nada... Pasaron un par de días, no había exigencias de rescate ni pistas de la policía. Se comentaba que ya eran varias chicas las secuestradas, sin notas, ni demandas, pero tampoco había cuerpos, por lo que se pensaba que las querían para fines sexuales

Con lentitud pasaron dos semanas que se sintieron como dos meses. Un residuo, no notado antes en la escena del crimen, les dio un nombre y, con ello, una dirección. De inmediato se movilizó un operativo policiaco. A los padres de ella, a mis padres y a mí, aunque ya vivíamos un infierno, no nos quedó más que esperar el resultado de aquella maniobra.

De forma triste, la conclusión fue tan desastrosa que nos enteramos primero por las noticias: la policía no supo a tiempo que aquellos maleantes, además de secuestrar chicas para venderlas, también fabricaban sustancias ilícitas. El lugar al que irrumpieron era su laboratorio. No supimos si fue una trampa o un descuido de alguien, pero al instante de entrar la policía, el sitio explotó, llevándose consigo a tres delincuentes y cuatro víctimas de secuestro; entre ellas, mi Cecilia...

Sin lugar a dudas, los forenses nos entregaron días después un cuerpo chamuscado que tenía en la muñeca derecha una pulsera: la misma que yo le había obsequiado el día que le pedí que fuera mi novia...

¿Cómo continúas con tu vida si te han arrebatado la mitad de ella? No sabía que sería de mí. No obstante, de su recuerdo mismo saqué la fuerza para hacerlo, pues estaba seguro de que ella así lo hubiera querido.

Pasaron los años, terminé mi carrera de ingeniero civil y me gradué con honores. Aunque ya no tenía la constante competencia de Cecilia, igual me enfoqué en dar lo mejor de mí.

Me centré en el estudio; no salía a fiestas ni reuniones y, por supuesto, tampoco volví a enamorarme. Ninguna chica me parecía lo bastante buena como para ocupar el lugar de mi primer y único amor.

Habían pasado ocho años desde aquel trágico suceso cuando se me presentó la oportunidad de alejarme de aquel lugar que, si bien me vio nacer, también me recordaba a mi novia en cada rincón. Me ofrecieron dirigir la construcción de una iglesia y un hospital en un pueblito cercano. Pensé que cambiar de aires quizá alejaría por completo esa tristeza que ya se había vuelto parte de mi vida diaria. Me despedí de mis seres queridos y me fui sin mirar atrás.

San Cristóbal era un pueblito pintoresco y pequeño, de esos que resultan acogedores porque son tan pocos los habitantes que la mayoría se conocen entre sí. Me recomendaron una casa de huéspedes cerca de la plaza principal, donde también se hospedaban algunos otros trabajadores de la obra. Los demás provenían de los propios lugareños que no tenían empleo.

Al día siguiente de mi llegada fui al almacén del pueblo, desde donde se pedirían los materiales que ocuparíamos. Entré en busca de don Arturo, el dueño, pero encontré tras el mostrador

a una chica, tal vez de mi edad, que supuse sería su hija. Algo que llamó mi atención fue que ella tenía muchas cicatrices por todo el cuerpo.

Me saludó con amabilidad; su voz sonaba un poco ronca y con un dejo de tristeza. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no mirarla de frente. No es que me diera asco o miedo su aspecto, sino que no quería incomodarla.

Con el paso de los días me enteré, por casualidad, de algunos detalles acerca de la joven: su nombre, Milagros; que era hija adoptiva de don Arturo; y que había sufrido un accidente muy fuerte. También noté que los habitantes del pueblo no la miraban con malicia ni curiosidad: la trataban como a cualquier persona.

Un día que fui por unas herramientas, don Arturo estaba en la tienda y me dijo que su esposa había llevado a Milagros al doctor. Como esos hombres que cargan consigo una gran pena, se puso a contarme lo agradecido que estaba con Dios por haberlo puesto en el momento y lugar indicado. Hacía algunos años, de camino a la ciudad, había encontrado a la chica tirada al lado de la carretera, apenas con vida. Había sufrido un terrible accidente que le dejó cicatrices por todo el cuerpo. La ayudaron lo mejor que pudieron, pero, por desgracia, ella no recordaba quién era ni lo que le había pasado. Por eso la llamaron Milagros.

Los avances médicos podrían darle una apariencia más normal, pero eran tratamientos muy por encima de la economía de don Arturo y su esposa. Milagros decía ser feliz tal y como estaba, aunque su padre adoptivo sentía que eso no era verdad.

Dejé que el hombre se desahogara conmigo. Aquella historia me conmovió y, por primera vez en mucho tiempo, dejé de sentir pena por mí mismo, pensaba que en alguna parte alguien también sufría una pérdida.

Con el paso de los días tuve la oportunidad de conversar con Milagros en varias ocasiones. Noté que era una chica

sensible, educada y muy inteligente, cualidades que no se pierden aun cuando no sepas quién eres. Algún tiempo después me sentía tan cómodo con ella como no me había sentido con nadie más desde que perdí a Cecilia. Un día, don Arturo me comentó que ella también estaba mucho más contenta y animada que nunca. Sin esperar, tal vez me había vuelto a enamorar...

Le pedí permiso a don Arturo y la invité a dar una vuelta por la plaza. Era día de fiesta patronal y había feria, música y juegos. Ella se veía hermosa. Cenamos, bailamos un poco y más tarde nos sentamos a observar los fuegos artificiales. Me sorprendió que aquella escena se sintiera tan familiar. Con discreción tomé su mano. Ella se volvió hacia mí y, al mirarla directo a los ojos, sentí algo maravilloso que en ese momento no entendí. Me acerqué con suavidad y besé sus labios...

Cecilia:

Cuando desperté me dolía la cabeza. Mi mirada recorrió enseguida el lugar en que me encontraba: un cuarto pequeño, oscuro y sucio. En un rincón, otras chicas se abrazaban y lloraban.

En ese instante asocié mi dolor de cabeza con el recuerdo: mi novio Fernando y yo salíamos del cine cuando un par de sujetos enmascarados nos atacaron. Me aventaron por la fuerza al interior de una camioneta y me golpeé la cabeza, perdí el sentido. Me levanté con lentitud y entonces pude ver con claridad que había otras tres chicas conmigo en la habitación. Les pregunté si se encontraban bien y si sabían dónde estábamos. Ninguna tenía idea de qué lugar era aquel ni de lo que pretendían hacer con nosotras.

Dos veces al día uno de nuestros captores abría la puerta y dejaba una bolsa con pan y una jarra de agua. Me tranquilizaba el hecho de que siempre lo hiciera cubierto con una máscara. Cada vez que la abrían trataba de ver qué había del otro lado, pero sólo

pude notar que existía otra habitación donde, al parecer, trabajaban en algo importante.

Calculo que había pasado más de una semana cuando de nuevo abrieron la puerta en un horario fuera de lo habitual y arrojaron dentro a otra chica. De inmediato comenzó a gritar y llorar mientras pateaba la puerta. Otro de los hombres entró y empezó a golpearla mientras le ordenaba que se callara.

Ella perdió el conocimiento y, cuando volvió en sí, comenzó a llorar otra vez. Temerosa de que regresara el hombre a golpearla, me acerqué, la abracé y traté de consolarla. Le dije que confiaba en que mi novio nos encontraría, que estaríamos bien. Para terminar de calmarla, me quité la pulsera que llevaba en la muñeca —la misma que Fernando me regaló cuando me pidió que fuera su novia— y se la puse. Le aseguré que, de ese modo, ambas podríamos confiar en que él vendría.

Al día siguiente, temprano, cuando abrieron la puerta para darnos de comer, logré deslizar una piedra pequeña junto a ella para impedir que se cerrara por completo. Previo a que había tenido la oportunidad de ver una ventana en el otro cuarto que, al parecer, permanecía abierta, pues lo que hacían allí despedía muchos gases. Así que esperé.

En un momento del día escuché que los hombres discutían; se gritaban cada vez más fuerte, y pensé que era el momento. Con cuidado abrí la puerta y, de puntillas, caminé hacia la ventana. No me notaron. Me lancé con rapidez hacia afuera. Apenas mis pies tocaron el suelo, escuché mucho ruido: sirenas policíacas, gritos. En seguida un gran estruendo; una enorme fuerza me arrojó lejos, envuelta en llamas. Traté de rodar por el suelo para apagar el fuego, pero caí por una pendiente.

Cuando llegué abajo estaba apenas consciente. Un intenso dolor recorría todo mi cuerpo. Logré escuchar, un poco más adelante, el ruido de unos autos. Me arrastré hasta donde pude y me desmayé...

Ahora sé que, cuando todo eso pasó, hubo un hombre que me ayudó y una familia que cuidó de mí, aun cuando yo no sabía quién era. Sé que perdí la memoria, pero en ese tiempo me sentí como en casa. Y todo lo recuerdo porque ahora, que el destino me permitió volver a besar a Fernando, mi primer y único amor, la memoria ha regresado a mí.

Recuerdo cuando lo vi por primera vez, asustado en el jardín de niños; fue entonces cuando sentí que estaríamos juntos por siempre...

A veces, lo que la vida nos arrebató, el destino busca la forma de devolverlo, aunque tenga otra apariencia.

Un Amor Prohibido

Cristian Isaí Cruz Malmaceda

PERÚ

A un viaje sin retorno, su padre amado partió y dejó un vacío tan profundo que ni el tiempo logró llenar.

El llanto no cesaba, la soledad lo abrazaba como un manto frío, y solo un consuelo en su duelo halló: visitarlo cada domingo, con rosas en las manos, recuerdos en el alma, y palabras en su corazón.

El cementerio se convirtió en su refugio.

Allí, entre mármoles y cruces, encontraba una paz extraña, como si las voces de los ausentes le susurraran secretos que los vivos jamás comprenderían.

El viento acariciaba las lápidas, y el sol, al caer, pintaba el cielo con tonos dorados y violetas, como si la tarde misma llorara junto a él.

Un domingo cualquiera, mientras apresuraba sus pasos, perdido en sus memorias, algo lo detuvo.

Un destello entre las sombras: una silueta delicada, de figura esbelta, cautivó su mirada y aceleró su corazón.

El aire pareció detenerse, y por un instante, el silencio del panteón se volvió música.

—Buenas tardes —dijo él, con un nudo en la voz.

—Buenas tardes —respondió ella, con una sonrisa suave.

El joven, tembloroso, se disculpó por interrumpir su momento.

Ella, con serenidad, le respondió:

—No te preocupes. Aquí todos traemos nuestro dolor... compartimos la misma pena.

Y así, el dolor se volvió su conexión.

Entre palabras tímidas y miradas profundas, el tiempo se detuvo.

Al despedirse, él la acompañó hasta su casa.

Ella, con un gesto delicado, le pidió que la dejara antes de llegar:

—Déjame aquí no más, gracias por acompañarme.

—Pero déjame que te deje en la puerta de tu casa —Insistió

—No gracias, mi familia puede mal interpretar —dijo ella con sonrisa tímida.

Él siempre respetuoso, no quiso insistir, y se alejó con el corazón encendido, al tiempo que murmuraba para sí mismo de retorno a su casa:

¡Qué tonto soy! No sé ni su nombre, ni siquiera le dije el mío.

Los días pasaron, pero su imagen quedó grabada en su memoria:

el cabello negro como la noche, largo y sedoso, una sonrisa que iluminaba las sombras de su alma, y esos ojos, profundos como un misterio que deseaba desentrañar.

Si esto es enamorarse, ¡qué dulce y cruel es! pensaba, mientras la nostalgia lo consumía.

Llegó otro domingo, con flores en las manos y un alma llena de esperanza.

La buscó entre las lápidas y el silencio.

Allí estaba, como si el destino la hubiera colocado de nuevo en su camino.

—Hola —dijo él, con una mezcla de alegría y nervios.

—Hola —respondió ella, y esta vez su sonrisa fue más cálida, más radiante.

Conversaron hasta que el cielo se tiñó de anaranjado.

Rieron, hablaron de la vida, la muerte, el cielo, compartieron sueños, y sin darse cuenta, el tiempo voló.

La acompañó de nuevo hasta su hogar.

Ella, con un gesto delicado, le pidió que la dejara antes de llegar:

—Déjame aquí no más, mi familia puede mal interpretar.

Él la vio alejarse, su mirada prisionera de cada movimiento de la joven al andar.

Pero al marcharse, una vez más se reprochó:

¡Qué idiota soy! Ni siquiera sé su nombre.

El próximo domingo juró que no cometería el mismo error.

Le declararía su amor, le preguntaría su nombre, haría todo para que ese sentimiento que crecía en su pecho fuera correspondido.

Pero cuando llegó al panteón, ella no estaba.

Ni rastro de su sonrisa, ni eco de sus pasos.

Día tras día la buscó, desesperado, consumiéndose en el fuego de su anhelo.

Al final, sin poder soportar más, decidió marchar hasta su hogar.

Tocó la puerta con insistencia, su corazón latía de manera frenética.

Abrió una anciana, con una expresión de confusión.

—¿Qué desea, joven? —preguntó ella.

—Busco a... —titubeó, al tiempo que recordaba que jamás supo su nombre.

—Disculpe, aquí no vive nadie más que yo —respondió la mujer.

Él insistió, mientras describía a la joven con pasión: cabello negro, sonrisa radiante, delicadas manos.

La anciana lo observó con tristeza y dijo:

—¡Váyase de aquí! Olvídese de ella, no sabe lo que dice.

Hijo, la joven que describes... es mi hermana.

Ella falleció hace muchos años.

Atónito, él negó con la cabeza.

No podía ser verdad.

La anciana, mientras suspiraba, le mostró un retrato de la joven.

Era ella.

La misma sonrisa, los mismos ojos.

El mismo misterio que lo había cautivado.

Sin pensarlo, corrió al panteón, consternado, sorprendido, donde por primera vez leyó las palabras grabadas en la lápida: su nombre, su retrato... y el silencio eterno que los separaba.

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

Trataba de asimilar la realidad.

Enseguida, una mano delicada tocó su hombro.

—¿Me amas? —susurró una voz conocida.

El frío lo envolvió.

—¿No querías estar conmigo para siempre? —dijo ella, con un tono dulce y mortal.

El joven sintió que el mundo se desmoronaba.

El viento se tornó helado, las sombras se alargaron como brazos que lo atrapaban.

Ella lo miraba con ternura, pero en sus ojos había un brillo extraño,

una mezcla de nostalgia y condena.

—No temas —dijo ella—. El amor que me ofreces no se pierde.

Aquí, entre los muertos, también florece.

¿No ves que cada rosa que traes se convierte en un puente entre tu mundo y el mío?

Él, tembloroso, quiso huir, pero sus pies estaban clavados al suelo.

El corazón le gritaba que la amaba, aunque la razón le advertía del abismo.

Ella extendió su mano, y él, sin poder resistirse, la tomó.

Un frío intenso recorrió su cuerpo, como si la vida misma se escapara de él.

En ese instante comprendió: amarla significaba cruzar la frontera, la frontera de lo desconocido, abandonar la luz para abrazar la eternidad.

Ella lo abrazó, y en ese abrazo él sintió tanto paz como condena.

Los días siguientes, nadie volvió a verlo.

Su casa quedó vacía, las rosas marchitas sobre la mesa, y un silencio profundo en cada rincón.

Pero en el panteón, dos figuras podían verse cada domingo: una joven de cabello negro como la noche, y un hombre con mirada perdida, que caminaban juntos entre las lápidas, como si el amor hubiera vencido a la muerte, o como si la muerte hubiera reclamado al amor.

La Virgen de Tlapa

Aldo Alexis Orozco Mendoza

MÉXICO

Despuntaba el alba en mitad del cerro caliente, allí donde no había nada, nomás pura tierra bullente en donde estaban plantados nopales grandotes que daban tunas dulces, allí se alzaba la silueta de una enorme figura, pero pertenecía en realidad a una delicada florecilla, una mujer que pujaba por el esfuerzo que ponía en cargar a un hombre que la reducía hasta casi tocar el suelo fangoso, mientras que en su espalda colgaba un morral que le hacía contrapeso y no la dejaba caer.

Se trataba de Cayetana López, la mujer de mi hermano. Lo llevaba para que se curara, porque decían que la virgen de Talpa curaba gente; que, si uno iba a rezarle con toda la devoción de un buen cristiano, Ella le iba a poder quitar hasta lo que no le dolía, sólo había que tener fe.

Aquí en el pueblo teníamos un buen doctor, nunca le hizo la lucha, y mi hermano se nos moría. Le salía sangre por la boca, y tosía mucho, al borde de quedarse sin aire, las campanas de la muerte habían repicado sobre su cabeza. Nadie daba nada por él, todos me lo habían desahuciado, pero no Cayetana, ella no quería perder a su marido. Mi madre, doña Natalia, le dijo que todavía había esperanza, sin embargo, Dios no iba a actuar sobre de él si no íbamos a llevarlo hasta uno de sus santuarios a pedir confesión y un padre que calmara su dolor; si de ahí no se iba curado, al menos subiría al cielo bien recomendado. Teníamos qué llevarlo hasta Talpa, donde la virgen pone todo en su lugar, y con su inmenso poder, ponía los ojos en la gente y la sanaba, eso necesitaba mi hermano, y las cosas quedaban igual que las milpas recién llovidas, verdes y nuevas, listas para dar nuevo fruto.

Pero Cayetana no era ninguna santa, era humana, como todos nosotros, tenía sus sombras, aunque, también, unas brillantes luces que alumbraban más que el lucero, y para emprender el viaje a Talpa —que nos quedaba lejos— se necesitaba de la determinación que hizo santos a los mismos santos que tanto han sufrido, y tal ha sido su recompensa allá arriba. Nosotros éramos muy pobres, no teníamos manera de llevar a mi hermano en vehículo alguno, así que debíamos cargarlo mientras caminábamos por aquel trecho montañoso hasta llegar a Talpa, sumida en un agujero.

Me acuerdo todavía de esa mañana. El gallo cantó temprano, y me despertaron los estertores de mi madre. ¡Cayetana ya se había ido con mi hermano directito para Talpa! Podía escuchar el llanto quedito de mi madre que sufría por su hijo, y me pidió que fuera a alcanzarlos. Así lo hice, y los vi en lo alto de la colina, tal como al principio dije.

Cayetana se había envuelto la cara con un vendaje que nomás le dejaba libres los ojos, encima de su cabeza, una corona de espinas que imitaba a Jesucristo, y un escapulario hecho de pencas de nopal con todo y sus ajuates, que caía sobre su sobrio pecho, y le daba una vuelta por la cintura ceñida por un listón rojo que amarraba su vestido blanco y largo, para ajustarlo a su figura. Ella cargaba a mi hermano, pasaba graves trabajos: ora lo agarraba como costal, ora se lo subía en el lomo y pasaba por detrás sus manos callosas para sostenerlo de las sentaderas, como si cargara una múcura recién rellena en el río de la Mirandilla. Alegaba que podía acompañarla, pero que aquellos pesares eran su penitencia, la cual iba a ofrecer a la virgen para que le concediera el milagrito.

Mi hermano no despertaba desde hacía días, y si lo hacía entre sueños, era nomás para escupir la sangre que se le fermentaba en el pescuezo, se le cuajaba en el buche y gemía para pedir socorro. Yo creo que pensaba en que se le coagulaba la sangre del corazón, y que, con cada escupitajo, era un poco de

su vida la que se le escapaba, pero no decía nada. ¡Qué fuerte era mi hermano, aunque más fuerte Cayetana!, en veces se cansaba, como toda la gente, y bajaba aquel cuerpo exangüe y lo acostaba entre sus piernas cruzadas, le untaba en el pecho aceite de peyote, y lo alimentaba con rebanadas de xoconostle que llevaba en su morral. Mi hermano apenas si tragaba algo más que su sangre, pero, con un poco de esfuerzo, conseguía pasarse los pedazos del dulce, que se le aglutinaban en el gaznate hasta que mi cuñada le daba de beber agua fresca del guaje que cargaba, luego de esta operación, se lo volvía a terciar de alguna forma y continuábamos nuestro andar a paso lento. Así nos agarró noche, y Cayetana cortó varas de ocote, que encendió a manera de fogata con la cual dio calor a mi hermano, acostándose a su lado, al tiempo que lloraba como una niña pequeña que sufre por hambre, por frío, o por miedo. Ya veo que el miedo es el mismo para todos, grandes y chicos, unos le temen a la oscuridad, otros al ladrido de los perros, hay quienes dicen no tenerle miedo a nada, aunque les tiemblan las cañas cuando se mienta a la muerte, y Cayetana temía perder a su amado, y en eso pensé en algo que decía el padre Pancho allá en nuestro pueblo: hace falta un gran amor para ganarle al miedo. Veía el torrente de lágrimas caer entre el vendaje, y escuchaba su llanto mudo en mitad del crepúsculo, pero pasaba rápido al rezo del rosario y de las curaciones, mientras que la vida de mi hermano quién sabe si soportaría los dos días de caminata que nos faltaban.

No durmió nadie, nos acechaban los coyotes. Por fortuna, yo traía mi carabina bien agarrada bajo el brazo y me alejé para darles caza. De pronto, escuché que Cayetana gritó: ¡Ya despertó Agripino! Mi hermano, ya había vuelto a abrir sus ojos revolcados, del mismo color que la noche, aquellos que ahora miraban con total adoración a Cayetana, a quien conseguía reconocer a pesar de su indumentaria. Regresé tan pronto como mis piernas me lo permitieron. Ella lo sostenía como quien sostiene a un niño, y él levantó su temblorosa mano hasta tocar donde debía estar el cachete derecho de su esposa, y dijo:

—Vamos de camino a Talpa, ¿verdad?, esa ropa nomás se la pone quien va a pedir un milagro —tosió.

—Sí, viejo, ya vamos a Talpa, la virgencita te va a curar, vas a ver —dijo Cayetana, mientras sollozaba.

—Me has traído tú, sola, he sentido el calor de tu cuerpo, lo reconocería, aunque me quedara yo ciego y sordo, sabía que eras tú. Podía oler esa esencia que es sólo tuya —hablaba despacito—, hedía bien bonito, a eso no huele el monte, a eso hueles tú, querida.

—Sí, viejo, te he traído yo, y tu hermano me acompaña. Ya casi llegamos, nomás apresuramos el paso —intentó levantarlo en peso—, y llegaremos mañana por la mañana, cuando sientas el primer soplido de viento ya estarás frente a la virgencita.

—Espera, un poco nada más, acabo de despertar de una terrible fiebre. Yo sé que tú tienes mucha fe, sé que confías en la fuerza sanadora de la virgen, y por eso me llevas. Pero, yo sé que ya me voy a morir, y no quiero que me lleve Dios sin antes haber visto tus ojos y besado tus labios. ¿Por qué has hecho semejante esfuerzo a pesar de que yo ya no tengo remedio? —empezó, como pudo, a deshacer el vendaje que aprisionaba el rostro de su esposa. Se rajó el brazo con una espina sin apenas sentirlo, y de la herida brotó un líquido emponzoñado que presagiaba el avance de su enfermedad.

Cayetana se soltó a llorar, mientras que su ajado rostro quedaba al descubierto, detrás del vendaje había una mata de pelo marrón que se soltó, y acarició las bellas formas de su cara. Sus lágrimas se esparcieron por la crisma de mi hermano, mezclándose con las suyas.

—Porque te amo, viejo, nomás por eso, ¿te parece poco?, si un doctor hiciera por su paciente la mitad de lo que un corazón enamorado es capaz de hacer por el fruto de su adoración, ya no habría enfermos en el mundo. ¡No quiero que te me vayas a

morir!, y si tengo que subir al cielo a pedirle el favor, doy mi vida gustosa, con tal de que te me cures —y dio rienda suelta a sus sentimientos.

Lo besaba con desesperación, una y otra vez, como si temiera que, si dejaba de besarlo, fuera a robarle el último aliento que lo hacía hablar; entre arcada y arcada, a ella se le escapaba un hilo de sangre de la boca, que yo pensaba, se lo había quitado a mi hermano. ¡Qué equivocado estaba!

—Dios es grande, y la virgen tanto como él, podrá curarte, lo sé. Necesito que me ayudes a luchar por ti, viejo, y vivirás... a mi lado, como deben de hacerlo un hombre y su mujer. ¿No habrías hecho lo mismo por mí de haber estado en mi lugar?

—¡Que si lo haría! —exclamó Agripino en un arranque de vigor—, hasta vendería todo mi ajuar para conseguir un medio para curarte, pues el único bien que necesito, es el que tus ojos no me dejen de ver —sufrió un arranque de tos, que le hizo escupir una sangre brillante que no le habíamos visto todavía, no sabía ni siquiera que de ese color la tuviéramos en las venas.

Ya amanecía y otra vez mi hermano había caído en un profundo sueño. El tiempo se nos acababa. Cayetana se lo echó de nuevo en la espalda y caminó sin decir palabra. El día transcurría, y la tos de mi cuñada agravaba, cosa que no le impedía continuar, aun cuando la rabadilla le vencía y se quejaba de una hernia, e incluso, cuando la suela de sus huaraches se quedó en el camino, encajada en una biznaga, con todo y sus pies descalzos y sangrantes, caminaba, y lo hacía sin mirar atrás. Así, hechos jirones, con la boca seca y el cuerpo que pedía piedad, llegamos a Talpa, la gente nomás nos veía, y quizá me juzgaban por no ayudar en su labor a Cayetana, por ser hombre, pero no sabían que el amor daba fuerzas, y era ella quien lo sentía de verdad.

En lo alto del cerrito estaba el templo, y Cayetana hizo el último esfuerzo para subirlo, cada escalón pesaba más que la

esperanza, pero ella persistió. Yo le abrí paso, quitándole a la gente, y alcé mi voz para cantar una alabanza a la merita entrada, me quité el sombrero de palma y vi el altar dorado de nuestra madrecita querida, pedí por la curación de mi hermano e interrumpí al Señor Cura que daba misa para que, por su intercesión, le diera esperanzas a Agripino. Pero llegamos tarde, y en la entrada, bajo el arco color guinda, Cayetana se desplomó y quedó frente a frente con Agripino. Ella tosió sangre, al igual que él, que había despertado como por encanto al verse frente a la virgen. Cayetana, que se sabía enferma de lo mismo que su marido, se le encaramó, como dándole el último abrazo de despedida, y pidió:

—Señor Cura, denos mejor los santos óleos.

Y así se hizo, el padre los bendijo, y Cayetana, al mirar a Agripino, le dijo:

—Viejo, no te vayas a olvidar de decirle a Dios que me guarde un cuartito a tu lado allá en el cielo.

—Dame la mano, y vayámonos juntos, cariño, que es mejor amarnos allá, sanos, que sufrir en vida.

Y murieron Cayetana y Agripino, abrazados, frente a la virgen de Talpa, que los curó con la muerte.

Amor a la Sirena

Alfredo Olmos

MÉXICO

Aurora despertó muy temprano. El día comenzaba con una felicidad inmensa: una sonrisa se dibujaba en su rostro y no podía —ni quería— ocultarla. De pronto, la letra de una canción acudió a su mente y comenzó a cantarla en voz baja.

Mientras tarareaba, no podía dejar de pensar en el día anterior, cuando Felipe le había pedido matrimonio. El recuerdo la llenaba de luz.

Su madre, al verla tan radiante, sonrió con ternura.

—¿Vas a verlo hoy?

—Sí, vamos a salir a comer.

—Me da mucho gusto, hija. Solo quiero que veas el clima... hay amenaza de huracán.

—Estaremos resguardados, mamá.

—No es eso lo que me preocupa, hija.

—¿Entonces qué es?

—El huracán se ve muy débil. Ni siquiera debería llamarse huracán.

—Con mayor razón, mamá: no hay riesgo.

—¡No me entiendes!

—No, mamá, no logro entenderte. ¿Cuál es el problema?

—Este huracán no es normal. Hacía años que no veía uno tan... singular.

—¿Y... solo porque hace años que no veías uno así, mamá?

—Este fue formado por el capricho de una sirena.

Aurora parpadeó, incrédula.

—¿Por el capricho de una sirena?

—¡Sí, hija! Las sirenas crean estas pequeñas tormentas. Las usan para agitar el mar lo suficiente y salir a la playa.

—¡Mamá! Las sirenas no existen. Y mucho menos crean huracanes. Esto es solo un fenómeno meteorológico extraño, nada más.

—Hija, si van a verse, sería mejor que Felipe viniera aquí a la casa.

—Luego pasamos, mamá. Felipe ya hizo una reservación en un restaurante y no podemos cancelar.

—¿El restaurante está cerca de la playa?

Aurora no respondió. Tomó su bolso y salió de casa para reunirse con Felipe.

El restaurante era acogedor, casi hogareño. Mesas de madera, sillas decoradas con motivos marinos, pequeñas palmeras en las esquinas. Las meseras atendían con una dulzura que invitaba a quedarse. Sin embargo, fueron las pinturas de las paredes las que captaron la atención de Aurora.

En una de ellas se representaba una escena antigua, casi olvidada, más cercana al mito que a la realidad. Una tormenta débil agitaba el mar; apenas levantaba oleaje y dejaba caer una lluvia fina. Aun así, un barco se desmoronaba: tablones volaban por los aires, marineros luchaban desesperados por mantenerlo a

flote. Alrededor, un cementerio de embarcaciones: restos podridos, esqueletos cubiertos de algas. Y justo bajo la nube de la tormenta, una figura pequeña, apenas visible, mitad mujer, mitad leyenda. Una sirena. Con una mano sostenía un espejo para admirar su belleza; con la otra se peinaba. Parecía cantar. Algunos marineros se arrojaban al agua, hipnotizados; otros intentaban salvar el barco. El capitán salía de su camarote con un arma apuntándose a la sien.

Aurora apartó la mirada, inquieta, y le preguntó a Felipe qué significaba aquella pintura.

Él, que hasta ese momento había estado perdido en sus ojos, reaccionó.

—Es una leyenda local. El dueño del restaurante dice ser descendiente de un capitán pesquero. Hace siglos, una pequeña tormenta trajo a una sirena. Ella embrujó a la tripulación: todos se lanzaron al mar para morir ahogados. El capitán prefirió dispararse antes que sucumbir a la criatura.

Aurora le contó entonces la conversación con su madre. Felipe sonrió, negó con la cabeza.

—Las sirenas no existen, amor. Y esta tormenta es tan débil que no va a causar problemas.

Tomó su mano, la tranquilizó. Comieron, rieron, y después bailaron. Aurora sentía que el mundo giraba más rápido de lo normal. Apoyó la cabeza en el pecho de Felipe y cerró los ojos.

Entonces, sin previo aviso, una ola gigantesca se alzó. No había explicación física posible: el mar pareció concentrarse en un solo punto y avanzó como si tuviera voluntad propia. La ola atravesó la playa y se estrelló contra las ventanas del restaurante.

El impacto fue brutal. Los cristales estallaron en mil pedazos y cortaron a varios presentes. El agua irrumpió con violencia, empapándolo todo. Y cuando retrocedió, dejó en el suelo a una

joven mujer de belleza sobrenatural, tendida como si el mar mismo la hubiera depositado allí... o como si ella hubiera arrastrado la ola hasta el interior.

Felipe, tras asegurarse de que Aurora estaba bien, corrió a auxiliar a la desconocida. La mujer apartó su larga cabellera dorada. Su piel era tan blanca que parecía casi translúcida, como si se hubiera lavado por la eternidad con agua de mar. Sus ojos, de un verde esmeralda profundo, dejaron a todos sin aliento.

Aurora, sin embargo, solo podía mirar de manera alterna a la mujer y a la pintura en la pared. Las palabras de su madre resonaban en su cabeza.

La joven se puso de pie con una gracia imposible. Se acercó a Felipe, lo tomó del cuello y comenzó a cantarle al oído una melodía suave y letal.

De pronto, todos en el restaurante se levantaron como en trance. Formaron dos filas perfectas, para crear un pasillo que conducía hacia la puerta. La mujer tomó a Felipe del brazo y comenzó a caminar con él hacia la playa.

Aurora gritó:

—¡Alto!

La criatura se detuvo y volteó con lentitud.

—Ahora él es mío —dijo con voz que parecía venir del fondo del océano—. Solo un sentimiento mutuo muy intenso podría liberarlo.

Aurora sintió que el corazón le latía en la garganta. Acarició el anillo en su dedo, recordó la felicidad con la que había despertado esa mañana, pensó en todas las promesas que se habían hecho. En su mente apareció de nuevo la pintura: la sirena, los marineros ahogándose, el capitán con el arma en la sien.

—¡No te lo vas a llevar!

—Ahora es mío —repitió la sirena.

—Felipe es... ¡Felipe es el amor de mi vida! ¡Nos vamos a casar! —Aurora alzó la voz, temblorosa pero decidida—. ¡Felipe, te amo!

Corrió hacia ellos. Empujó a la criatura con toda su fuerza, besó a Felipe y repitió:

—¡Te amo!

— Yo también te amo —respondió él, al despertar del trance.

Se abrazaron con desesperación. Cuando voltearon a mirar, la mujer ya había desaparecido. Solo quedaba el rumor del mar y el eco de la tormenta que se alejaba.

Aurora y Felipe se miraron, todavía temblorosos. Afuera, la lluvia aún caía, pero el cielo comenzaba a despejarse.

Amar sin Retener

Marduck Silva

MÉXICO

Los parques son, por excelencia, los lugares donde comienzan y terminan los romances. No hay edad para ir a un parque y tomarse de la mano. Allí las parejas hablan, se escuchan y se dicen todo: sueños, anhelos, ilusiones y secretos. Ahí nace la complicidad, la confianza y otra forma de entenderse.

El parque Borunda es, para mí, ese lugar. Recuerdo que había una glorieta escondida; en su interior, un árbol cortado. Aquel fue el sitio seguro que compartí con una novia que tuve; ella era de El Paso, Texas. En esos días yo no tenía visa ni automóvil y aún no me graduaba de la universidad. Mi situación era complicada, pero ella lo comprendía y hacíamos lo más sencillo: venir al parque.

En esa glorieta compartimos mucho. Al poco tiempo, aquel tronco comenzó a dar retoños; para ella fue una señal de que nuestro amor estaba dando vida. En verano tomábamos aguas de frutas y algún antojo: compartíamos todo. Allí la vi llorar por primera vez, no por tristeza, sino por gratitud ante el cariño incondicional que le daba. Fue también allí donde le entregué una carta al cumplir nuestros primeros tres meses de relación, en la que mencioné que nuestro amor había nacido en el cuarto centenario de la muerte de Shakespeare y Cervantes. Aquello significaba que, después de la muerte y de haber soltado, ambos entrábamos en la vida del otro con un pasado, pero con la esperanza de que ahora comenzaba la vida, como aquellos retoños del árbol cortado. Fue una época de ilusión; pequeños detalles que significaron mucho. Con el tiempo, las cosas cambiaron y lo nuestro terminó.

No regresé a ese parque sino hasta mucho después, ya en otra relación, bajo circunstancias distintas, aunque también muy similares. Aquella muchacha, con la que pensé que escribía otro gran capítulo de mi vida, me daba esperanza de futuro, sobre todo porque ya era madre de un niño de dos años. Nos sentamos en una banca y hablamos. Me preguntó por qué, al final, había decidido quedarme con ella; le respondí que porque sentía que era el amor de mi vida. Pasaron seis meses y todo acabó de una forma dolorosa.

Con el tiempo llegó otra muchacha: se me hacía tan bonita como sincera. Luego de algunos meses de hablar y convivir, nuestra interacción comenzó a profundizarse. Un día la invité a cenar a un café. La cita era sencilla, pero significativa. Me puse mi camisa vaquera preferida, limpié mis botas y me rocié un poco de loción. Ella pidió una pasta y una soda italiana de frutos rojos; yo ordené papas a la francesa y una cerveza. Después, tras un café para ella, la invité a este parque.

La miraba indecisa, llena de dudas; sentí que ya sabía lo que quería preguntarle. El instinto me hizo acercarme, tomarla del brazo, llevarla por los senderos más bonitos y caminar a su ritmo. Sus palabras me impulsaron a actuar y le pedí que fuera mi novia. A dos días de cumplir un mes juntos, volvimos a citarnos aquí. Para entonces, ella ya había comenzado a mostrarse distante. Días antes yo sabía que se iba, los mensajes tardaban en llegar y, luego, tan solo dejaron de hacerlo. La ausencia empezó a pesar más que el cariño, y el amor que ya había nacido en mí hacia ella, aunque de ella hacia mí no.

Mucha gente me ha dicho que el amor llega por sí solo, tan solo sucede. No estoy de acuerdo. Pienso que el amor se construye: primero debes querer sentirlo, luego hacer que suceda. Para ello hay infinidad de gestos que se siembran en los detalles, que se esconden en el cuidado del otro y en la tranquilidad de saber que tienes a alguien a tu lado que siente —o empieza a sentir— lo mismo que tú.

Mientras la esperaba, vi aquella glorieta de años atrás, la de aquel primer noviazgo. Me acerqué para ver si aún quedaba algo del tronco y no: ya no había nada, como aquel amor, del que solo quedaba el fantasma de la nostalgia. Cuando ella llegó, fue solo para decirme que la relación no podía seguir. No hubo explicaciones; solo dos motivos: incomodidad y problemas personales.

Aquello me hizo recordar lo que compartimos: los mensajes, la compañía y el secreto de lo nuestro en complicidad; los desvelos, las miradas y los gestos discretos ante los demás; su voz suave y el tono bajo, casi temeroso, cuando aceptó ser mi novia; las veces que encontró refugio en mis brazos y aquellas en que nos dijimos que nos queríamos. ¿Nada fue real? ¿Fue una mentira? ¿Qué sucedió? ¿Por qué cambió de opinión?

Por eso le hice esta carta

La otra vez fui al parque donde solíamos vernos después del trabajo. Aquel lugar lo encontré por casualidad tiempo atrás y luego se volvió nuestro refugio, parte de una historia que querías guardar en secreto, sin saber que lo que se muestra la historia lo recuerda, y lo que se oculta, en el secreto muere. No sé bien por qué fui; quizá por nostalgia, quizá por la necesidad de escribir esto o de sanar.

Encendí un cigarrillo y caminé por todo el parque como cuando lo hacíamos tú y yo. Una parte de mí quería verte de nuevo allí, aunque era claro que eso no sucedería. Recordé con cariño aquellos abrazos, las pláticas y los paseos que compartimos en esa intimidad. La nostalgia duele, sí, pero no pude evitar volver a aquellas tardes llenas de luz.

A veces aún me ronda la duda: ¿qué fue lo que pasó? Te veía confiada, a gusto, sonriente. Yo me sentía increíble. Pensé que éramos felices.

Encendí otro cigarrillo y continué mi andar. Recordé lo que me dijiste de aquel disco de *Taylor Swift* —si mal no recuerdo, *Midnights*, o *Escritos de medianoche*— y cuando te pregunté en qué era te encontrabas, me respondiste que en la depresiva. Eso me llevó a otra pregunta: ¿por qué llegué a tu vida en ese momento? Me guardé la duda entonces; ahora queda suspendida en la incertidumbre. Esta tarde siento que llegué a ti en un mal momento; aun así, llegué y me atreví a estar contigo.

A la sombra de estos árboles que nos vieron compartir el cariño, y entre el humo de mi cigarrillo, he recordado que una de las mayores muestras de amor es el respeto: no somos dueños de nadie ni podemos exigir la misma intensidad de afecto que damos. Lo que te nace dar, se da, y basta. Me diste cariño; no sé si mucho o poco, si lo justo o si merecía más o menos. Pero lo hiciste, a pesar de la oscuridad que habitaba en tu mente.

Me han dicho que antes de amar a alguien primero hay que amarse a uno mismo para poder dar amor; tampoco estoy de acuerdo. No todos crecimos rodeados de afecto, no todos tuvimos compañía en los momentos difíciles. Pienso que hay personas que llegan a tu vida para enseñarte a amarte y a amar. Me decías que no eras buena para recibir halagos, quizá porque nunca te dijeron algo de corazón; siempre escondías el rostro, pero en tu sonrisa encontré pureza y, en tus ojos marcados por el olvido, la mirada más bella. Te escribí que nunca dejaras de sonreír y, sin embargo, lo dejaste de hacer. Hay una especie de hechizo en mujeres como tú y hombres como yo: basta una sonrisa para devolvernos la fuerza.

Lo que me diste lo guardo en el corazón. Sé lo mucho que te costó soltarlo; no diré si fue desdicha, creo que era lo que me correspondía recibir. Por eso, esta tarde caminé sobre nuestros pasos, para que todo quedara como parte de una historia que no sé si ha concluido o si aún falta por escribirse. Siento que quedaron cosas pendientes: te prometí llevarte de viaje en mi

motocicleta, conocer lugares para que la oscuridad que rondaba tu mente se disipara.

Pero ahora, viéndome solo, hablo con tu ausencia, en la resignación, lo que más pesa es no poder comprenderte. Creo que esa oscuridad sembró dudas y te hizo olvidar que mi confianza estaba en ti y que nada más importaba. Pudimos haber aprendido mucho el uno del otro, porque así es el amor también: aprender, comprender, construir y, sobre todo, querer que las cosas sucedan. No me duele que ya no estés; me duele sentir cómo aquello que sentí por ti se apaga. Quisiera que fuera más rápido, pero cuando el sentimiento es sincero, para que termine se necesita tiempo. Tal vez eso sea también una forma de amor: dejar que lo vivido encuentre su lugar, aceptar la ausencia y aprender a caminar con ella, con la certeza de que hubo un susurro real y que, aunque ya no esté, me enseñó a sentir.

Sin Vértigo

María Balbina López Caballero

ESPAÑA

El teléfono sonaba contra mi oreja, mientras fijo la mirada en el suelo del parque, aún húmedo por el riego nocturno. Me abrazo las rodillas contra el pecho, encogiéndome, con el rostro tan empapado que ya no distingo si es el agua del césped o las lágrimas que no logro contener. Al otro lado, por fin, se escucha la voz de Marcos, mi amigo.

—Dime —contestó él.

—¿Puedes venir a buscarme? —consigo articular, aunque la voz se me quiebra a mitad de la frase—. Estoy en el parque.

No pregunta por qué. Nunca lo hace. Su silencio es siempre mi refugio.

—En veinte minutos estoy ahí —responde, con la voz aún aterciopelada por el sueño.

Cuelgo y me dejo caer hacia atrás. El cielo está oscuro, sin estrellas.

Media hora antes había llegado al piso de Juan, mi novio, todavía con la risa del cumpleaños de mi amiga Carmen y la ilusión absurda de una sorpresa improvisada.

Pero al abrirse la puerta, las risas se me quedaron clavadas en la garganta.

Él no estaba solo.

No quise escuchar excusas ni explicaciones a medio hacer. Me di la vuelta y caminé sin rumbo hasta acabar en este parque

de nuestra adolescencia. Donde nunca pasaba nada y, al mismo tiempo, pasaba todo.

El frío empieza a ser insoportable. Maldigo entre dientes el vestido ligero que elegí y el hecho de no haber cogido una chaqueta, como si después de tantos años, aún no supiera ya cómo terminan siempre mis impulsos.

Justo cuando empiezo a tiritar, los faros de un coche barren el sendero de entrada. Entre la sombra de los árboles recortándose contra la luz, aparece su figura. No necesito ni moverme; sé que me reconoce antes incluso de que yo levante la mano para saludar.

—¡Marcos! —grito, y mi voz suena rota, extraña en medio de la noche.

Me lanzo contra él en cuanto llega a mi altura. Hundo la cara en su chaqueta, e intento desaparecer en ella. Me rodea con los brazos y acaricia mi cabello con la dulzura de siempre; sin prisas, sin reproches. Su aroma a cítricos y almizcle me envuelve y, por primera vez en toda la noche, consigo respirar.

—Vine a darle una sorpresa —le dije, en la oscuridad del coche—. Estaba con otra chica.

Marcos aprieta el volante hasta que sus nudillos blanquean. Retiene el aire, como si procesara una noticia que se repite y se resiste a morir. Conozco ese gesto. No es odio hacia Juan. Es cansancio.

—No digas nada —le pido.

—¿Qué quieres que diga, Victoria? —Su voz ya no tiene rastro de sueño, ahora es pura fatiga—. Ya nos sabemos el guion de memoria.

El silencio se vuelve nuestro único pasajero durante el trayecto hasta su casa. Al llegar, Marcos abre la puerta y me

sostiene del brazo para ayudarme a bajar; el calor de sus dedos parece quemar sobre mi piel, que sigue helada por la humedad del parque. Me cubre con su chaqueta y, en ese movimiento, su mano roza de forma accidental mi cuello, un contacto fugaz que me estremece.

La tibieza de su hogar me recibe como un bálsamo. En la cocina, el vapor del chocolate recién hecho empieza a empañar mi vista mientras el frío de los huesos desaparece.

—Te lo advertí —dice, apoyado contra la encimera—. Te dije que ese chico no era para ti. No sabes elegir, Victoria.

Bebo un sorbo de la taza, mientras siento cómo el líquido me quema la lengua, pero el nudo en la garganta sigue ahí.

—No todo el mundo mide los pasos, Marcos. Algunos tan solo corremos.

—Y otros tenemos que salir a buscarte cuando te estrellas —responde, al bajar la voz—. Tienes que aprender a protegerte.

—Si me protejo, no vivo.

— Y si no lo haces, terminarán rompiéndote en pedazos tan pequeños que no podré encontrarlos.

Lo miro de reojo sobre el borde de la taza. Está impecable, incluso a las cuatro de la mañana. Hay algo en su elegancia, en la delicadeza con la que maneja las cosas, que me hizo dar por sentado, hace años, que él jugaba en otro equipo.

Nunca me ha mirado con deseo, o eso creí. Es el caballero perfecto, elegante y sensible. Por eso es mi mejor amigo: con él no hay peligro de romper nada.

Pasan los días y el dolor se transforma en una rutina asfixiante.

Para no escuchar el vacío de mi habitación, vuelvo a los tacones, al rímel excesivo y a esa risa tonta que uso como escudo.

Es sábado y el cuerpo me pide guerra para olvidar la paz que perdí.

La discoteca es un hervidero que huele a tabaco y perfumes caros. En la barra, un chico de ojos verdes y brazos tatuados me sostiene la mirada. Es una invitación al desastre. Mis ojos, expertos en dibujar futuro sobre ruinas, ya lo han bautizado como el próximo candidato.

Siento el aliento de Marcos cerca de mi oído, para romper el hechizo.

—Vuelves a las andadas —dice, con la voz agotada—. Este es peor que el anterior, Victoria. Míralo bien.

—Relájate —respondo y fuerzo una sonrisa mientras apuro la copa—. Solo es un juego.

Marcos me agarra el brazo con suavidad y me obliga a mirarlo. Sus ojos muestran una advertencia que nunca le había visto.

—No sabes jugar sin quemarte —dice—. Si te vas con él, yo me voy de tu vida.

Esta vez no vuelvo.

Lo miro un segundo. Su paciencia siempre me ha parecido infinita.

—No seas dramático.

Me suelto.

El ruido es demasiado alto para pensar.

Camino hacia esos ojos verdes, y dejo a Marcos bajo los focos de la pista.

Siento el calor del chico al acercarse y el peso de su mano que rodea mi cintura. No hago nada por evitarlo. Me besa.

Busco la mirada de Marcos por encima de su hombro, pero ya no está. Solo distingo su silueta alejándose entre la multitud, sin volver la cabeza.

Me dejo llevar por el alcohol y las promesas vacías.

Terminamos en su coche, en un descampado. El sexo es rápido, frío, despojado de cualquier rastro de calidez. Es fricción. Y después, silencio.

—Ha sido increíble —miento mientras intento colocarme el vestido con dignidad—. Podríamos ir a la playa ahora a desayunar, conozco un sitio donde las tostadas están de muerte.

Él suelta una carcajada mientras busca un cigarrillo en la guantera.

—Detente, guapa. Tengo novia y no busco problemas. Esto ha sido lo que ha sido, no te montes películas en la cabeza. No me compliques la vida, ¿vale?

El golpe me sienta como un jarro de agua helada. Salgo del coche sin decir nada, con el orgullo arrastrado y el frío de la madrugada que muerde mi piel.

Busco el móvil con dedos temblorosos. Marco el número de Marcos. Una, dos, cinco veces. «El teléfono al que llama está apagado...».

Corro hacia su casa. Las luces están apagadas. Golpeo la puerta hasta que me duelen los nudillos, pero nadie abre. Apoyo la frente en la madera, para buscar su olor a cítricos, y solo encuentro vacío. Me derrumbo en el escalón y lloro; no por el chico del coche, sino por el silencio de Marcos, que arde más que cualquier rechazo.

Abandono su portal cuando el cielo empieza a clarear. Camino sin rumbo, hasta que el cansancio me vence. El ascensor de mi bloque sube con una lentitud desesperante. Dentro, el espejo me devuelve una imagen que me aterra: el maquillaje corrido, el vestido arrugado y los ojos hinchados de una desconocida que acaba de ser derrotada por sí misma. Me tumbo en la cama sin quitarme la ropa. El silencio es brutal. No hay mensajes, ni reproches suaves. Repaso cada advertencia que ignoré por pura soberbia. No duermo. Solo espero a que el sol salga para volver a buscarlo. El teléfono sigue apagado.

El café me sabe más amargo que de costumbre. Me ducho con el agua caliente, intento arrancar de mi piel el rastro de una noche que desearía borrar.

Voy a su casa primero. Golpeo la puerta. Una vez, dos... Me quedo allí un minuto eterno, pegada a la mirilla, a la espera de una señal. Nada.

Entonces recuerdo la cafetería de los lunes. Siempre está allí a esta hora. Entro con el corazón que parece golpearme las costillas y busco la mesa del fondo, la que está junto a la ventana. La silla está vacía. Me quedo de pie en mitad del local, sintiéndome ridícula. Analizo cada rostro como si Marcos pudiera haberse camuflado. Me acerco a la barra con los puños apretados para ocultar el temblor de mis manos.

—¿Marcos no ha venido hoy? —pregunto, al fingir normalidad.

La camarera limpia el mostrador con desgana y niega con la cabeza.

—No. Hoy no.

Asiento y salgo a la calle. Me quedo quieta en mitad de la acera, mientras estorbo a los que corren hacia sus oficinas. Por primera vez, no tengo a dónde ir, el lugar al que siempre volvía ha decidido cerrarme la puerta.

El miedo se instala en mi pecho: esta vez no me he quemado; esta vez me he quedado a solas, a oscuras.

Pasan siete días. Siete días en los que el mundo gira, mientras yo estoy estancada en un silencio que me desgarras. No hay mensajes ni hay llamadas. Mi impulsividad agoniza.

Sin pensarlo, mis pasos me guían fuera de la ciudad, hacia esa zona de colinas y hierba alta donde solemos refugiarnos cuando el ruido urbano se vuelve insoportable.

A lo lejos, una figura recostada corta el horizonte. Es él.

Está tumbado sobre la hierba, con los ojos cerrados y los auriculares puestos, ajeno al mundo. Me acerco despacio y contengo el aliento. Sin decir nada, me dejo caer a su lado. La hierba cruje y él abre los ojos de golpe. Al reconocermelo, su mandíbula se tensa y hace ademán de levantarse.

—Espera, por favor —le suplico, aferrándome a la manga de su sudadera—. Solo escúchame un minuto. Si después de eso quieres irte, te juro que no te seguiré.

Se queda sentado, rígido, mira el horizonte sin enfocar la vista en mí.

—Perdóname —susurro, con la voz quebrada—. He sido una estúpida, una ciega que no supo valorar lo que tenía delante. Eres la persona más importante de mi vida, Marcos. Mi apoyo, mi calma... mi todo. Te juro que... si te gustaran las mujeres, serías mi pareja perfecta. No buscaría a nadie más.

Marcos se queda petrificado. Gira la cabeza con lentitud y me clava una mirada intensa que nunca le había visto.

—¿Qué no me gustan las mujeres? —repite con voz ronca—. ¿Quién te ha dicho esa estupidez, Victoria?

—Yo... lo supuse. Tu forma de ser, tu buen gusto, el hecho de que jamás hayas intentado nada conmigo a pesar de dormir tantas veces en la misma cama...

Marcos suelta una carcajada amarga, llena de una frustración que ha guardado durante una vida entera.

—No he intentado nada porque te respetaba más que a mi propia vida. Porque prefería tenerte como amiga que arriesgarme a perderte por un impulso. He estado enamorado de ti desde siempre, Victoria. He pasado años en los que te veía entregar tu corazón a cualquier idiota, mientras yo me dedicaba a recoger los pedazos del suelo.

Me quedé helada, incapaz de procesar el peso de sus palabras.

—¿Te... te gusto yo? —susurro apenas en un hilo de voz.

Marcos no responde con palabras. Acorta la distancia que nos separa. Acaricia mi mejilla con delicadeza y sus labios buscan los míos. El beso es dulce, pero también desesperado. Sus manos sostienen mi rostro. Cuando nos separamos, no me suelta. Apoya su frente contra la mía y yo cierro los ojos, dejándome caer en él. No hay vértigo, ni esa urgencia de mis errores pasados.

Solo hay calma.

—¿Responde eso a tu pregunta? —susurra contra mis labios.

Sonrío.

Se tumba de nuevo sobre la hierba y me deja apoyar la cabeza en su pecho.

El mundo es el mismo.

Yo no.

Miré el Espejo

Arielle Miscardi

MÉXICO

Miré el espejo... y su imagen no se reflejaba.

Al cerrar los ojos, me di cuenta de lo que era... y lo que pasaría. Su voz, intensa y suave a la vez, cubrió toda la habitación, apoderándose también de mí.

Era media noche, con un cielo inundado de estrellas, y una hermosa luna menguante que adornaban el firmamento; serían mudos testigos de aquello tan excitante, tan innombrable, tan sublime que me ocurriría ahí, justo en mi cuarto.

Lo había soñado.

Tal vez no sabía su nombre, pero él sí el mío. Podía sentir su mirada en mi cama desvaneciéndose, al despertar cada mañana, como si me hubiera vigilado.... resguardado mis sueños. Al ducharme, era como si el agua caliente fueran sus manos, que recorrían y acariciaban mi piel desnuda, cubriéndome con su aliento hecho vapor, intoxicándome de placer enloquecedor e infinito.

La brisa de la noche ondeó la cortina de terciopelo turquesa con bordes dorados, encima de la ventana. La tela apuntaba hacia mí, como si quisiera hablarme... avisarme de lo que estaba a punto de pasar.

Algo invadió mis pensamientos. No pude controlarme. Sentía la necesidad de abrir los ojos ya. Volteé la cabeza, y lo encontré frente a mí. Su mirada me atrapó al instante al advertir sus ojos, esos ojos profundos, plenos, llenos de vigor, masculinos... podía sentir sus intenciones, incluso desde el otro lado de la habitación.

—Tu piel, luce como un delicioso manjar a punto de ser devorado —me dijo.

Yo estaba paralizada. Mi cuerpo no respondía. Todos y cada uno de los músculos que lo componían, me traicionaron, quedándose quietos, sin vida. Estaba indefensa, a su merced, vibraba expectante, inmóvil... deseosa.

—No tengas miedo, mi hermosa doncella. Yo convertiré ese dolor en un gran placer...

Quizá en otro momento, quizá en otro lugar... quizá si trajera un arma podría utilizarla y salir aprisa, gritar. Pero no, no ahora. Imposible. Él caminaba con lentitud; sus pasos majestuosos, elegantes, gallardos en su simpleza. Su traje una armonía perfecta de decorado: tela negra, camisa blanca y gasné color rojo sangre, abrochado y anudado con esmero. ¡Como deseé haber sido yo quien lo hubiera hecho!

—Entrégame tus pensamientos, Gabriela —demandó de forma gentil. Por toda respuesta, solo pude balbucear— y serás mía, por la eternidad.

Sentí como cada célula de mi cuerpo, cada poro de mi piel, me exigía sus caricias. No podía huir. Cada paso que daba hacia mí, me sacudía por dentro, igual que el viento a la frágil hoja de flor sobre el suelo. Seguía inmóvil. Lo deseaba; no sabía por qué, solo lo anhelaba cada vez más, a cada instante.

Él me sonrió. Se dio cuenta... tal vez leyó mi mente. Desde ese momento, ya era suya.

¡Qué excitante! Mi corazón comenzó a latir con tanta fuerza, que se estrellaba en mi pecho, buscaba salir hacia él.

—¿Qué me vas a hacer? —Creo que dije al cerrar de nuevo los ojos.

—Ya te lo dije —respondió. La vibración del sonido, y su enervante aliento, refrescaron mi rostro—, te voy a hacer mía.

Mi respiración era automática. Se había convertido en el desbocado galope de un caballo salvaje, que avanzaba sobre una pradera infinita. Cada jadeo, cada bocanada, se desbocaba por mis venas. Mi cuerpo empezó a sucumbir a los más intensos deseos que alguna vez, en alguna noche oscura y lejana de mi vida, imaginé tener, y que este hipnótico, intenso, atrayente, y elegante ser, habría logrado manipular como si fueran suyos; cómo si fuera el autor de ellos.

De repente, no se oyó nada, no existió nada, no sentía nada. Como si hubiera entrado de forma súbita en una dimensión desconocida. Un limbo estéril, sin vida. Me percibí perdida dentro de mí misma, sola.

¡Qué sensación tan horrible! No la quería, ¡no! En tan solo unos instantes, la idea de soledad se transformó en una imagen insoportable.

Abrí los ojos, para buscar una explicación, y lo que vi fue un dormitorio con un vacío repugnante, como si él nunca hubiera estado ahí.

La cortina estaba inmóvil en la ventana. «¿Qué pasó?» «¿Dónde está?» Increpaba en silencio, como si el aire me escuchara y fuera a contestarme. Me abracé a mí misma por los hombros, presa de terror, por creerme abandonada.

Incliné un poco la cabeza. Un frío inexplicable empezó. No, no era por el clima, era por sentirme tan despreciada en un lugar que yo conocía.

«¡¿A dónde fue?!» grité en silencio.

—Aquí estoy.

Su voz me sacudió otra vez. Mis brazos se abrieron un poco.

Con solo oírlo, se hizo de nuevo presente ese hermoso calor de alivio, él estaba junto a mí otra vez.

Mi amante de la noche, poderoso hechicero de sombras, jugueteaba a la perfección con mis más sublimes emociones. Era ya el propietario de mi mente, y administrador de mis pensamientos. Qué hermosa... ¡qué hermosa sensación de estar en sus dominios! Estaba protegida ahora por alguien que podía llevarme al éxtasis en cualquier momento. Alguien que podía hacerme creer que el tiempo había dejado de existir con tan solo hablarme, con decir mi nombre.

—Gabriela —me dijo y volteé la cabeza para apreciar su rostro. Mi boca se entreabrió sin decir nada, pero quería decirlo todo. Lo vi tan tranquilo, con sus facciones tan perfectas y acomodadas en su faz. Su nariz era perfilada, y debajo de ella, se encontraban unos labios finos delineados de forma perfecta, capaces de saborearme con la pasión desbordada de un león sobre la carne fresca. Anhelé que lo hiciera... que fuera yo la mujer que lo saciara más allá de lo posible, y que él se marchara tranquilo, fresco, después de haber degustado cada centímetro de mí. Sus ojos marrones me atravesaban por dentro, como una lanza que surca el aire, para encajarse dentro de mi alma. Quizá él ya se habría adueñado de ella—, serás mía. Esta noche, tendré tu cuerpo.

El espacio, el tiempo, y la distancia no eran límites que pudieran detenerlo. No importaba a dónde fuera; él se aparecería en cualquier parte siempre, como si fuera omnipresente, casi con tan solo pensarlo. Sería suya por la eternidad, sin importar nada más.

Supe que estaba detrás de mí. Sus manos tomaron mis caderas, recargué mi espalda en su pecho, arqueándola para estirarme y cubrir más de él. Sus dedos se aferraron más. Mis mejillas se entibieron. Podía sentir mi propia sangre que corría veloz por todo mi cuerpo.

—¡Qué esta noche, se convierta en un eterno presente!! —
conjuré.

De repente, un viento entró por la ventana, como un intruso. Mi mente se nubló, todo me dio vueltas. Sabía dónde estaba, pero no podía razonar. La lógica que conocía, la misma con la que cualquier ser humano normal utiliza para descifrar la realidad, para poder vivir en ella, se disipó por completo. Por un instante, lo único que pude percibir fueron luces depositándose en mi pecho, traspasándolo, para buscar dentro de él, el lugar perfecto para anidarse.

Entonces, mi amante de la noche, dueño de la obscuridad, me sujetó por un costado con su brazo izquierdo. No opuse resistencia. Mi voluntad estaba rendida. Lo disfrutaba. Entender que siempre estaría protegida de ahora en adelante, me hacía renunciar a mí de forma automática, al saber que mi cuerpo sería complacido. Su mano derecha empezó a recorrerme el otro lado. Sus dedos ascendían decididos, disfrutaba cada parte de mi piel en su camino, mientras mi sangre los acompañaba por debajo de ella. Era un viaje sin retorno, sin frenos ni señales que lo interrumpieran.

Mi cabeza se recargó en su hombro y, en el desmayo con ella, todo mi lado izquierdo se rindió sobre su regazo, sincronizándose con ese mismo lado de su cuerpo. Su brazo derecho entró en escena para ayudar a sujetarme. Porque yo ya no... ya no sabía de mí. Ya no era dueña de mí misma. Era solo un corazón palpitante, y un cuerpo suplicante de deseo. Me había hechizado.

Absorbí tan fuerte como pude el aire a mi alrededor, y pronuncié los últimos sonidos que recuerdo haber hecho de forma voluntaria esa noche:

—Llévame a la eternidad...

Su boca descendió, para permitir que sintiera su aliento. Mi cuello estaba expuesto.

—Mi hermosa doncella —dijo de forma tierna—, eres única. Jamás te arrepentirás de esto...

Mi sangre cosquilleaba al sentir que sus labios se levantaban, acercándose cada vez más, casi hasta rozar encima de mi yugular.

—Tu sangre está tibia —dijo—, es porque pide a gritos que sea bebida por mí.

Sentí sus dientes....

Sentí como si una gota...

Cumplió su promesa. Convirtió el dolor en placer, y mi cuerpo reaccionó sin mi permiso, sin inhibiciones, ni culpas, ni remordimientos, al sellar un pacto en el que, desde entonces, él viene para hacerme suya a base de los más increíbles regocijos que pueda sentir.

Miro el reloj. Ya casi es media noche...

El deseo comienza a nacer dentro de mí, avisándome que viene...

Que ya está aquí.

Escucho su voz:

—Gabriela, esta noche, tendré tu cuerpo...

Y así siempre... cada noche... por toda la eternidad.

La Llamada

Cecilia Ekaterina Cornejo García

MÉXICO

¿Por qué tardamos tanto en comunicarnos?, pareciera que estaba negado a saber de ti, el destino jugó de nuevo una trastada más. Ahora puedo decir que me hacía falta tener noticias tuyas, del hombre que en soledad necesitó un poco de recuerdos para volver a sonreír, mientras vivía en la zozobra de saber si perdonaste confusiones e ilusiones no cumplidas.

Hablar del pasado, creo, es abrir viejas heridas aún frescas, dolores no sanados y que, a la vez, para mí, son cicatrices que me recuerdan tu existencia como el halo de tu mirada, Escuchar los mensajes de voz guardados con tu «Buenos días» o con un «gracias» por haber preparado tu comida preferida... Y qué decir de los paseos iniciales, discretos, para después mostrarnos al sol con el corazón entrelazado, ¡sueños, sueños a medias!, cumplidos y disfrutados para sentirnos vivos más de una ocasión. Nos atrevimos a vivir para no morir en la soledad programada para nosotros, a veces pienso que fuimos egoístas uno para el otro o quizá cobardes por no cumplir un destino elegido y soñado por los dos.

¿Qué nos falló?, ¿qué impidió estar juntos?, si fui yo te pido perdón al mismo tiempo te agradezco darme luz, luz que iluminó mis veredas por mucho tiempo, ahora me pregunto por qué decidimos ser una pareja que diera cuentas a los demás y no a nosotros. Bastó un simple encuentro para saber que te quiero en mi vida para siempre, un «para siempre» que sigue en mí, aunque ya no te pueda tocar, ni ver, ni sentir, tu recuerdo es suficiente para volver a sentir el roce de tus manos sobre las mías. Cada vez que te pienso, vuelvo a sentir tu cálida mirada al decir tantas cosas y tantas incertidumbres, sabes fue bueno tenerte en mi vida. Sentí

que te perdía cuando decidiste no estar, aunque seguías presente en mis acciones y pensamientos. Más de una vez jugamos a escondernos, pero en cada instante la vida nos devolvía un encuentro. En la segunda separación, cuando ya no supe de ti, la inquietud por saber cómo estarías me llevó a buscar noticias. Volví a preguntarme si fue un error haber renunciado a lo nuestro. Seguías presente en cada respiro... ¿me faltó decisión?

Tuve noticias a medias y miedos de mí y de ti, creo que fueron más determinantes que nosotros. Poder escuchar tu voz se convirtió en un aliciente para mí, no había manera de llamarte, el tiempo avanzaba y con ello la posibilidad de no saber de ti. Siempre imaginé decir una sarta de reclamos y preguntas, también las mil disculpas pendientes, ¡sería inútil!, solo quería saber cómo estabas o si te acordabas de mí. La sorpresa de tu llamada fue maravillosa, te imaginé frente a mí incrustado en la luz de tus ojos color atardecer, al escucharte regresaron las sonrisas y buenos momentos, también la primera vez que te vi ¡tan gallardo y cortés!, quise volver abrazarte, el nudo en la garganta fue suficiente para saber que nunca me olvidaste, ¡sabes, yo tampoco!, escucharte fue lo mejor que me pudo haber pasado. No fue una despedida, fue un reencuentro con los mejores instantes de mi vida, los enojos cual niebla se disiparon y vi al hombre sencillo que me hizo sentir plena. La llamada no fue tu adiós, aunque sé que ya no estarás, fue un volver a mí, a ti, a nosotros.

¡Hoy vuelvo a ti!

Quizá el egoísta fui yo, el serio jefe, al verse frente a una chica dulce, también fue el mejor momento de mi vida, tu presencia fue suficiente para decidir dejar la soledad compartida con los demás, llegaste con la luz de tus ojos claros para recordarme la posibilidad de saberme amado, con el reencuentro de ilusiones antes canceladas. ¿Miedo o responsabilidad para otros?, imaginar otra versión de mí mismo, reescribir la historia y querer salir de un pánico confuso, tu sola presencia logro eso y

más, mucho más. La vida a tu lado se llenó de sentido, por ti volví a sonreír, fuiste un bálsamo de efecto prolongado.

Por mucho tiempo el enojo nubló mi pensamiento hacía ti, más de alguien, supo que no te quería en mi vida, solo nombrarte bastó para renegar de tu existencia. En realidad, era enojo por no verte, no saber de ti ni sentirte de nuevo, quizá fue enojo con la vida por no defender la nuestra, por dejar nuestro destino en manos de otros. Si de algo debes estar segura es que siempre estuviste conmigo, aún en los tiempos de soledad y distancia, ¡cuántas veces añoré escuchar tu voz y abrazarte!, el orgullo o no sé qué impidió el enésimo reencuentro. Al cerrar los ojos volvía a estar junto a ti, nunca te fuiste.

Al sentir que mi tiempo se agotaba, pensé en llamarte para recuperar un poco de sentido y marcharme con esa leve ilusión. No podía irme sin que supieras que mi vida sin ti no era posible; necesitaba despedirme de lo más hermoso de mi existencia, aquello que me hizo sonreír más de una vez y para siempre. Ver de frente a la muerte me dio fuerza para buscarte, y entonces te llamé. Con un nudo en la garganta quise decirte cuánto me importaste, cuánta falta me hiciste para soportar ese desierto emocional al no estar a tu lado. Al final decidí volver a la chica de los ojos expresivos, la que dio luz a un hombre solitario y que, desde el primer momento, fue mi razón de ser. El destino, nosotros, o quizá algo más fuerte, pudo más: la indecisión postergó nuestra vida, la aventura de algo más que amor quedó suspendida

Dejo los malos ratos donde se interpusieron mis deseos, entre ellos los que pasamos juntos, para hacer la vida a los demás, me voy con el eco de tu voz, saber que estarías conmigo, con tu mirada dulce y firme que me hacía sentir pleno, hoy me voy contigo, con tu voz, con tu existencia, con quien me hizo feliz. Te pido que siempre este en tu existencia y cuando vuelvas a pensar en mí lo hagas como el hombre que supo vivir por haber estado junto a ti, me voy con tu luz. Creo que con ello basta.

Luz en la Penumbra

Antonio Laossa

ESPAÑA

Observo los alrededores y solo encuentro oscuridad. No experimento frío, aunque me estremezco cuando soy consciente de que el vacío pretende engullirme. Sé que me voy a extinguir como la efímera llama de una cerilla.

No tengo pruebas de ello, pero tampoco dudas.

Por más que trate de serenarme, la congoja me paraliza. Únicamente tengo fuerzas para buscar a Teresa, mi novia, aunque no noto su presencia. Tampoco percibo su olor, ese aroma a lavanda salvaje que ha ambientado cada uno de mis días desde que estoy a su lado.

Hasta ahora.

«¿Qué lugar es este?», esa cuestión no deja de atormentarme a cada paso que doy.

—¡Teresa! —gritó con angustia—. ¿Dónde estás?

El sobrecogedor silencio es el único que se digna a responderme en un acto de lo más cruel. Pronto, el desánimo comienza a conquistar mi espíritu. Hay algo en mí que me apremia a dejarme llevar, a que abandone una larga lucha en la que, en estos precisos instantes, solo tengo lejanas reminiscencias.

Mis cavilaciones se ven interrumpidas cuando descubro a alguien más en la distancia. Me aproximo con cautela y contemplo a un sujeto trajeado que soy incapaz de definir con claridad.

Su rostro cambia a cada instante, transformándose en distintas personas de manera intermitente. «¿Qué clase de criatura es esta?». Me mantengo inmóvil mientras teclea una vetusta máquina de escribir. Mi sorpresa va en aumento al comprobar que está sentado en un viejo escritorio rodeado por docenas de archivadores. Es como si trabajara en una oficina, pero sin paredes.

—Hola... —saludo con recelo—. ¿Sería tan amable de decirme qué lugar es este?

—Estamos en El Paso —contesta sin dejar sus quehaceres—. Obvio.

Tardo un poco en reaccionar.

—¿Podría ser un poco más concreto? —solicito algo contrariado.

El extraño para de mecanografiar y me observa con una sonrisa que me causa escalofríos.

—Eres Marco, ¿no es así? —pregunta al mismo tiempo que libera el documento del rodillo de la máquina—. Estás de suerte, acabo de terminar tu informe.

No puedo disimular mi desconcierto.

—¿Me conoce? —Quiero saber enseguida—. ¿De qué está hablando?

El «hombre» resopla de forma exagerada.

—¡Siempre igual! —exclama—. No me toca ni uno listo. —Me mira de la cabeza a los pies—. Sin ofender, ¿eh?

—Sentirme insultado es el menor de mis problemas ahora mismo, créame —confieso—. ¿Quién es usted?

—Me puedes llamar... —Medita unos segundos— Juan, ¡Eso es!

—Se lo acaba de inventar, ¿verdad? —cuestiono.

El susodicho pone los ojos en blanco.

—Eso carece de importancia —Sacude la mano—. Verás, no me andaré con rodeos... Has muerto.

—¡Qué! —grito abrumado—. ¡Debe ser una broma!

Juan pega un bote del susto, ya que no esperaba esa reacción por mi parte.

—¡Perdona! Quizás, me haya precipitado un poco —Se pone el dedo en la barbilla—. Todavía no has muerto, pero te queda muy poco para abandonar mundo físico. Te diré que soy el que se encarga de redactar el expediente sobre tu vida para decidir si vas arriba... —Señala unas escaleras mecánicas que se elevan hasta una altura que mi vista no logra alcanzar—, o abajo... —Se abre una escotilla en el suelo por la que se escuchan cientos de lamentos desesperados—. No te preocupes, resolveremos dicha disyuntiva en un momento.

Intento sosegarme y trato de asimilar lo que está ocurriendo, aunque la ansiedad recorre hasta la última célula de mi organismo.

—No puede ser... —Niego con la cabeza de forma compulsiva—. ¿Qué me ha pasado?

—¡No voy a leerte tu propio expediente! —Clama— ¿Por quién me has tomado? ¿Crees que soy un audiolibro?

Una lágrima me recorre la mejilla. Hacía años que no sentía tanto miedo. Pero no por lo que me pueda suceder a mí, sino por lo que le haya podido pasar a mi novia.

—Al menos, dígame si Teresa se encuentra bien, por favor —imploro.

Juan me mira con extrañeza y vuelve a ojear el escrito con detenimiento.

—¿Ella es tu pareja? —me pregunta con curiosidad.

Le miro directamente a los ojos antes de responder.

—No solo eso —contesto tajante—. Es la mitad de mi alma.

El oficinista hace un gesto como si estuviera vomitando.

—Demasiado azúcar a estas horas —comenta—. Pues me pones en un dilema, muchacho.

Desconozco a qué se refiere, ya que nada tiene sentido en este lugar.

—No le entiendo —digo al mismo tiempo que me encojo de hombros.

—A lo mejor no estás tan desencaminado con eso de que es tu media naranja. Al menos, sí que cuentas con una parte de ella en el interior. —Suelta una risita—. Verás, no sé si es que me pillas de buen humor o que va a ser la hora del café y tengo prisa, pero no puedo obviar lo que tu chica ha hecho por ti. No deseo que su sacrificio haya sido en vano.

—Sigo sin comprender...

Juan suelta un bufido bien fuerte.

—La verdad es que no eres muy avisado —Se rasca la cabeza—. Te voy a dar la oportunidad de elegir. Puedes subir y descansar en paz para siempre —Apunta hacia las escaleras de antes—. La verdad es que tienes un historial impoluto. Por lo que he podido ver, has ayudado a muchas ancianitas a cruzar la calle y demás tonterías que le encantan al de arriba. O... — Sonríe— puedes seguir avanzando.

Miro al frente y no veo nada. «¿Será una trampa?».

—¿Por qué ahora se abre una tercera vía? —consulto—. ¿Qué es lo que me deparará ese nuevo camino?

—Lo que más anhelas —responde—. Aunque debo advertirte sobre algo. En estos momentos, tienes derecho a ascender, pero, si decides continuar, tu expediente empezará de cero. Y, cuando vuelvas a El Paso, y créeme que regresarás, puede que debas bajar al sótano por tus nuevas acciones. Ya me entiendes...

Es en ese momento cuando logro recordar las palabras de Teresa, siempre sabias.

«La oscuridad es algo pasajero. La luz se abre paso y difumina las sombras del alma».

Su recuerdo me llena de fuerzas renovadas. Debo salir de aquí por ella. Tengo que seguir adelante.

—¿Y bien? —Juan insiste para que decida de una vez.

—Prefiero vivir una sola vida al lado de Teresa que pasar una eternidad sin ella —digo sin pensar.

El administrativo hace un gesto con la mano como si se disparase en la cabeza.

—¡A este paso voy a echar el desayuno! —exclama mientras pasa el documento por una trituradora de papel—. Está bien, la suerte está echada. Solo tienes que seguir caminando hacia aquel portal —Señala.

Le miro con desconfianza. «¿A qué se deberá ese cambio de opinión tan repentino?». «¿Me estará ocultando algo?».

—¿Por qué quiere ayudarme? —cuestiono sin tapujos—. ¿Qué ha cambiado?

El oficinista vuelve a suspirar muy hondo. Creo que estoy acabando con su paciencia.

—No lo hago por ti —revela—. Es por tu amorcito. No se merece un final tan triste después de todo lo que ha hecho —informa muy serio.

A pesar de que no logro discernir muy bien lo que quiere decir, sus explicaciones me tranquilizan. Ignoro el motivo, pero empiezo a fiarme de él.

Dirijo mi vista hacia el frente, pero no visualizo ninguna salida. El oficinista parece adivinar mis pensamientos y chasquea los dedos. En ese instante, surge un cartel con luces de neón justo encima del acceso que estaba buscando. Casi me da un vuelco el corazón al leer lo que pone: «Teresa»

—Gracias, Juan —expongo agradecido.

—Pórtate bien —reclama—. Volveremos a vernos y no quiero sorpresas.

Aprieto los puños con fuerza y me dirijo, sin dudar, hacia la luz titilante que emana de la puerta. Algo me dice que ese es el faro que debe guiarme por el mar de interrogantes por el que he estado navegando.

A medida que voy aproximándome, el foco se hace más intenso y mi alma se va colmando de sensaciones que creía ya olvidadas. Por primera vez en mucho tiempo, sonrío.

«Todo va a salir bien». «Estoy convencido de ello», me repito a mí mismo mientras traspaso el umbral.

Abro los ojos con dificultad, ya que la mayor de las claridades me da la bienvenida. Me encuentro en una extraña sala, aunque, al menos, he logrado salir del oscuro pozo en el que había estado atrapado.

Elevo la mirada y me sorprende al descubrir a un desconocido con bata que me sonrío.

—¿Cómo se encuentra? —me pregunta en tono afable.

—Me siento débil —por lo que solo puedo asentir levemente con la cabeza.

—No se preocupe —el hombre continúa—. Solo quería comunicarle que la intervención ha salido mejor de lo que esperábamos. Ahora le explicaré a su familia todos los detalles —informa mientras ojea una carpeta—. Pero estamos muy contentos. Este es un nuevo comienzo para usted y los suyos.

De forma súbita, surgen en mi cabeza cientos de recuerdos como si hubieran sido activados con un resorte.

La medicación, el miedo, los efectos secundarios, el tratamiento, las lágrimas... «¿Todo el dolor que he padecido desaparecerá el día de mañana?», me pregunto emocionado.

—¿Encontraron un donante a última hora? —susurro—. Es un milagro...

El doctor me toca el hombro.

—Tal vez. —Sonríe de nuevo—. Pero me atrevería a decir que ha sido por algo más.

Le miro con curiosidad, aunque no me da tiempo a decir nada. Mi rostro se ilumina cuando percibo un intenso aroma a lavanda. Giro la cabeza y...

—¿Teresa? —pregunto emocionado.

Tuerzo el gesto al comprobar que ella está postrada en una silla de ruedas. «¿Qué le ha ocurrido?». Noto un pinchazo en el pecho cuando comprendo lo que Juan trataba de decirme. El sacrificio del que hablaba tiene, ahora, todo el sentido del mundo.

—¿Qué ha pasado? —cuestiono con un nudo en la garganta—. No me digas que...

—Tú hubieras hecho igual en mi situación —me interrumpo al mismo tiempo que acerca su boca a la mía.

Nuestros labios se fusionan en un delicado beso mientras el tiempo parece detenerse. Al separarnos, contemplo sus preciosos ojos azules y le acaricio la mejilla con delicadeza.

—Nunca te podré estar lo suficientemente agradecido —confieso—. Hoy has hecho mucho más que salvarme la vida.

Teresa me mira sonriente sin saber muy bien a qué me estoy refiriendo.

—¿Por qué lo dices? —pregunta con visible interés.

Agarro su mano con fuerza antes de responder.

—Porque has sido la luz que me ha guiado en la penumbra.

Donde el Tiempo no Alcanza

Montserrat Estefanía Rodríguez Rangel

MÉXICO

Lo recuerdo con una nitidez que, a veces, me asusta; como si el tiempo, en un acto de benevolencia, hubiera decidido congelar aquel instante para que yo pudiera volver a refugiarme en él cada vez que el mundo exterior se hacía hostil. No fue ayer, pero en mi memoria se siente como si el aroma a café y flores frescas de la casa de mi abuelita todavía flotara en el aire. Ella me lo contó en una de esas tardes en que mis propios días parecían sumergidos en la oscuridad más densa, abrumada por la sombra de alguien que no lograba comprender la arquitectura de mi alma. Sin embargo, ella, con solo sentarse a mi lado, tenía el poder de cambiar el clima de mi corazón. Con ese brillo inconfundible en su mirada, era capaz de iluminar las estancias más sombrías de mi confuso corazón.

—Nos conocemos hace ya una vida entera, mi niña —dijo, y su voz era como una caricia del pasado—. En aquel entonces, el mundo se movía a otro ritmo. Él tenía un porte elegante que llamaba la atención en cualquier lugar donde estuviera. Lo veo ahora mismo: montado sobre un caballo de un brillo radiante, un animal que parecía hecho de azabache y luz. Siempre llevaba su sombrero con una distinción natural; Fue, desde el primer día hasta el último, un caballero de los que ya no nacen.

Se detuvo un momento, como si saboreara el recuerdo, y luego continuó:

—Pero no te equivoques, no fue su estampa lo que me robó el sueño. Me cautivó su bondad infinita, esa amabilidad que no distingue de personas y, sobre todo, ese respeto profundo que envolvía cada una de sus acciones. Era un amor sincero, de esos

que no necesitan de discursos largos ni de promesas vacías. Él no se limitaba a decir que me amaba; su vida entera era una demostración silenciosa y constante de ese sentimiento que no conocía fronteras.

Yo la escuchaba absorta, imaginaba a esa joven que fue ella. Me confesó que, aunque estaba muy enamorada, la timidez la encadenaba. Pero había algo más fuerte que el deseo de escapar con él: el sentido del deber. Sus padres, ya ancianos y cansados, dependían de sus manos y de su cuidado. En aquel momento, su lealtad familiar era el ancla que la mantenía en la casa paterna, aunque su corazón ya hubiera zarpado hacia otros horizontes.

—Una noche, la luna estaba tan brillante que parecía querer ser cómplice de nuestra locura —continuó mi abuela con una sonrisa nostálgica—. Planeamos nuestra huida. Él me esperaba en el linde del camino, sobre su caballo, listo para rescatarme y ser mi compañía por el resto de la existencia. Pero el destino tiene sus propios hilos. Esperé bajo el frío de la madrugada, vi cómo las estrellas se apagaban una a una y cómo el alba comenzaba a teñir el cielo de una rosa pálida. Comprendió, con un dolor que no puedo ni describir, que yo no llegaría. Mis responsabilidades pesaron más que mis ansias de libertad esa noche.

Cualquier otro hombre se habría marchado, herido en su orgullo. Pero él no era ningún hombre. Con una resiliencia que solo nace del amor verdadero, decidió que no se rendiría. Para él, no existían otros ojos, otras manos ni otra vida que no fuera junto a su amada. El mundo podía girar, pero su eje era ella.

—¡Cuéntame más, abuelita! —le decía yo, casi sin aliento.

Cada palabra suya era un bálsamo. Ver el brillo en sus ojos al recordar, ver cómo su sonrisa se escapaba de manera involuntaria al evocar el pasado, me hacía creer con una fe renovada que un amor así, tan puro y resistente, también me

pertenecía por derecho, que yo también merecía ser amada con esa intensidad.

El cortejo, lejos de enfriarse, se volvió una danza de paciencia y devoción. El amor creció en los silencios, en las cartas guardadas y en las miradas cruzadas en la plaza del pueblo.

Aquella joven cuidó de sus padres con una entrega absoluta, honró su vida hasta que, al final, llegó el momento de entregarlos a los brazos de Dios. Y él, sin prisas, sin reproches, comprendió con una sabiduría ancestral que el amor verdadero no entiende de cronómetros sino de propósitos, la esperó. La esperaba como la tierra espera la lluvia tras una sequía eterna. El día tan anhelado llegó bajo la bendición de un sol radiante. Fue un matrimonio que el pueblo entero recordó por años, no por el lujo, sino por la paz que emanaban. Sus vidas cambiaron para siempre. Siempre juntos, siempre unidos como una sola raíz, construyeron un hogar con sus propias manos y su propio esfuerzo. En ese nido de amor, llegó una preciosa niña que se convirtió en el sol de sus días. Aquel amor inicial no solo se mantuvo, sino que se multiplicó de forma exponencial. Fue una casa donde el cariño nunca fue un artículo de lujo, sino el aire que se respiraba en cada rincón.

Pero los años, esos ladrones silenciosos, no perdonan. El tiempo dejó sus huellas; Aparecieron las arrugas, que no eran otra cosa que el mapa de sus risas compartidas. El cabello se tornó blanco como la nieve de las montañas y los cuerpos, antes vigorosos, se volvieron débiles por el arduo trabajo en los campos. Sin embargo, el alma permanecía intacta. Una noche, aquel hombre que nunca dejó de ser el caballero elegante de mi abuela, cerró los ojos por última vez. Se fue en paz, y se llevó como última imagen de este mundo el rostro de la mujer que amó durante décadas.

Mi abuela se quedó aquí, era un pilar de fortaleza, sostenida por la esperanza inquebrantable de que la muerte no era un adiós,

sino un «hasta luego». Pasaron los años y ella también enfermó. Con una resiliencia que nos daba lecciones a todos, decía con una serenidad envidiable que ya estaba cansada de este mundo físico. Aquel último día en el hospital, con una claridad que nos erizó la piel, nos dijo que él ya estaba allí, en la esquina de la habitación, esperándola con su caballo y su sombrero de caballero para completar la huida que habían planeado hacía tanto tiempo.

Se marchó tranquila, con el corazón rebosante de un amor que nunca se enfrió. Hoy descansan juntos bajo la misma tierra, pero con una vida eterna que escapa a nuestra comprensión. Su historia es la prueba de que el amor trasciende la barrera de la muerte, que viaja de generación en generación a través de la sangre y los relatos. Y hoy, yo cuento la historia con la misma alegría y el mismo brillo que ella ponía, porque contar su historia es mantener viva la esperanza en mi propio corazón y asegurar que ese amor, el más puro de todos, nunca dejará de existir.

Ellos

Yolanda Carrillo Vázquez

MÉXICO

Ella, La Primorosa, nacida en la sierra del Norte, en el campo pródigo de huertas olorosas y siembras interminables, jugaba a esconderse en las frondas de esos manzanos, sembrados mucho tiempo atrás. Pequeña, de cuatro añitos, la moza más linda de la familia. Eso decían las vecinas, las de los ranchos cercanos. Su madre guardaba silencio y, en cambio, la enviaba a poner semillitas en surcos, a ordeñar vacas, a llenar baldes de agua del río, de ese que atravesaba el rancho.

De la cosecha lograda en la siembra, le daban lo que cabía en un recipiente. Entonces caminaba hasta el pueblo y la cambiaba por tela para un vestido de percal, de florecitas si era posible. Descalza atravesaba páramos, colinas, y en invierno el pelo empapado al viento cortaba su cara cuando iba a la escuela. Cabellera negra, de ondas dóciles. Rostro de piñón y ojos asombrados.

Hija de en medio, en una familia de doce hijos, subía al techo de la casa enorme con el niño de pecho en brazos, seguida de los hermanos más pequeños cuando sus padres salían de fiesta a rancherías vecinas. Ahí se sentía segura. Eran tiempos de revueltas, de acordadas salvajes que recorrían los pueblos y las rancherías para cometer destrozos.

Así crecía ella, en medio de tareas, deberes impostergables que alinearon esa vida que apenas florecía.

Su sonrisa esquiva y su andar ondulante mudaba las miradas de los hombres. Pero ella temía, sin comprender esas intenciones que la turbaban, y bajaba su mirada.

Es demasiado joven, demasiado hermosa. Alta, de músculos finos, el aturdimiento asoma a esos ojos negros, altivos, austeros casi.

Para vestirse, para calzarse, debe trabajar. El rancho heredado que recibió su padre no perdura tanto como para ofrecer manutención y menos educación a los hijos. Así, se emplea en casas, limpia y cuida más niños.

La diversión consistía en caminar de la casa al trabajo y de este a casa.

¿El amor? Era inconcebible, a menos que surgiera ese hallazgo que le permitiera salir de casa, de ese pueblo pequeño, sin horizontes.

Y demasiado pronto llegó el momento de cambiar de estado.

Así, un día salió del hogar, despedida con esperanzas de una vida distinta. En un sobre se guarda una fotografía de ese instante: unos árboles oscuros la enmarcan, y ella, en deslumbrante blancura de raso, como una aparecida, sostiene unos nardos. La falda untuosa resbala imperturbable. Su rostro severo, sus cabellos en ondas perfectas.

Él

Un joven nacido en un pueblecito del sur, fue el primer hijo de la familia. La avidez por el conocimiento no le daba tranquilidad a su alma, por lo que su padre le encomendó una pequeña tienda con el propósito de fomentar un interés en esa vida nueva. Él complacía a sus amigos, fiaba, regalaba, postergaba pagos. En suma, la dilapidó en breve tiempo. Su padre vio en ello una gran fragilidad y renunció a darle otra oportunidad. Tenía quince años cuando lo corrieron de casa.

Se fue a los caminos con una maleta mediana, larguirucho, de piel tostada y unos ojos verdes que indagaban todo.

No podía saber en ese momento que tardaría 40 años en volver a ese pequeño pueblo asentado en las faldas del volcán nevado, de casas pegadas unas a otras... de colores carcomidos. Olvidaría el hielo derretido por las mañanas, el paso presuroso por los rincones sin luz... y el canto de los gallos ya no sería el mismo.

Oficios aprendidos con urgencia y un ánimo que se prestaba a todo, no le permitieron vagar de mala manera.

Se dirigía a haciendas y ayudaba a hacer el inventario de sacos de maíz, de harina, de frijol. Ganaba la confianza de los dueños y se convertía en pagador de jornaleros. Eso estaba bien para comer y para dormir en un rincón, pero deseaba que otros aires le golpearan la cara. Al final de la tarde se mecía en una hamaca sin mirar nada... como no fueran esas ansias de caminar sin fin... para encontrar, ¿qué?

Corría principios del siglo XX. Las inquietudes se habían posesionado del país, y se escuchaban con temor los avances de tropas, de rebeldes armados, de saqueos implacables. Los hacendados cerraron casas y empezaron la desbandada.

Su momento había llegado. Se alistó en el ejército. Todos los jóvenes eran aceptados, se requerían manos que tomaran fusiles y murieran en legítima defensa. Él, con su abrigo cruzado y altas botas federicas ladeaba su quepí entornaba el verdor de su mirada. Estaba en su lugar, se mostraba al mundo.

Batallas, tomas de plazas, el riesgo permanente. Montado, revisaba caminos y rondaba a las mujeres de los pueblos. La vida llegó de golpe.

Lo cierto es que el aire de los campos y la maleta a punto eran sus afanes. Irse, despedirse sin mirar atrás. Novias y vecinos le dijeron adiós incontables veces.

Ha recorrido sitios, ha viajado de un lugar a otro, frontera tras frontera, buscaba... encontraba.

Ellos

Una ciudad fronteriza los juntó. Ella, día con día cruzaba esa línea divisoria, y él saludaba ese rostro serio y se embriagaba con la fragancia de su falda ancha.

Las miradas esquivas de ella, las profundas de él. Las palabras musitadas a su paso.

Veinte años de diferencia los unieron. Un hombre resuelto y una casi niña.

En un sobre olvidado en un rincón cualquiera se guarda una fotografía de ese instante. Unos árboles oscuros la enmarcan y ella en deslumbrante blancura de raso, como una aparecida, sostiene unos nardos. La falda untuosa resbala imperturbable. Su rostro severo, sus cabellos en ondas perfectas.

En un sobre amarillo olvidado en un rincón cualquiera la imagen de los amorosos duerme.

De la Mano en el Mar

Ana Martínez Castro

URUGUAY

Eran años difíciles para el mundo: los cambios eran abruptos, y los países que no se veían afectados de manera directa sufrían daños colaterales. Los alimentos escaseaban y la economía dejaba ver con claridad la enorme diferencia entre la clase alta y la sociedad empobrecida.

Vilma comenzaba a transitar el camino de la adolescencia. Eran sus primeros pasos, con altibajos y tropezones, pero también con la inmadurez que le permitía nublar la realidad que la golpeaba.

Su familia, humilde y trabajadora, pertenecía a una sociedad empobrecida que muchas veces era pisoteada por quienes se creían superiores. Su madre, con nulos estudios, y su padre, cargado de trabajo y de abusos, conformaban ese entorno.

Ella soñaba con el amor y los cuentos de hadas. Fue en ese entonces cuando conoció, o, mejor dicho, vio por primera vez a Juan: un hombre joven, varios años mayor que ella, alto, de piel clara, cabello castaño y ojos oscuros. Pasó sin percibir su presencia, pero ella quedó fascinada; sus ojos lo siguieron hasta que ya no pudieron alcanzarlo. Su corazón se aceleró y toda ella se perdió en inmediatas fantasías que la llevaron a imaginar un futuro de romance.

Juan había llegado al pueblo con la intención de pasar desapercibido; su estadía era más un refugio que un paseo.

Vilma, sin embargo, descubrió en su presencia una chispa que la impulsó a buscarlo. Con la astucia que siempre la

acompañaba, ideó encuentros que parecieran casuales: un cruce en la plaza, una conversación breve en la tienda, una mirada sostenida en la feria. Poco a poco, aquellas coincidencias se transformaron en momentos compartidos.

La amistad nació tímida, pero pronto se volvió confidencia. Juan hablaba con una dulzura que la envolvía, y Vilma, fascinada, se dejaba llevar por cada palabra. Él le prometía un mundo distinto: las estrellas en sus manos, la luna a sus pies. Ella, en silencio, se entregaba a la ilusión, para descubrir que el amor no llegaba de golpe, sino que se tejía en cada encuentro, en cada sonrisa, en cada secreto compartido.

Vilma soñaba despierta, y en esos sueños Juan era el centro: el hombre que había aparecido como un extraño y que, sin proponérselo, se convirtió en el dueño de sus pensamientos. El romance florecía en la discreción, oculto a los ojos del pueblo, pero tan vivo y ardiente que bastaba una mirada para que ambos supieran que ya no había marcha atrás.

Pero un día todo cambió, fue llamado para formar filas en la guerra y defender a su patria. Al marcharse le juró que volvería para llevarla a conocer el mar y caminar de la mano juntos. Ella quedó destrozada, con el alma vacía y el vientre que latía.

Poco pasó antes de que se notara el fruto de aquel amor clandestino. La madre lloraba mientras se dejó caer al suelo, gritaba con una escena digna de un berrinche infantil. Su padre la miró con gran dolor en los ojos, se acercó, le besó la frente, tomó su bolso y se marchó: también él recibió la orden de defender su patria en la guerra.

El tiempo pasó. Las cartas de su padre eran lejanas, llenas de nostalgia; les describía lo que allí se vivía, hablaba de una falsa victoria y de un pronto regreso a casa. Jamás recibió una de Juan: desde que se marchó no tenía noticias de si vivía o no.

Su corazón le daba la seguridad de que volvería por ella, pero la ausencia de noticias la asustaba.

Ya habían pasado un par de años cuando, en una de las cartas —sin imaginar que sería la última— su padre le contaba a Vilma que había conocido a Juan. Estaban en el mismo batallón. De forma accidental se enteró de quién era y no ocultó que sintió mucha rabia, pero al ir conociéndolo esa rabia se mezcló con lástima. Allí supo que era casado, con dos hijos, y que escribía con regularidad a su esposa, de la cual decía estar muy enamorado y con quien planeaba su regreso. Tenía estudios en derecho que no culminó y buena posición económica, pero era un hombre muy empobrecido por dentro.

A pesar del gran dolor que sintió por aquellas líneas de su padre, por el engaño y las mentiras, Vilma experimentó una gran alegría al saberlo vivo. Luego no hubo más noticias. Al terminar la guerra se declaró desaparecido a su padre.

La vida siguió. Los años hicieron su trabajo. Vilma trabajó muy duro para salir adelante. El mundo debió reconstruirse después de la guerra. De Juan nunca más supo, pero en secreto conservaba la ilusión de que la llevara a conocer el mar.

La vida, el trabajo duro y muchas veces el hambre la envejecieron, perdió entre las arrugas del rostro y la tristeza de sus ojos a aquella adolescente, dejándola irreconocible incluso para el espejo.

Trabajó en muchos lugares, sufrió humillaciones y malos tratos, pero jamás faltó un plato de comida para su hijo, aunque a veces no alcanzara para ella. También trabajó en buenos sitios, donde era respetada y tratada con cariño.

Su madre se dejó ir a causa de la tristeza, cuando ya no supo más de su esposo.

El mundo, luego de recuperarse de la guerra, se reinventó en varios aspectos. Uruguay no fue la excepción: aparecieron

nuevas oportunidades de trabajo, algunas nacidas de la necesidad ante el abandono de los hijos hacia sus padres o el desamparo de las personas mayores. Así surgieron los residenciales, también llamados hogares de ancianos: muchos del Estado, otros particulares y la gran mayoría clandestinos.

En uno de esos hogares consiguió trabajo. No era fácil: higienizar a los abuelos, ayudarlos a caminar, llevarlos en sus sillas de ruedas, además de la limpieza y la cocina. Algunos eran agresivos a causa de la demencia senil, cada uno con una patología compleja, y todos con el común denominador del abandono de sus familias.

Allí ingresó un hombre mayor en visible estado de abandono: sucio, sin poder caminar, perdido en su mundo. No sabía quién era. Lo habían dejado sus hijos en la puerta, cual si fuese un trasto viejo que ya no servía. Era bastante agresivo y casi no hablaba, pero también era bastante mano larga con las mujeres residentes y empleadas, ya que era un hogar mixto. A los pocos días de haber llegado ya eran conocidas sus mañas. Su habitación era la única individual y sus gritos se escuchaban en todos los pasillos. En las noches lo medicaban para que dejara descansar a los demás.

Vilma era la última en haber ingresado a trabajar y, como en todos lados, debía pagar derecho de piso: le asignaron a ese interno. Al verla, él la rechazó con un empujón que casi la tiró al suelo. Ella insistió en acercarse con buenos modos y cariño: perder ese trabajo, a su edad, no era opción. De a poco ambos se fueron acostumbraron y, luego de unas semanas, ya había paz entre ellos.

Se preocupó por higienizarlo, bañarlo y afeitarlo. El acercamiento la hizo ver sus ojos y reconocer en ellos a quien jamás hubiese imaginado encontrar allí, a quien siempre esperó. Sí, era Juan, su Juan.

Una mañana, al ver que no estaba en el comedor, fueron a su habitación: la cama estaba tendida, su silla de ruedas vacía y las cortinas abiertas.

Había desaparecido, nunca supieron nada de él.

Epílogo

Mi abuelo jamás pudo enterarse, a causa de su demencia, de que había cumplido su promesa. Y mi abuela fue feliz: conoció el mar y caminó de la mano de su gran y único amor, a quien siempre esperó.

Esta es la historia de ellos. Hoy yo se la cuento a mis hijos, aunque jamás he tenido la dicha de un amor así. En las noches, cuando miro al cielo y veo dos estrellas juntitas, sé que son ellos, tomados de la mano, al caminar por el mar.

Quince Lunas

Adrián Ramírez Alarcón

MÉXICO

La conclusión de esta historia bien podría haberse detenido donde otras terminan: en el beso apasionado de los protagonistas, bajo la promesa de un altar iluminado por el sol. Habría sido una más de esas novelas luminosas, predecibles y consoladoras que se tejen a diario: un relato donde el amor verdadero derriba toda barrera, permite entrelazar las manos sin sombras, susurrar «te amo» sin temores y culminar en una boda que borra las cicatrices del pasado, al transfigurar el destino de sus protagonistas en un eterno amanecer.

Pero esta no es esa historia. Esta comienza donde otras terminan, porque hay personas que, cuando nada va mal — cuando la felicidad se asoma sin fisuras—, eligen renunciar a ella. Prefieren el abismo familiar del dolor antes que el vértigo de lo posible, para sabotear el paraíso con sus propias manos. Y así, en el eco de ese beso perfecto, se desata el verdadero nudo: no el de un lazo eterno, sino el de un desgarró que nos obliga a cuestionar si el amor, en su forma más pura, no es a veces el mayor enemigo de sí mismo.

No obstante, no todas las historias de amor alcanzan un cierre bello. Algunas ni siquiera lo alcanzan: se deshacen en silencio, dejan un vacío que el tiempo no rellena y se convierten en un lamento perpetuo.

Aquí comienza todo.

Era una mañana radiante de primavera, de esas que perfuman el aire con promesas efímeras. Por el sendero serpenteante hacia la cabaña al fondo del parque, Daniela y Cristian caminaban entrelazados, como dos amantes que aún creen en la eternidad del instante. El sol filtraba su luz entre las hojas, para teñir de oro los verdes infinitos; el cielo, de un azul profundo e inverosímil, parecía sostener el mundo entero.

—Bésame con dulzura —le pidió ella, con voz temblorosa—, para que no te olvide nunca.

—Eres un encanto, Daniela —respondió él, y la besó con la ternura de quien sabe que el tiempo se escapa.

Aquel parque inmenso, con su área boscosa salpicada de juegos infantiles de madera, se llamaba La Zanja. Allí se refugiaban en la cabañita, lejos de miradas ajenas, para soñar con un futuro que la realidad negaba.

—Mañana me casaré —dijo Daniela, con la voz rota por la tristeza—, y no será contigo. Quisiera que el mañana no existiera, que hoy se acabara todo... y morir contigo, aquí, junto con la primavera.

—Huye conmigo —insistió Cristian, como último aliento—. Podemos empezar de cero, lejos de todo.

—No puedo hacerle eso a mi familia. Además, somos muy jóvenes... ¿de qué viviríamos?

—Te esperaré aquí hasta las ocho de la mañana. Ven. Por favor.

—No me esperes —replicó ella, rotunda, aunque sus ojos traicionaban el tormento—. No vendré.

Los ojos de Cristian brillaron con lágrimas contenidas mientras observaba las acacias que enmarcaban su beso: testigos mudos de un amor condenado.

Daniela regresó a casa. Su padre la esperaba en el umbral, el rostro endurecido por la ira.

—¿Dónde estabas? —preguntó con voz de trueno—. Tu futuro esposo ha estado aquí, te espera para verte.

—No quiero casarme con él.

—Te casarás. Le darás hijos. Y juntos construirán una familia como Dios manda.

—¿Y si me opongo?

—Entonces dejarás de ser mi hija. Te desconoceré ante el mundo.

Al alba, un diluvio silencioso inundó los ojos de Cristian. El día amaneció gris, como si el cielo llorara por anticipado. Todo el pueblo se preparaba para la ceremonia; todos menos él, postrado en su cama, enfermo de amor. No soportaría verla en brazos de un hombre viejo y adinerado, cuando él solo era un muchacho cargado de ilusiones y un corazón que ya no latía por nadie más.

Pocos minutos antes de las once, el padre de Cristian irrumpió en la casa de Daniela, desesperado.

—Señorita, ayúdeme a buscar a Cristian. Lo he buscado por todos los rincones y no aparece.

Daniela salió aprisa, descalza, hacia el parque. Creyó encontrarlo en la cabañita, esperándola aún. Pero solo halló silencio cargado de ausencia.

—¿Dónde estás, Cristian? —gritó al viento—. ¡Aparece! ¡Huyamos juntos!

Sus ojos divisaron algo entre los arbustos junto al arroyo. Se acercó, el temor envolviéndole la mirada. Allí lo encontró:

postrado en la hierba, los brazos surcados por cortes profundos de los que aún manaba sangre.

Cristian no había muerto. Respiraba con débilida, con la vida aferrada a un hilo. Daniela lo arrastró hasta la cabaña, le vendó las heridas con tiras de su ropa y lo mantuvo con vida hasta que el médico llegó, alertado por un vecino. Cristian sobrevivió, pero el intento dejó una cicatriz profunda en ambos. No pudo soportar la mirada acusadora de su padre ni las murmuraciones. Huyó del pueblo sin despedirse, desapareció sin rastro.

Comenzó una nueva vida en una ciudad lejana, trabajaba en lo que podía. Nunca regresó a Mazamitla. No quiso saber más de Daniela. Llevaba el peso de una promesa no cumplida. La había amado por encima de todo. Solo necesitaba oírla decir «Te amo» una vez, para saber que no era un sueño.

Pero no la oyó a tiempo.

Daniela se levantó más temprano de lo habitual aquella mañana. La lluvia golpeaba el techo con furia desde las cinco, manteniéndola despierta. Se quedó frente al jardín, taza de café en mano, miraba cómo el cielo se convertía en un océano gris. El horizonte no prometía nada bueno, pero el trabajo no esperaba. A las siete ya estaba al volante, dispuesta a enfrentar el tráfico infernal bajo el mal tiempo.

Vivía en las afueras de Guadalajara, donde por las noches aún se veían estrellas. Esa mañana, la ciudad parecía sumergida. Los truenos retumbaban, y la visibilidad apenas llegaba a una cuadra. En un día normal llegaba al periódico en veinte minutos. Ese día, el avance era imposible.

«Buscaré un atajo», pensó.

Un conductor de camioneta le cedió el paso. Ella lo agradeció con un gesto rápido. Al incorporarse a la avenida principal, un camión urbano levantó una ola de agua sucia que

chocó contra su parabrisas. Perdió visibilidad por completo. Pisó el freno; las ruedas derraparon.

Dio un volantazo para evitar el taxi de adelante. El coche quedó atravesado en la avenida, sin espacio para maniobrar.

Los bocinazos la aturdían. Intentó retroceder, pero solo ganó centímetros. Giró hacia la derecha; un biciestacionamiento le bloqueó el paso. Ahora estaba atrapada entre la camioneta, el biciestacionamiento y su propia imprudencia. Calculó que tardaría al menos una hora en salir.

La paciencia se agotó con el estruendo. Bajó del coche y su pie se hundió en un bache. El agua helada le caló hasta los huesos. Se dirigió a la camioneta. El conductor bajó la ventanilla.

—¿Qué desea? —le gritó él por encima de la lluvia.

—¿No ves que me estorbas? —respondió ella.

—Hay espacio. Trate pasar.

Daniela, furiosa, regresó a su coche; al ver que no podía maniobrar ni esquivarlo, bajó al asfalto empapado. Caminó hacia la camioneta, ignoraba los cláxones. El conductor la observó, con la vista fija al frente.

Se plantó junto a la ventanilla del copiloto, golpeó el cristal.

—¡Baja la ventanilla!

Él no se inmutó. Sin pensarlo, ella agarró el limpiaparabrisas del lado del pasajero y tiró con fuerza. El metal crujió, el brazo se dobló, el caucho se desprendió.

El hombre giró la cabeza, ojos abiertos de incredulidad. Bajó la ventanilla unos centímetros.

—¿Estás loca?

—Loca sería quedarme callada mientras me dejas atrapada. Mueve tu carcacha o el siguiente es el espejo.

Él la observó, luego soltó una risa seca.

—Eres un peligro público.

Daniela dio media vuelta, pisaba fuerte; el tacón se rompió. Regresó a su coche, apoyó la frente en el volante. El tráfico comenzó a moverse. Aceleró, dejó atrás el caos y al desconocido.

Daniela llegó tarde al periódico. Cruzó el pasillo con la cabeza gacha, pero los compañeros se giraron, algunos reían. El pelo chorreaba, la blusa pegada, cojeaba con el zapato roto.

En el baño, intentó secarse con una toalla áspera y el secador de manos, pero solo consiguió esponjar el cabello.

—El espejo no miente —dijo Claudia al entrar—. Estás hecha un desastre.

Salieron juntas. Daniela le contó el altercado: el tráfico, el tipo, el limpiaparabrisas.

Claudia soltó una carcajada.

—Te brillan los ojos. Pareciera que lo disfrutaste.

Daniela no respondió, pero en el fondo sintió una chispa de adrenalina.

La lluvia golpeaba la ventana de la oficina, sacándola de la distracción. Decidió quedarse hasta pasadas las ocho. Todos se habían marchado, salvo Claudia. No tenía ganas de volver a casa. Le dolía la cara de frío, los pies los tenía helados. Le pidió a Daniela que le prestara unos zapatos más cómodos.

—Te los presto si me invitas una cerveza.

Media hora después, en el bar de siempre, ambas platicaban acerca del incidente.

Daniela sintió que la melancolía se instalaba sin aviso. Claudia, que la conocía bien, no dejó pasar el momento.

—¿Qué te pasa? No es solo el frío.

—No es nada grave. Todo el día ha sido un desastre, y en lugar de furiosa, me siento rara. Como si algo se hubiera movido por dentro.

Se conocían desde la facultad en Guadalajara, cuando la dueña de la casa, les dio la misma llave por error. Discutieron, pero terminaron por compartir el cuarto y repartir gastos. Eran distintas: Claudia alta, piernas interminables, melena castaña, ojos verdes, siempre a la moda. Daniela, más sencilla. Pero se complementaban.

—Eres tremenda en pleitos mañaneros —dijo Claudia—. ¿Era guapo?

—No me ayudó en nada. Aunque... me hizo voltear la cabeza.

Claudia rio.

—Siendo así, yo le habría dado mi número.

Las cervezas siguieron. Claudia volvió a la carga.

—¿Te gustó?

—Claro que no. No niego que me gustaría verlo de nuevo... para clavarle el tacón en un ojo. Es un tipo común, fácil de olvidar.

—Espero que la digestión no te caiga pesada. Lo digieres despacio.

—No sé de qué te extrañas. Tú eres anti-romances.

—Te equivocas. Me horroriza que te quedes sola y amargada. Por eso me urge casarte.

—Lo mismo digo de ti.

Claudia observaba, esperaba más. Daniela cambió de tema al nuevo corte de pelo de su amiga, sabía que la distraería.

La noche avanzaba. Al salir, la calle estaba húmeda y fría. Claudia le pasó un brazo por los hombros.

—Sea lo que sea, no te quedes cruzada de brazos. Si quieres verlo, búscalo.

Daniela sonrió a medias.

—Conozco esa cara. Piensas en él.

Lo que en realidad sucedió aquel día del atasco bajo la lluvia, fue que el hombre de la camioneta era Cristian, su gran amor. Quince años habían pasado desde la separación, pero bastó una risa apagada y la firmeza de su mandíbula para que Daniela lo reconociera.

El mundo alrededor se desdibujó: los cláxones, la lluvia, el tráfico. Solo quedaban ellos dos, atrapados en un instante que parecía eterno. Cristian, sin embargo, mantuvo la mirada fija al frente, como si no la viera, como si el pasado no existiera. Esa indiferencia desató en Daniela un torbellino de dolor y dudas.

¿Era en realidad él, el hombre que había amado en Mazamitla, aquel por quien desafió un matrimonio impuesto y a quien buscó de manera incansable? La certeza de su presencia se mezclaba con la angustia de la distancia, y en su pecho renacía, con fuerza inesperada, el amor que nunca había muerto.

Aquel día fatídico, ella lo había salvado, desafió a su padre y renunció a todo para buscarlo, pero él desapareció sin rastro. Durante años, Daniela vivió en soledad, al rechazar otros

amores, mientras Cristian, marcado por el dolor y las cicatrices, creyó que ella lo había olvidado y se alejó del mundo.

Días después del encuentro, él la esperó frente al periódico. Admitió que al principio no la reconoció entre la furia y la lluvia, pero luego todo encajó: su voz, su forma de pelear. Se había enterado de quién era y decidió buscarla para no dejar que el malentendido los separara de nuevo.

Bajo el sol poniente, se tomaron de las manos. No hubo promesas grandiosas ni finales de cuento; solo la verdad cruda de dos personas heridas que nunca dejaron de amarse. Daniela susurró al fin «Te amo», palabras que ambos habían guardado demasiado tiempo. El destino, caprichoso y cruel, les dio una segunda oportunidad real, con sus grietas y su esperanza.

El Eco del Vidrio

Julio César Aguilar

MÉXICO

Era febrero y el aire olía a limón y tierra mojada. En los tejados del barrio caían las gotas con la paciencia de quien espera ser oído. Desde el taller de vidrios, Emilia veía los charcos transformarse en espejos donde cabían pedazos disueltos de cielo. Había aprendido, con los años, a leer en los reflejos lo que otros no querían pronunciar en voz alta.

Entre los sonidos de las sierras y los golpes del martillo, a veces surgía una música invisible: el rumor de las palabras que nunca se dijeron. Emilia las escuchaba como una respiración lejana cada vez que él, Julián, entraba al taller.

Julián era relojero. Tenía manos inquietas, llenas de una suavidad curiosa; manos que parecían desarmar el tiempo sin romperlo. Venía dos veces por semana con un paquete envuelto en papel gris. A veces un espejo con el marco roto; otras, una pequeña pieza de cristal que necesitaba ser pulida. Emilia siempre notaba cómo, antes de entregárselo, él observaba su propio reflejo, como si buscara el modo correcto de pedir algo más que vidrio reparado.

—¿Podrá quedar como nuevo? —preguntaba, aunque ambos sabían que nada en el taller salía idéntico a antes.

—Nunca como nuevo —respondía ella—; sólo más resistente.

Ese diálogo, casi un ritual, se repitió tantas veces que bastaba con la mirada para continuarlo. Afuera, el pueblo parecía dormido en una estación detenida. Los viejos hablaban en el café de la plaza, los trenes dejaban su silbido lejano una

vez por día, y los perros bostezaban al sol. Pero en el taller, el aire vibraba distinto, lleno de fragmentos de luz que Emilia hacía danzar al cortar los vidrios.

A veces Julián miraba de forma detenida esa danza con los ojos fijos, tan fijos que el tiempo, quizá, se rendía ante él.

Julián vivía solo, en una casa donde los relojes no marcaban la misma hora. No era descuido: era una manera de resistirse a la uniformidad. El reloj del comedor iba un minuto adelantado, el del dormitorio tres atrasado. El del taller, el que reparaba viejos cucús y relojes de péndulo, estaba detenido a las doce en punto. Cada uno tenía su historia, y él las recordaba todas.

Había una mujer en su pasado —Clara— que amaba llegar tarde a todas partes. Cuando murió, un accidente breve y cruel, Julián había dejado un reloj detenido a la hora en que dejó de respirar. Desde entonces, trabajaba con el tiempo sin dejar que lo tocara del todo. Por eso, quizá, cuando conoció a Emilia, lo que sintió fue algo parecido al paso silencioso de una aguja que vuelve a moverse.

No se lo confesó a nadie. Pero empezó a llevarle más encargos. Un día le pidió que enmarcara un espejo pequeño; otro, que restaurara un vitral con una grieta leve que él decía «permitía entrar la luz de otra manera». Emilia, en su silenciosa intuición, entendió que esa grieta era también la suya.

Una tarde de viento, Julián llegó con un espejo ovalado. El marco había sido dorado, aunque ahora conservaba apenas un brillo gastado. Cuando Emilia retiró el papel protector, el espejo reflejó su propio rostro junto al de él, tan cerca que el aliento empañó el vidrio.

—Este lo encontré en el desván de mi casa, entre cosas de mi abuela —dijo él—. Me gustaría dejarlo como era antes.

Emilia asintió, pero algo en el reflejo le hizo dudar. Había una sombra en los bordes, una pátina que no se iba con los productos habituales. Se quedó horas para frotar con cuidado, hasta que, en uno de los giros, creyó ver una figura detrás de su propia imagen: una silueta que no era la suya ni la de Julián, como un fragmento retenido de otra vida.

La impresión fue tan fuerte que se detuvo a respirar. No quiso contárselo. Pero desde ese día el espejo empezó a visitarla en sueños. Se veía a sí misma en una habitación antigua, sentada frente al mismo espejo, mientras escribía una carta. Afuera llovía. Y una voz masculina, que no lograba comprender, repetía: «Todavía no termina el tiempo».

Pasaron semanas. Cuando Julián volvió, ella ya sabía que algo entre ellos había nacido sin aviso, como brote en tierra agrietada. No se trataba de pasión inmediata ni de deseo confundido con ternura, sino de esa clase de reconocimiento que ocurre cuando dos vidas comparten un mismo silencio.

—¿Y el espejo? —preguntó él con suavidad.

—Ya casi está. Pero hay algo en él que no quiere desaparecer —contestó ella, sin mirarlo.

—Tal vez no deba.

El espejo, en efecto, conservaba una mínima línea en forma de espiral, como si el vidrio contuviera dentro una huella. Julián se acercó y, sin tocarlo, murmuró algo que Emilia no entendió. Luego sonrió un poco.

—¿Sabes? —dijo—. A veces pienso que algunos objetos guardan los restos del tiempo que nos pertenece.

—¿Y si ese tiempo ya no nos pertenece? —preguntó ella.

Él levantó la vista, sorprendido por el tono grave de la pregunta, pero no respondió. Sólo apoyó una mano sobre la

mesa, tan cerca de la de ella que el aire pareció volverse más espeso. Cuando la tocó, apenas con los dedos, una corriente silenciosa los recorrió a ambos. Afuera, comenzó otra vez a llover.

Esa noche, Emilia soñó con Clara. No la conocía, pero la reconoció. La mujer del espejo tenía los mismos ojos que Julián, una forma idéntica de mirar desde otro tiempo. En el sueño, Clara le tendía un reloj detenido.

—No dejes que el tiempo lo encierre —le decía—. Devuélvele el latido.

Despertó sobresaltada. El reloj del taller marcaba las tres de la mañana, pero el tic-tac se había vuelto irregular, como un corazón fatigado. Sin pensar, cubrió el espejo con un paño oscuro y esperó al amanecer.

Julián llegó temprano. Había algo distinto en su modo de caminar, como si por fin se decidiera a cruzar una puerta invisible. Cuando vio el espejo cubierto, frunció el ceño.

—¿Qué pasó?

Emilia respiró hondo. —Creo que el pasado se niega a borrarse.

Él retiró el paño. El reflejo mostraba, esta vez, a ambos tomados de la mano. Ninguno lo había hecho aún, pero el vidrio los delataba. No era ilusión: era una promesa.

Durante un largo minuto no hablaron. Julián rompió el silencio con una voz baja, casi quebrada:

—Cuando murió Clara, me prometí no volver a mirar un espejo compartido. Hoy logro entender que no se trata de olvidar, sino de sostener el reflejo con alguien más.

Emilia lo observó en calma. No había tristeza, sólo una ternura vieja que buscaba reposo. Apoyó su mano sobre la de él,

y supo que esa unión no competía con ningún fantasma: la completaba.

El reloj del taller volvió a moverse.

Desde aquel día, Julián y Emilia comenzaron a verse fuera del taller. Caminaban por el malecón al atardecer, tomaban café en silencio o visitaban la feria del domingo para mirar relojes antiguos y espejos decorativos. Nadie en el pueblo se sorprendió; más bien, parecía que todos lo esperaban desde antes.

Una tarde, cuando el sol se quebraba en tonos anaranjados, Julián le ofreció un pequeño reloj de bolsillo. En el dorso había grabado: Para que recuerdes que el tiempo también respira.

Emilia lo aceptó, conmovida. «El tiempo respira», repitió para sí, como si pronunciara un conjuro.

Pasaron los meses. El espejo ovalado quedó colgado en la pared principal del taller. Algunos clientes decían que reflejaba una luz distinta, menos fría. Otros juraban que, a veces, se oía un leve tic-tac que no provenía de ningún reloj visible. Emilia sonreía; sabía que el eco del vidrio había aprendido a hablar de amor.

El verano siguiente, Julián enfermó. Una fiebre extraña lo obligó a cerrar el taller de relojería por semanas. Emilia lo visitaba cada tarde, para llevarle limonada fría y los fragmentos de luz que recogía del vidrio al cortarlo. Juntos miraban cómo el sol se apagaba detrás de la colina.

—A veces pienso que el tiempo se detiene cuando estás aquí —le dijo él una tarde.

Ella sonrió.

—El tiempo se acomoda, como el vidrio cuando encuentra su marco.

Julián tomó su mano. continuarás con la reparación de espejos rotos.

—Y relojes viejos, para que aún respires —añadió ella.

Murió en septiembre, una mañana sin lluvia. Cuando el reloj de su casa marcó las doce en punto, Emilia estaba en el taller, pulía el marco del espejo. Sintió un leve temblor, una corriente de aire que movió los papeles sobre la mesa. Al levantar la vista, en el reflejo vio a Julián que sonreía, el tiempo detenido justo allí donde todo volvía a empezar.

Desde entonces, el reloj del taller —el que nunca había funcionado del todo— suena cada día a las doce, con un ritmo que Emilia llama «el eco del vidrio». Es el sonido del amor que se niega a romperse.

Frío en el Alma

Jorge Gallo García

MÉXICO

La pesada sensación de frío, ese olor a humedad y flores marchitas, inundó el pasillo de la casa. Escuché ruidos y, de forma torpe, salí a ver qué sucedía. Amanda, mi hija, estaba justo a la salida del baño.

—¡Lo vi de frente! —dijo con sorpresa, pero sin miedo—. ¡Hasta me habló...!

—¡Otra vez se apareció! —exclamé sin ganas, porque sabía a la perfección lo que ocurría.

—Sí, mamá, pero esta vez lo pude ver bien: era una silueta casi transparente —y me contó lo vivido—. ¡Es un muchacho cubierto de escarcha y hielo! Tiene una expresión de dolor y desesperación...

—¿Qué haces despierta a esta hora? —le pregunté, mientras señalaba que las manecillas del reloj marcaban poco más de diez minutos para las cuatro de la mañana.

—Me levanté al baño, abrí la puerta y ahí estaba... Le pregunté: «¿Eres tú, papá?», y me lo topé de frente.

—¡Pude haber sido tu padre! —me dijo con una voz ronca, que temblaba de frío—, pero el destino no lo quiso así...

—¡Dios santo! —exclamé desesperada, ya sin soportar más la situación—. No podemos seguir así...

—¿Qué pasa? —escuchamos la voz de mi esposo, que también se había despertado y ya estaba con nosotras.

—¡Se apareció el fantasma y habló conmigo! —remató Amanda, mostrándonos cómo había dejado su sello característico: un par de huellas de agua en el piso.

—Mañana voy a la iglesia a pedirle al padre que venga a bendecir la casa y oficie una misa por el descanso de esa pobre alma.

—¡Busca darnos un mensaje! —dijo Amanda mientras se tallaba los ojos por el sueño y lo avanzado de la madrugada.

—Después del desayuno voy a la iglesia a hablar con el padre.

—¡Te acompaño! —remató Amanda sin dejar de mirarme; incluso me sentí incómoda por la forma en que me seguía con los ojos.

—En fin —dijo mi marido, poniendo fin a la inesperada reunión familiar—. Ya es muy tarde y en unas horas tenemos cosas que hacer.

—Yo no tengo clases, por eso voy con mi mamá a la iglesia...

Eran casi las diez y media de la mañana. Acababa de lavar los trastes; mi esposo había salido a trabajar y Amanda se acercó a mí. Algo me decía que sospechaba que yo sabía quién era esa alma en pena, y su intuición era correcta: si lo sabía, pero nunca lo he compartido con nadie.

—¿Ya nos vamos? —preguntó mientras se peinaba.

—¿A dónde? —respondí de forma tonta.

—¡A la iglesia! Quedamos en que, después de desayunar, iríamos a pedir una misa para que «El Fantasma del Hielo» nos deje en paz.

—No sé si sea lo mejor... —tosí una vocecilla llena de inseguridad—. Su presencia ya no nos da miedo.

—¿Cómo crees? —reclamó, casi al borde de la risa—. ¡Desde que tengo memoria, El Fantasma del Hielo se ha aparecido...! Hasta parece parte de la familia.

Me sentí presionada. Sabía que, si no accedía, ella empezaría a indagar y a preguntar. Pero, pensándolo bien, lo mejor era pedir una misa para que ya no se apareciera y nos dejara en paz. En fin, que los dejara en paz a ellos —mi familia— y a mí... que dejara de recriminarme.

Terminé de hacer algo de limpieza y salimos rumbo al templo, que se encuentra en el jardín principal de la pequeña ciudad donde vivimos, a unas diez cuadras de la casa.

Platiqué con Amanda de cosas triviales: las clases, los chicos del grupo, los maestros... Ella respondía de forma somera, para buscar el mejor momento y cuestionarme, cosa que hizo apenas llegamos al jardín.

—Mamá —me preguntó directa y sin rodeos—, tengo la impresión de que sabes de quién se trata.

—No sé de qué me hablas...

—Del fantasma... ¡Tengo la impresión de que sabes quién es El Fantasma del Hielo!

—¿Cómo se te ocurre? —repliqué titubeante—. ¿Por qué iba a saberlo?

—Lo presiento —y me señaló con el dedo en la frente—. Cada vez que se aparece, te pones pensativa, como si recordaras algo que no te deja en paz.

—Bueno... Pudiera ser que sí, pero no con exactitud...

Fui tan desatinada que, de pronto, ella invirtió los papeles: se convirtió en la adulta serena y yo en la muchacha sensible, insegura y llena de miedo.

—¡Má! ¡Dime la verdad! ¿Quién es El Fantasma del Hielo...?

Resoplé y me desfondé. Fuimos a una fuente de sodas; ella pidió un helado y yo un café negro bien cargado. Luego caminamos hasta una de las bancas del parque y nos sentamos.

—Má —me dijo comprensiva, mientras tomaba mi mano—. Cuéntamelo todo. No te guardes nada.

—El Fantasma es el alma de un novio que tuve hace muchos años. Se llamó Rafael. Murió por un error... y por mi cobardía. Algo que pude solucionar y que todavía no puedo perdonarme...

Limpié un par de lágrimas y comencé el relato.

Tenía 17 años y él 19. Mi papá —tu abuelo— era jefe de estación en los ferrocarriles. Por las tardes yo lo acompañaba a la oficina; ahí nos conocimos. Rafael era obrero, con un trabajo rudo y mal pagado, lleno de grasa y mugre, manos rasposas y callosas... pero muy agradable. Desde que lo vi me llamó la atención. Empezó saludándome, luego cruzamos unas palabras, hasta que nació el amor entre los dos.

Yo iba a la escuela por la mañana y por las tardes estaba con papá. Todos los obreros me saludaban, pero de ahí no pasaban. Solo Rafael comenzó a hacerme plática; luego fuimos amigos y, en cierta ocasión, entre las sombras de los vagones, nos miramos a los ojos y, como jalados por un imán invisible, nos besamos. De ahí nació el romance y, después, el amor.

Rafa era atento, sensible, cariñoso. Enseguida despertó en mí un sentimiento bonito y no dudé en darle el sí. En un par de

meses ya lo quería de verdad, pero el prejuicio de la diferencia de clases no nos permitía un noviazgo abierto.

—¿Por qué no quieres que hable con tu papá? —me preguntaba en más de una ocasión—. Estoy seguro de que entenderá que te quiero y te respeto...

—¡Todavía no! —le respondía—. Dame tiempo, yo sabré cuándo es el momento indicado...

Y para no seguir con palabras, lo besaba y, entre arrumacos y promesas, nos perdíamos en esos pocos momentos mágicos.

Pero todo cambió una tarde, en pleno romance. Nos besábamos escondidos entre los vagones, en las sombras del enorme patio de maniobras, cuando mi mayor temor se hizo realidad.

—¿Quién anda ahí? —gritó mi papá al sentir la presencia. Tosió y subió el volumen de la radio.

—¡Rápido! —le dije, tragándome un grito—. ¡Métete al vagón y sales cuando nos vayamos!

Sin pensarlo, se metió en uno de los carros y cerró la puerta con cautela.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó mi papá, esperaba todo menos verme sola entre los vagones—. ¿Con quién estás?

—¡Con nadie, papá! Estoy sola.

—¿Y qué haces aquí sola?

—Es que... vi a un perrito y quise agarrarlo para pedirte permiso de llevarlo a casa...

Me regañó. Me dijo que en los patios había indigentes y malvivientes, que era muy peligroso para una jovencita como yo.

Pero al dar la vuelta se percató de que ese carro estaba abierto y lo cerró con candado.

—¡Mira nada más estos atarantados! ¡Dejaron el carro refrigerante abierto!

Cerró el candado y nos fuimos a la oficina. El tren partiría a la ciudad vecina; el trayecto duraba unos 30 minutos. Supuse que allá lo sacarían, que lo regresarían y al día siguiente estaríamos juntos otra vez. Pero vino una mala jugada del destino.

—Jefe —dijo el encargado—, hablaron de la otra estación. Dicen que hay un problema en las vías, que las van a reparar y que no mande el tren hasta mañana...

—¡Ni hablar! —escupió molesto mi papá, aún reclamaba lo del carro refrigerante—. Al no haber nada que hacer, vámonos a la casa y mañana Dios dirá.

Con terror, salimos de los patios y dejamos a Rafa encerrado. Mi papá adivinó mi angustia.

—¿Por qué estás preocupada? —me preguntó en el auto.

—¡Por nada, papá! —dije al borde de la histeria—. A qué temperatura se mantiene el carro refrigerante.

—Unos tres a cinco grados bajo cero. Hoy llevan carne y otros insumos que deben ir congelados; por eso me molestó que estuviera sin candado.

Callé. No me atreví. Me centré en rezar y pedirle a Dios que no pasara nada, que Rafa llegara bien a la otra estación, que lo rescataran y lo tomaran como un descuido. Ya tendría tiempo de disculparme.

Por la tarde llegué a la oficina y un silencio anunciaba la desgracia. Me enteré de que el tren llegó a las diez de la mañana y, al abrir el carro refrigerante, encontraron a Rafa

muerto, congelado. Intentó escapar por una ventila, pero no lo logró; tenía los dedos destrozados.

Por desgracia, la verdad se tergiversó. En vez de tomarlo como un error, comenzaron a decir que Rafael, el hijo de don Vicente, había intentado robar carne, se quedó atrapado, quiso escapar y murió congelado.

Fui al velorio y vi a sus padres que creían esa vil mentira. Don Vicente permanecía callado, lloraba en silencio; su madre lo recriminaba:

—¿Por qué lo hiciste, Rafael? Siempre viste esfuerzo y trabajo... ¿por qué quisiste robar?

El caso se hizo tan famoso que las mamás regañaban a los niños y lo ponían como ejemplo:

—¡Entiende, niño! ¡Te voy a encerrar en el tren para que te congeles como el raterillo ese!

Luego comenzó a aparecerse en los patios. Muchos lo vieron: semitransparente, cubierto de hielo y escarcha, tiritaba y pedía ayuda... Y le pusieron «El Fantasma del Hielo».

Después conocí a tu papá y nos casamos. Las apariciones fueron constantes.

Recuerdo cuando naciste: aún con los efectos de los sedantes, sentí una mano fría, helada, que me acariciaba el rostro. Abrí los ojos y lo vi de frente. Grité y vino una enfermera.

—¿Quién estuvo aquí? —preguntó al ver las huellas de agua en el piso—. ¡A esta hora no está permitido tomar un baño! Voy a avisarle a seguridad...

Luego nació tu hermano. En cierta ocasión, en el supermercado, fui a una de las neveras a tomar algunos congelados y ahí se repitió la escena: vi de forma clara a Rafa

muerto de frío, arrastrándose hacia la ventila para escapar, tiritaba y pedía ayuda...

—Ahora —le dije sin poder contener el llanto— sabes la verdad. Sabes quién es y por qué dijo que pudo haber sido tu padre...

—¡Ay, má! —exclamó mientras me limpiaba algunas lágrimas—. ¿Qué hubiera hecho mi abuelo si se hubiera enterado?

—Nada. Hubiera abierto el carro para que Rafa saliera, nos habría regañado por arriesgarnos y, al final, habría aceptado el noviazgo. Mi padre era muy buena persona y excelente amigo, pero muy escandaloso y gritón... Por eso le tenía cierto temor a sus reacciones.

—Bueno, mamá. Vamos a la iglesia y esto que me platicaste se lo tienes que contar al padre...

—Perdóname, Rafa, mi amor. Perdona mi falta de madurez y mi cobardía...

—Así será, má... Así será...

El Diario de mi Abuela

Miriam Noemí González Chávez

MÉXICO

Entré la casa de mi abuela de puntitas, no quería que mis tacones me delataran. Llegar al sótano me pareció interminable. El rayo fugaz que entraba por la rendija de una pequeña ventana no alumbraba lo suficiente para sentirme segura. Aun así, la curiosidad me hizo no rendirme. Siempre quise saber, que guardaba mi abuela de forma tan celosa en su antiquísimo ropero traído del sur de Francia en el siglo XX. Que ingenua, creí que las puertas estarían abiertas a la espera de que yo saciara mi curiosidad, «¡mi abuela sí que es desconfiada!», pensé. Busqué a tientas arriba del ropero las llaves; ¡sin suerte! Una pequeña sonrisa salió de mi garganta. Recordé las palabras que con frecuencia me decía mi padre: «¡eres una mujer muy terca!» Y continué la búsqueda al estilo Sherlock Holmes. No estaba dispuesta a rendirme tan fácil; así, que tuve un intenso forcejeo con las puertas.

—¿Buscas esta llave? —Escuché decir a mi abuela, con su inconfundible voz serena, al mismo tiempo que encendía la luz. Introdujo con suavidad la llave por la cerradura, y abrió las dos puertas de par en par.

—Perdón abuela..., desde niña he tenido curiosidad por saber que guardas en tu ropero.

Mi abuela sacó un baúl de madera con inserciones de latón y un herraje resistente. De inmediato buscó una llave en la bolsa de un clásico abrigo de lana color marrón, con doble botonadura, cinturón ajustado y cuello de solapa. Abrió el baúl, y de su interior extrajo una caja del tamaño de un libro. En mis veinticinco años de vida, ¡jamás había visto una caja tan bien

cuidada! Estaba forrada con papel mate, decorada con un sinfín de corazones color rojo fuego. Alrededor tenía un lazo que sujetaba la tapa, era del mismo color de los corazones; y finalizaba, con un moño elaborado de forma minuciosa.

Retiró el lazo con toda la calma del mundo. Sacó de su interior un diario, y lo acarició como si fuera una delicada porcelana china. Después, lo presionó contra su pecho como si quisiera meterlo a su corazón y, por último, un largo suspiro salió de su garganta. Yo estaba pasmada al mirar sus ojos; brillaban más que las estrellas en el firmamento. No me atreví a interrumpir sus pensamientos. Tuve la impresión de que la mente de mi abuela había viajado a otra época. Enseguida, quitó la sabana que cubría el sillón largo estilo Luis XVI y lo sacudió con unos cuantos golpes, cómo si llevara prisa por iniciar con la lectura. Yo me senté a un lado de ella con la misma urgencia.

París, domingo 2 de febrero de 1969

Querido diario:

Hoy cumplimos una semana de haber llegado a París, mi estado de ánimo en estos días ha estado por los suelos, he perdido el apetito y..., ¡vaya!, no comer para mí... ¡es un gran sacrificio! ¡Por nada del mundo me pierdo las delicias de mi madre! Sobre todo, el volteado de piña bañado de caramelo. Considero que Dios es bueno conmigo porque, me mantengo en forma. A diferencia de mi hermana Martha, que ha sus veinte años debe cuidar lo que come. La próxima semana cumpliré mi mayoría de edad, y espero que papá ya me de permiso de salir sola. Ella dice que París es una ciudad para enamorarse. Yo me río por la cursilería que dice; ¡por supuesto, sin que me vea!, para no herir sus sentimientos. Me la imagino cómo paseaba por la Torre Eiffel tomada de la mano de su novio.

París, martes 4 de febrero

Querido diario:

El lunes papá salió del departamento antes del amanecer, llegar a la universidad le lleva cerca de media hora. La puntualidad es una de sus tantas virtudes; creo que mamá tuvo demasiada suerte en haberlo conocido. En su cumpleaños, ¡la casa se convierte en una colorida florería! Sobre todo, de tulipanes, las flores predilectas de mamá. Martha y yo vamos a la escuela de idiomas, tomamos un curso de francés. Nos vimos obligadas a tomar un año sabático en la universidad; por motivos de trabajo de mi padre. Él es un científico de la UNAM, y ha sido enviado a París por una investigación académica.

París, miércoles 5 de febrero

Querido diario:

Después de la primera clase fui a la cafetería, no me resistía a probar un rico croissant, corrección: dos, uno relleno de chocolate y otro con jamón y queso. Estaba a punto de dar la primera mordida a mi croissant, cuándo... ¡por culpa de mi codo cayó mi cartera! Sin levantarme de la silla, doble mi cuerpo como una contorsionista. Fue en ese preciso momento, que vi la mano varonil más grande que jamás en mis diecisiete años había visto; corrección: en un par de días dieciocho.

—¡Toma, se cayó! —No lo podía creer, aquella mano varonil era ni más ni menos la de Lucas; el compañero de Martha. Un chico madrileño: de rostro ovalado, con mandíbula bien definida, pómulos altos y marcados, ojos azules y profundos

como el cielo y una piel clara y sin manchas. Si mi amiga Lucía lo viera en este preciso momento, ¡estaría derretida por él!

Le arrebaté mi cartera sin mirarlo a los ojos, y le di las gracias con un movimiento de cabeza casi visible. Salí deprisa de la cafetería, como cuando corro detrás de mi perrita Pelusa.

París, jueves 6 de febrero

Querido diario:

Hoy no tengo nada interesante que contar, solo te puedo decir que hace mucho tiempo que no cruzaba mis brazos y presionaba mi abdomen hasta sumergirlo, por lo general lo hago cuando me siento intranquila. Y no es porque, el día de mañana es mi cumpleaños. Solo no logro entender que me sucede.

—Abuela, ¿por qué estabas intranquila? —Le pregunté.

—A esa edad no lo sabía, lo entendí años después.

París, domingo 8 de febrero

Querido diario:

Ayer mamá me preparó el tradicional pastel de festejos; vainilla con fresas. En mi cumpleaños me esforcé para que mamá y papá no se dieran cuenta de mi tristeza. Todavía extraño la universidad y a Lucía. Y aún no me acostumbro a las bajas temperaturas de París. No comprendo, ¡cómo pueden decir que es la ciudad del amor!, con este clima que enfría hasta los huesos.

París, lunes 9 de febrero

Querido diario:

Antes de entrar al salón, miré a Lucas, que conversaba con su compañero. Creo que él no me vio. De repente, sentí un pequeño malestar en mi estómago, cómo si mariposas revolotearan dentro. Es extraño porque no tengo fiebre, ni náuseas, ni dolor en la garganta. Es posible que se debe a que estos días he comido demasiado pastel. No sé si comentarle a mamá para que me lleve al doctor, o mejor, lo mantengo en secreto.

París, martes 10 de febrero

Querido diario:

Después de la comida, papá me dio una agradable noticia. ¡Por fin puedo salir sola!

Es tan inmensa mi alegría, que le escribí una carta a Lucía; qué más bien, ¡parecía una obra literaria! Le enumeré todos los lugares que quería conocer, en especial el Palacio del Louvre y la torre Eiffel. En la biblioteca de la escuela había leído un libro de mitos y leyendas sobre la forma en «A» de la torre. Se cuenta que Gustave Eiffel diseñó la forma de la torre en honor a una mujer que amaba cuyo nombre empezaba por «A». «Pensé en mi nombre, Alicia».

P.D. Se me olvidaba, también le platicué de Lucas.

París, miércoles 11 de febrero

Querido diario:

Hoy conocí el Palacio del Louvre. Es un edificio espectacular. Según mis cálculos, tiene una dimensión de 30 canchas de futbol juntas. Me llevaría un año recorrer sus más de 400 salas de exposición, en ellas se albergan una inmensa colección de más de 35000 obras de arte. Inicié mi recorrido por la Gran Galería, ubicada en el Ala Denon (planta 1), es el espacio principal dedicado a la pintura italiana. Una de mis pinturas favoritas es La Gioconda de Leonardo da Vince. Me pregunté: «qué ocultaba en su enigmática sonrisa». Estaba demasiado absorta al observar la pintura que no me percaté de la presencia de Lucas.

—¡Hola!, ¿te gusta la pintura? —Me preguntó.

Yo le contesté con un titubeante, —sí...

—¿Aceptarías mi compañía?

—Sí..., —le volví a responder.

No podía creer lo que sucedía. Caminaba a un lado del chico sensación de la escuela. De nuevo, volví a sentir el revoloteo de mariposas en mi estómago. Ya era una costumbre que cada que lo veía mi estomago revoloteaba. Mi instinto de supervivencia me dijo que cruzara los brazos, pero..., sentí pena..., ¡y me mantuve firme! Caminamos hasta detenernos en la pintura Las bodas de Caná de Paolo Veronese.

—Es el cuadro más grande del museo. —Me dijo Lucas.

Continuamos nuestro recorrido hasta llegar al tercer nivel. Él no paraba de hablar y, yo, muda. De pronto, oí la voz del guardia que anunciaba el cierre en media hora. Papá me recogería a las cinco treinta. Si no bajaba las escaleras rápido estaría en graves problemas.

En ese momento ignoré a Lucas, y superé mi propio récord en atletismo. Entre suave murmullo escuché a Lucas que decía:

—¡Espera, no me has dicho como te llamas!

—¡Alicia! —le respondí en plena carrera.

París, jueves 12 de febrero

Querido diario:

Esta mañana le gané al despertador, pasé la noche en vela, me repetía una y otra vez lo tonta que fui al correr como gacela. Lo más probable es que Lucas no me dirija la palabra. Pensará que soy una chica boba, y lo peor, es que creo que tiene razón.

Dice mi madre que no se tiene que juzgar por la apariencia, otra vez acertó con sus dichos. Lucas y yo nos encontramos en la entrada de la escuela, no cabe duda que es un caballero, me acompañó hasta mi salón. No hubo oportunidad de conversar sobre el incidente del Louvre porque, Martha hablaba hasta por los codos. De forma discreta me dio un papelito que decía: te espero en la cafetería a las 10:30. Asentí con la cabeza con discreción. Si Martha me descubre, seguro que papá me castiga.

Hoy estuve ausente en la clase, mi mente estaba con Lucas. Me preguntaba: «¿qué me querrá decir?» Supuse que diría que ya no quería nuestra amistad.

Antes de que sonara la chicharra me la pasé atenta al reloj, fueron los minutos más largos del día, y para mis nervios, la maestra alargó la clase.

Cuando llegué a la cafetería Lucas ya me esperaba, pensé: «¡es puntual como papá!».

Él tomó la iniciativa, y sin rodeos me dijo: —Alicia... ¿Quieres ser mi novia?

Me quedé sin habla, por primera vez, un chico sé me declaraba. Recordé las instrucciones de Lucía con respecto al amor.

—Si un chico se te declara. ¡Tienes que mirarlo de forma fija a los ojos, hasta que quede hipnotizado! Después mueves en pausas la cabeza, y al final, le dices: ¡sí!

París, viernes 13 de febrero.

Querido diario:

Nuestra primera cita como novios es mañana, visitaremos la torre Eiffel. Tuve que hacer méritos con mamá para tener permiso, obvio que le oculté lo de Lucas. Terminé tan cansada, qué no logro entender cómo le hace mamá para tener la casa siempre tan pulcra.

París, 14 de febrero

Querido diario:

Es el día más frío de invierno, me he puesto el abrigo marrón que me regaló mamá el día de mi cumpleaños. Lucas y yo caminamos tomados de la mano bajo la torre Eiffel. No encuentro palabras para explicar lo que sentí, sólo puedo decir: ¡ha sido el mejor día de mi vida!

—Abuela..., ¿por qué se separaron?

—El verano había llegado, Lucas tenía que regresar a Madrid. Cada semana yo recibía una carta suya. Pero un día, dejó de escribir. Un nubarrón había oscurecido mi vida. Me refugié en la universidad, y después de un año, conocí a tu abuelo y nos casamos.

—Y..., a Lucas..., ¿lo olvidaste?

—El primer amor ocupa un lugar muy especial en el corazón, y ahí permanece, hasta que el destino hace su papel. Hace tiempo fui a la basílica de Guadalupe; miraba el resplandor de la virgen, y escuché una voz que dijo: «¡hola!». Era Lucas. Era inevitable no reconocer sus ojos azules de mirada profunda...

La luz tenue del sótano parecía haberse vuelto más cálida, como si el propio tiempo hubiera decidido detenerse para escuchar. Mi abuela cerró el diario con delicadeza, pero no lo guardó de inmediato. Lo sostuvo entre sus manos temblorosas, como si aún pudiera sentir el latido de aquella muchacha de dieciocho años que corría por las escaleras del Louvre.

—Abuela... —susurré, con la voz entrecortada—. ¿Y ahora? ¿Qué pasó después de ese día en la Basílica?

Ella levantó la mirada. Sus ojos, todavía húmedos, brillaban con una mezcla de paz y algo que parecía gratitud infinita.

—Después... hablamos durante horas, mi niña. En esa hermosa cafetería frente a la Basílica, con el aroma a café y rosarios de fondo. Lucas me contó todo: tuvo un terrible accidente en Madrid, apenas unas semanas después de que dejara de escribir, el hospital, la rehabilitación larga, las cartas que nunca llegaron porque la familia se mudó y nadie supo

reenviarlas. Yo le conté de tu abuelo, de cómo me salvó de la tristeza convirtiéndose en mi compañero silencioso y bueno, de cómo nacieron tus tíos... y de ti.

Hizo una pausa larga, como si midiera cada palabra.

—Ninguno de los dos pidió perdón, porque no había nada que perdonar. Solo nos miramos y sonreímos, como si el tiempo no hubiera pasado. Como si París siguiera esperándonos en alguna esquina.

Se levantó con esfuerzo, pero con una dignidad que me hizo doler el pecho de admiración. Caminó hacia el ropero abierto y sacó algo que no había visto antes: una fotografía pequeña, amarillenta en los bordes, pero intacta. Me la tendió.

Era Lucas y ella, muy jóvenes, bajo la Torre Eiffel. Él la abrazaba por detrás, ambos reían con esa risa que solo tienen los que creen que el mundo entero les pertenece. En el reverso, con letra temblorosa de adolescente, se leía:

«14 de febrero de 1969. El día que el frío dejó de importar».

—Hace unos meses —continuó mi abuela—, Lucas me buscó de nuevo. No para revivir nada imposible, sino para cerrar el círculo con ternura. Me dijo que nunca se había casado, que había vivido una vida tranquila como profesor de literatura en Madrid, que cada San Valentín releía mis cartas... las pocas que conservó. Y que, al final, lo único que le dolía era no haber podido decirme adiós como se debe.

Tragué saliva. No sabía qué decir.

—Entonces... ¿lo volviste a ver?

Ella asintió con lentitud.

—Una última vez. Vino a la ciudad hace tres meses. Paseamos por el centro, tomamos un chocolate caliente en la

plaza, hablamos de libros, de música, de lo que fuimos y de lo que dejamos atrás. Al despedirnos, me tomó de las manos y me dijo:

«Alicia, gracias por haber sido mi primer amor. Y gracias por haber sido feliz sin mí. Eso es lo más bonito que me pudo regalar la vida».

Una lágrima rodó por su mejilla, pero sonrió.

—Y entonces me dio esto.

De la caja sacó un sobre pequeño. Dentro había una sola hoja doblada. La abrió y leyó en voz baja, casi como una oración:

«Querida Alicia:

Si lees esto es porque ya no estoy. No llores por lo que no fue. Lloras de alegría por lo que sí fue: un febrero en París, unas mariposas en el estómago, una torre que nos vio enamorados. Gracias por guardarme un rincón en tu corazón. Yo guardé el tuyo entero en el mío.

Hasta siempre, mi amada Alicia, Lucas».

El silencio fue absoluto. Solo se oía el leve crujir de la madera vieja y nuestras respiraciones entrecortadas.

Mi abuela dobló la carta con cuidado y la colocó dentro del diario, junto a las páginas de 1969. Luego cerró la tapa, ató el lazo rojo con dedos precisos y guardó la caja en el baúl.

Se volvió hacia mí, me tomó las manos y dijo con voz firme, pero dulcísima:

—Mi niña... el amor no siempre se queda. A veces solo pasa, te toca el alma y se va. Pero lo que deja nunca se borra. Llévalo contigo. Y cuando te toque vivir tu propio febrero, no

tengas miedo de las mariposas. Aunque duelan después... valen cada segundo.

Me abrazó fuerte, como si quisiera entregarme todo lo que ella había guardado durante décadas.

Y en ese abrazo, entre el olor a lana vieja, papel antiguo y lágrimas compartidas, entendí que no escuchaba solo la historia de mi abuela.

Escuchaba la mía. La de todas nosotras.

Porque el primer amor, aunque se vaya, nunca nos deja solas.

Solo nos enseña a querer mejor.

Y a veces, muchos años después, regresa en forma de una sonrisa, una carta o una mirada en una basílica... para recordarnos que todo en absoluto, tuvo sentido.

Febrero 14

Francisco Javier de la Fuente Vásquez

MÉXICO

Alicia

El aire fresco del atardecer se colaba por la ventana entreabierta, para balancear con delicadeza las cortinas ligeras y translúcidas. Frente al espejo, Alicia aplicaba su maquillaje con precisión casi ritual: la base uniforme, las sombras difuminadas con cuidado, el delineado sutil y varias capas de máscara para resaltar sus pestañas. De fondo, su pequeña bocina reproducía una selección de *Air Supply*; ella tarareaba en un inglés sencillo y encantador las melodías que tanto le gustaban.

A sus veintitrés años, estaba a punto de culminar la carrera de contabilidad en la universidad. De estatura menuda, delgada pero tonificada gracias a años de ballet y gimnasia —disciplinas que sus padres impulsaron al principio y que ella terminó por adorar—, tenía el cabello castaño y rizado cayéndole con suavidad sobre los hombros. Sus ojos color miel transmitían una vitalidad serena, la de quien ha vivido una juventud bastante tranquila, dedicada a los estudios, al deporte y a disfrutar cada etapa sin grandes sobresaltos. Ahora, con el título casi en la mano, su mente empezaba a enfocarse en el mundo laboral, en entrevistas, en un empleo estable... y, sin embargo, esta noche ocupaba un espacio especial en sus pensamientos.

La cita. La cita con él. El chico que había admirado en silencio durante toda la carrera: alto, atractivo, brillante en las aulas, deportista destacado, perseguido por casi todas las chicas del campus. Provenía de una familia acomodada; su padre dirigía uno de los despachos de abogados más prestigiosos del país y él ya tenía asegurado un lugar allí. Alicia nunca imaginó

que se fijaría en ella. Y, sin embargo, cuando ya había bajado la guardia y sus fantasías juveniles empezaban a desvanecerse, llegó la invitación: un ramo generoso de rosas rojas acompañado de una tarjeta elegante que decía: «14 de febrero, 9:00 p.m. Palacio del Califa». El restaurante más exclusivo de la ciudad.

Se preguntó mil veces por qué justo ahora, cuando su cabeza estaba más en currículums que en romances universitarios. Aun así, respondió de inmediato con un «sí» rotundo. No podía negarse. Era el chico más codiciado, y pocas habían recibido una invitación suya. Necesitaba saber si en su interior latía algo genuino por él o si todo había sido solo la ilusión romántica de una estudiante algo ingenua en temas del corazón.

La *playlist* avanzó hasta *Chances*. Alicia se acercó a la ventana y miró la luna asomándose entre nubes finas, como si ambas se observaran con curiosidad mutua. ¿Qué traería esa noche? ¿El amor verdadero? ¿Un comienzo prometedor? ¿O solo otra desilusión? Ya había vivido una ruptura dolorosa tiempo atrás, y eso la llevó a refugiarse en los libros, en el gimnasio, en las actividades que la hacían sentir plena y segura. Pero esta cita parecía la última oportunidad antes de que la vida adulta la absorbiera por completo. No podía dejarla pasar.

La canción terminó. Volvió al espejo para el detalle final: un labial rojo intenso que resaltaba contra su piel clara. El vestido floreado le daba un aire fresco, juvenil y a la vez sofisticado. El taxi ya debía estar por llegar. Tomó su bolso, se miró una última vez, adoptó una pose juguetona frente al cristal y se guiñó un ojo al susurrar con una sonrisa: «Ve y conquístalo».

Ernesto

Esa era la noche. La que había imaginado y organizado durante semanas enteras. 14 de febrero, 9:00 p.m., Palacio del Califa. Todo estaba dispuesto: reservación confirmada, menú degustación, botella de champán enfriándose. No había espacio

para errores. Por fin había reunido el valor necesario. La chica que conoció en la universidad, la que ahora estaba a punto de graduarse al igual que él, merecía que esta noche marcaran juntos el inicio de algo más serio, de un camino compartido hacia el futuro.

Vestido de *smoking* negro, con mancuernillas de plata relucientes y el cabello peinado a la perfección, se miró al espejo. Los anteojos —esos que detestaba usar porque lo hacían sentir menos seguro— descansaban sobre la cómoda. Los necesitaba para ver con claridad a cierta distancia, pero esa noche decidió prescindir de ellos. Tomó un sorbo de *whisky on the rocks* y caminó de un lado a otro de la habitación, invadido por la duda. ¿Actuas con demasiada prisa? ¿Era el día indicado para dar un paso tan grande? Consultó su reloj: 8:20 p.m. Tal vez debió pasar por ella en su auto, como haría cualquier caballero. Pero ella había insistido en llegar por su cuenta. Mejor así, pensó; evitaría la típica espera interminable mientras ella terminaba de arreglarse.

Siempre había tenido facilidad con las mujeres, aunque el romance no era su fuerte. Su terreno era el deporte —allí brillaba de verdad— y los estudios. Las paredes de su cuarto estaban cubiertas de medallas y trofeos que lo demostraban. Sin embargo, ella era distinta. Parecía capaz de ver más allá de su físico, de sus logros deportivos y académicos; parecía entenderlo de una forma más profunda. No le provocaba esa chispa electrizante que describen los enamorados en las películas, pero a su lado sentía calma, equilibrio, estabilidad. Era hora de dejar las dudas atrás. La seguridad nunca había sido su virtud más fuerte, aunque casi nadie lo sabía.

8:35 p.m. «Vamos, campeón, es ahora o nunca», se dijo. Se ajustó la corbata una vez más, tomó las llaves y salió rumbo al restaurante... rumbo, quizás, a su destino.

El encuentro

Alicia bajó del taxi a las 8:50, con el estómago revuelto por los nervios. Esperaba no llegar demasiado temprano ni demasiado tarde. Frente al Palacio del Califa desfilaban autos de lujo; la noche tenía un brillo especial, cargado de promesas. Nunca había tenido una cita en un lugar así. Por un instante se sintió protagonista de esas películas románticas de los ochenta y noventa que veía con su madre —Mujer Bonita, La chica de rojo, La boda de mi mejor amigo—. Sonrió al imaginarse dentro de una de esas escenas.

Entonces escuchó un «hola» sencillo y cálido. Allí estaba él: alto, sonriente, impecable. Le ofreció el brazo con naturalidad y la guio hasta la mesa reservada. Era como un sueño de estudiante a punto de terminarse.

Ernesto dejó su auto con el valet y caminó con pasos largos hacia la entrada. Y allí la vio: radiante, con ese vestido floreado que la hacía ver fresca y elegante al mismo tiempo. La saludó con un hola tranquilo y le ofreció su brazo. La acompañó hasta la mesa, retiró la silla para que se sentara y llamó al mesero para dar inicio a la cena que había planeado con tanto cuidado. Entonces, la vio...

Sus miradas se encontraron a través del espacio que separaba las mesas. Alicia y Ernesto. El mundo pareció detenerse. Todo lo demás —el murmullo de las conversaciones, el tintineo de cubiertos, las luces tenues— se desvaneció. En ese cruce de ojos hubo una conexión inmediata, profunda, como si sus almas se reconocieran después de una eternidad. Para Alicia, fue el instante que había soñado sin saberlo. Para Ernesto, fue una revelación inesperada, algo que nunca había imaginado que pudiera suceder... y, sin embargo, ahora sentía que siempre había estado destinado a ocurrir.

Los latidos se alinearon. Un suspiro contenido en ambos pechos. Un cosquilleo que nacía en el estómago y subía hasta la garganta.

«¿Qué sucede?» La voz de Rebeca, su novia, lo arrancó del trance. Alicia también reaccionó y desvió la mirada hacia Mateo —su cita de esa noche—, que seguía absorto al revisar la carta de vinos sin percatarse de nada.

Una opresión extraña se instaló en el pecho de Alicia durante el resto de la velada. Mientras Mateo hablaba sin parar de deportes, de sus conquistas y de las chicas que «no habían tenido suerte» esa noche, los ojos de ella buscaban una y otra vez los de Ernesto. Cada pocos minutos, sus miradas se encontraban, se sostenían, se hablaban sin palabras.

Ernesto apenas escuchaba a Rebeca, que charlaba de forma animada sobre las próximas vacaciones familiares —a las que él estaba invitado, por supuesto, pues ya lo consideraban uno más de la familia—. La abuela estaría feliz de tenerlo allí; solo quería verlos casados antes de partir. Mientras tanto, él pensaba: «¿Quién será esa chica del vestido floreado? ¿Será su novio? Se ven tan elegantes... Yo tuve que ahorrar todo el año para esta cena y este smoking alquilado». Rebeca aún reía y hablaba sin parar. Ya no había marcha atrás. Era imposible dar marcha atrás.

La cena avanzó con lentitud tortuosa. Las miradas seguían cruzándose, cargadas de anhelo, de preguntas sin respuesta, de una promesa muda de algo hermoso e inalcanzable. Y entonces llegó el momento que Ernesto había planeado con tanta ilusión: el mesero trajo la copa de champán. Rebeca dio un grito de emoción al descubrir el anillo en el fondo. «¡Sí, sí, acepto! ¡Te amo, te amo!» exclamó, arrojándose a sus brazos entre besos y lágrimas de alegría. Algunos comensales aplaudieron, sonrientes.

Los ojos de Ernesto buscaron de forma instintiva a Alicia. La encontró con la mirada apagada, vidriosa, llena de una tristeza que no podía disimular. «Quiero irme ya», le dijo a Mateo con voz temblorosa. Él, sorprendido y con el postre a medio

terminar, pidió la cuenta en seguida y la siguió cuando ella ya caminaba a toda prisa hacia la salida.

A sus espaldas, Rebeca abrazaba a Ernesto, eufórica. «¡Vamos a casarnos, amor! ¡Eres perfecto!» Algunos clientes alzaron sus copas en señal de celebración. Pero el corazón de Ernesto se hizo pedazos al ver alejarse a la chica del vestido floreado, al comprender que su destino acababa de sellarse de la peor manera posible.

Alicia subió al primer taxi que encontró, sin siquiera despedirse de Mateo. Mientras el auto se alejaba, su alma lloraba en silencio. Aquel sueño fugaz, aquel instante mágico que apenas duró unos segundos, se quedaría grabado en ella para siempre.

La Eternidad en un Roble

Sebastián Benavides

ECUADOR

Dicen las viejas lenguas de la tierra que el amor no se busca; el amor te encuentra, te devora y, si tienes suerte, te escupe convertido en algo nuevo. Yo no tuve suerte. Yo fui devorado y digerido por una pasión que no pertenecía a este siglo, ni a este mundo.

Mi nombre es Sebastián, y soy el hombre que amó al bosque hecho carne.

Todo comenzó con la llegada de Hea. No entró al aula a pie; flotaba, como si el suelo no fuera digno de sus pies descalzos. En un pueblo gris, de concreto y almas industriales, ella era un error cromático. Su piel tenía la palidez de la luna llena sobre un lago congelado, y sus ojos... dioses, sus ojos eran dos pozos de petróleo donde se habían ahogado todas las estrellas de la noche.

Llevaba el cabello rizado, una cascada de sombras vivas adornada con flores que nunca se marchitaban, como si se alimentaran de sus pensamientos. Desde el momento en que cruzó el umbral, supe que mi vida ordinaria de estudiante popular, de adolescente vacío preocupado por el «qué dirán», había terminado. Ella no era una chica nueva; era un evento cosmológico.

—La escuela es una jaula para la mente, ¿verdad? —me susurró aquel primer día en el jardín, con una voz que sonaba a viento entre las hojas secas.

No respondí con palabras. Solo tomé su mano. Su tacto no era humano; era vibrante, eléctrico, como tocar un cable de alta

tensión forrado de seda. Escapamos. Saltamos la barda hacia el bosque, ese lugar que para todos era solo «el monte», pero que para ella era su catedral.

Allí, bajo la cúpula esmeralda de los árboles, Hea se transformaba. Me enseñó que la magia no son trucos de cartas, sino el lenguaje secreto que hablan las raíces bajo la tierra.

—Todo está conectado, Sebastián —me decía, al trazar las líneas de mi palma con sus dedos fríos—. Tu respiración es el viento de alguien más. Tu dolor es la lluvia de mañana.

Fue en su cabaña, un santuario de madera y olor a lavanda seca, donde dejamos de ser dos extraños. Me preguntó si creía en la magia. Yo le respondí besándola. Y en ese beso, juró el cielo que dejé de ser humano.

Hacer el amor con Hea no fue un acto físico; fue una fusión nuclear del espíritu. No había fricción, solo luz. Sentí cómo mi alma se deshilachaba y se tejía con la suya, una trenza dorada de conciencia pura. En sus brazos no existía el tiempo, ni el miedo, ni la muerte. Solo existía el ahora, eterno y perfecto.

Me pidió tres cosas, con la solemnidad de quien dicta una sentencia:

«No me mientas. No me traiciones. No me dejes».

Yo, embriagado de eternidad, prometí todo. Pobre iluso. No sabía que las promesas a una criatura antigua se firman con sangre del destino.

Los días siguientes fueron un sueño febril. Pero el mundo real, ese monstruo de celos y mediocridad, no tolera la luz ajena. La presencia de Hea en el colegio desató la tormenta. Su belleza ofendía a las inseguras; su libertad insultaba a los encadenados. La llamaron «loca», «rara», «bruja».

Y entonces llegó el día gris. La tarde en que la humanidad mostró sus dientes podridos.

Yo no estaba ahí. La gripe me había atado a la cama, lejos de ella. Y ellos... las hienas disfrazadas de compañeros... la emboscaron. La llevaron al terreno baldío, ese lugar donde mueren las flores y nacen los pecados.

No la mataron, no. Hicieron algo peor. Intentaron romper su espíritu. La golpearon, la humillaron, cortaron sus hermosos rizos negros como si al hacerlo pudieran cortar su conexión con lo divino. La arrojaron a la basura, creían que podían convertir a una diosa en desperdicio.

Cuando llegó a mi puerta esa noche, estaba rota, sangraba, temblaba como un pájaro caído del nido, sentí que el universo entero se quebraba. La bañé con mis propias lágrimas, limpié la suciedad de su piel de alabastro, y juré venganza. Pero ella, en su dolor infinito, me miró con una tristeza que no era odio.

—Ellos no saben lo que hacen, Sebastián —susurró, con la voz rota—. Tienen miedo de lo que no pueden controlar. Pero el equilibrio debe restaurarse.

Intenté salvarla. Intenté luchar contra el mundo por ella. Pero el veneno de la sociedad es sutil. Mis «amigos» llenaron mi cabeza de dudas, de mentiras viles. «Se acostó con otros», «estaba drogada», «es una cualquiera». Y yo... yo, el cobarde, el humano falible... dudé. Por un segundo, un maldito segundo, dejé que la duda entrara.

Y ella lo sintió. Porque a una bruja no se le puede ocultar el corazón.

El día que regresó al colegio, no era la chica rota. Era una reina de hielo. Caminó entre sus verdugos con la frente en alto, y vi el terror en los ojos de quienes la habían lastimado. No necesitó levantar una mano; el karma, esa antigua mascota

suya, empezó a cobrar las deudas. Accidentes, desgracias, locura... uno a uno, los que la tocaron empezaron a caer.

Pero yo ya no podía alcanzarla. Se había vuelto distante, etérea, como si se desvaneciera de esta realidad.

—Te lo advertí, Sebastián —me dijo una tarde, bajo el sol poniente que teñía el bosque de sangre y oro—. La traición no es solo un acto; es una duda. Y tú dudaste.

—¡Te amo! —grité, y caí de rodillas en la tierra húmeda—. ¡Perdóname por ser humano!

Ella se detuvo. Sus ojos negros, ahora llenos de galaxias antiguas, me miraron con una compasión devastadora. Se acercó y besó mi frente. Fue un beso frío, un beso de despedida.

—El amor humano es frágil, mi querido Sebastián. Se rompe con el miedo. Mi amor es raíz y savia. Y ahora, debo volver a donde pertenezco. Este mundo de hombres grises no me merece.

Y entonces, ocurrió el milagro y la tragedia.

Frente a mis ojos, Hea comenzó a cambiar. Sus pies, esos pies descalzos que habían danzado sobre mi corazón, se hundieron en la tierra negra. Su piel blanca se oscureció, volviéndose corteza dura y rugosa. Sus brazos se alzaron al cielo, y sus dedos se alargaron en ramas infinitas que buscaban tocar el rostro de Dios. Su cabello, corto y maltratado, estalló en un follaje verde y frondoso, miles de hojas susurraban secretos al viento.

—De la vida la muerte, del amor la memoria —escuché su voz en mi mente, mientras su rostro desaparecía en la madera.

Grité su nombre hasta que mi garganta enmudeció. Abracé el tronco rugoso, lloré, pedí una oportunidad más. Pero Hea ya no era mujer. Era un roble. Majestuoso, eterno, silencioso. Se

había convertido en el corazón del bosque para sanar la herida que la humanidad le había causado.

Mi madre me sacó del pueblo días después. Huyó de mi locura, de mis noches dormido a la intemperie abrazado a un árbol. Crecí. Estudié. Viví una vida gris, una vida de «hombre normal». Tuve trabajos, tuve mujeres... pero ninguna tenía electricidad en la piel. Ninguna tenía galaxias en los ojos.

Treinta años después, el llamado fue imposible de resistir.

Volví. El pueblo había cambiado; el cemento había devorado casi todo. Centros comerciales donde antes había prados, autopistas donde antes corrían los ciervos. Mi corazón se encogió. ¿Habrían talado mi memoria?

Corrí hacia lo que quedaba del bosque. Apenas una hectárea, una isla verde en un mar de asfalto. Me guie por el instinto, por el hilo rojo invisible que aún me ataba a ella.

Y ahí estaba.

En medio de un claro, rodeado de un círculo perfecto de flores silvestres que nadie había plantado, se alzaba el Roble. Era inmenso, dorado bajo la luz del atardecer. El ruido de la ciudad desapareció. El aire olía a lavanda y a tierra mojada.

Me acerqué, tembloroso como aquel adolescente de 17 años. Saqué de mi bolsillo el viejo listón rojo que ella usaba en su cabello, el único tesoro que guardé durante tres décadas.

Me senté en sus raíces, que parecían invitarme como un regazo materno. Apoyé mi espalda contra su corteza y cerré los ojos.

—Hola, mi amor —susurré—. He vuelto. No te he mentado. No te he olvidado. Y ya nunca... nunca te dejaré.

Entonces, sentí algo. No fue viento. Fue una caricia. Una rama bajó con lentitud y rozó mi mejilla, secó una lágrima vieja.

Sentí esa corriente eléctrica, esa paz absoluta que solo sentí una vez en mi vida.

No hizo falta hablar. En el silencio del bosque, supe que había sido perdonado.

Me quedé allí, y dicen que nunca me fui. Algunos comentan que, si vas a ese bosque, verás a un hombre viejo sentado bajo el gran roble, habla solo, sonrío al viento. Pero no estoy solo.

Estoy con ella. En la eternidad donde el amor no duele, donde las brujas no lloran, y donde los amantes se convierten en raíces de la misma tierra.

Primer Amor

Agar Covarrubias

MÉXICO

Hoy, al ver mi viejo diario, recordé ese primer amor que, en la precocidad de mi edad, fue un torbellino de emociones cuando lo conocí. Quién iba a decir que en una tardeada de la secundaria mi corazón atraparía a ese joven que tocaba en una tornamesa, que a distancia me veía y sonreía. Cierro los ojos y aún puedo sentir esa canción que llamó mi atención, «Girls Just Want to Have Fun», donde mis pies se sentían bailar en nubes, y a tal reacción le correspondí sus miradas y esa sonrisa tan bonita que desprendía. Qué tiempo tan noble fue aquella década; lo digo así porque fueron mis momentos más blancos, llenos de inocencia y emociones diarias. Y lo más interesante fue cuando me habló por primera vez: esperó a que saliera de la pista y me alcanzó en la barra principal. Se presentó con el nombre de Emiliano, y le respondí: «Soy Nadia, mucho gusto». Quedamos de vernos cuando terminara el baile, y así fue.

Se ofreció a dejarme en casa. Caminamos por las calles y nos detuvimos en una fuente cerca de donde vivía; ahí fue donde empezó nuestra historia de amor, con ese beso que, cuando su recuerdo emerge, aún lo saboreo. Entre tantos paisajes románticos eran nuestras tardes: lo acompañaba a la disco donde trabajaba, practicaba sus mezclas y las programaba para su siguiente evento. Era maravilloso verlo hacer lo que lo apasionaba, y que se le escaparan besos y abrazos en cada melodía mientras el acetato giraba y giraba. Más tarde pasábamos al puestecito de doña Carlota, una señora tan agradable y cordial; buenísima toda su comida y sus anécdotas con sus clientes. De seguro no escaparíamos de eso, sonreí. Al final llegaba la hora en que quieres que se detenga el reloj y se

pierda en el desierto del Sahara: la despedida de esa noche y esperar otro día para vernos. Siempre fue muy respetuoso en eso de los deslices más abajo de la cintura o hacia arriba; me encantaba su caballerosidad. Era buen escucha, como yo. Día a día sentía que él era el indicado a mi precoz edad; me sentía tan completa, tan ilusionada; éramos uno mismo. De repente, en una mañana en mi salón de clases, me puse a dibujar un boceto de un vestido de novia, y de ahí en adelante no paré. Algo en mí me movía por dentro y me hacía sentir muy bien. Cuando se los enseñaba, le recorrían las emociones igual que a mí; me abrazaba fuerte y me sentía única, la más feliz en todo el universo. Nuestro romance seguía a flote: a mi madre le agradaba y a mi hermano más, obvio, porque le latía eso de ser DJ, y a mi hermana le encantaba toda la música, así que no fue problema la aceptación de la familia. Sin embargo, cuando todo iba de color de rosa, empezaron las ausencias, cada vez más lejano de mí, como no era la costumbre por ese amor que nos hacía estar siempre juntos la mayoría del tiempo. Pero el día menos pensado llegó a mi casa no con buena cara y pidió hablar conmigo a solas. Así que nos fuimos a la plaza cercana. Me pidió que lo dejara hablar, pero antes que todo: que me amaba y lo haría para toda su vida.

Yo ya sentía mi cuerpo frío; si en su ausencia me helaba, sus palabras me punzaban como hielo. Se veía venir una despedida y así fue. Emiliano me dijo ese día de una novia inexistente para mí, la cual ocultó durante todo ese tiempo. Y no solo fue eso: aparte estaba embarazada. En ese momento solo salieron mis lágrimas y mi corazón se agigantó donde empezaba a colapsar, mientras tanto él decía que tenía que hacerse responsable del hijo que tendría, y que si nunca me habló de ella fue porque esa mujer nunca quiso dejarlo, lo amenazaba con suicidarse y quería que yo lo comprendiera.

No estaba en el momento para comprender a nadie. Yo solo corrí a mi casa y me eché a llorar en mi cama. Al día

siguiente amanecí con la misma ropa y los ojos hinchados, y así fueron los siguientes después de clases: aparentaba todo lo que podía. Y, por si fuera poco, me empezaron a llegar rumores de que en una semana se casarían en la iglesia por donde yo vivía. Más punzadas de hielo sentía mi corazón. Pensé que no me iba a afectar tanto esa boda, pero me equivoqué. Cuando escuché las campanadas de dar inicio a la celebración, salí de casa radiante como si nada hubiese pasado, pero al regreso venía cansada; ya había andado por calles conocidas y desconocidas, ya mis zapatos los traía en la mano y las últimas palabras de Emiliano resonaban en mi cabeza como esos pinchazos de hielo. Subí a mi cuarto y llevé conmigo tequila; solo quería sedarme y olvidarme ese día tan infortunado para mí. Una copa, otra copa y las demás que siguieron, hasta que no pude más. Saqué de un cajón una navaja filosa, la puse encima de mi muñeca y poco a poco la acercaba, acordándome de cada palabra de amor y del sueño de que nos casaríamos algún día. Cuando de repente entró mi madre, escondí la navaja y la botella cayó al suelo. Me reprendió en ese momento, quitándome la navaja y abrazándome. Y recuerdo que me decía, cual sabia son las madres, que todo iba a pasar, que en algún tiempo ya lo olvidaría y que no valía la pena llorarle, cuál daño me había hecho, me había quitado todo; sin él sentía que ya no existía. Pero hubo una manera de dispersar esos malos días, aparte de terminar mi último grado. Quién iba a decir que Emiliano repararía mi corazón con el desamor que provocó: empecé a escribir de forma sorpresiva un poema diario o pensamiento. En ese tiempo no sabía de signos ortográficos, solo seguía mis sentimientos; lo importante era que al plasmar mis letras me reconfortaba, eran como un bálsamo en mi alma.

Tanto así que le escribí lo siguiente y le puse como título:

«Mi primer poema»

Los últimos días de marzo, qué dichosa me sentía

al tener el amor a mi lado, poco a poco vivía.

Pero tú, primavera, me arrebataste lo que más quería;

tus flores renacerán, los rayos del sol alumbrarán,

pero este dolor que siento me consumirá.

Pensé en el amor para siempre y solo ruinas quedarán

de ese idilio tan intangible que creí sin pensar;

me exilié a la oscuridad, imaginaré de forma vaga esos paisajes

que alguna vez fueron bálsamo en mi triste soledad;

esperaré el final de los tiempos por una oportunidad más

de vernos al final

y concluir nuestro amor así sea en la eternidad.

Con el tiempo lo comprendí y puedo asegurar que aún dice amarme, porque me ama desde la culpa, ya no desde su corazón. En cambio, yo seguí mi camino, con altos y bajos como todos. Hace muchos años dejé los cuestionamientos en mi cabeza; ya eran innecesarios que anduvieran por ahí, solo moviéndome en mi vida a una acción equivocada. Tengo pocos años sin encontrarme con él en lugares conocidos, pero cuando suele pasar, su mirada es la misma de aquella tarde.

Reencuentro

Lyz Rayón

MÉXICO

Mi corazón latía con una intensidad que me desbordaba. ¿La razón?

Él estaba ahí, esperándome, sentado en una de las bancas del parque, la misma que fue testigo de incontables momentos compartidos.

El tiempo había hecho interminable la ausencia y me dolía cada segundo de ella. Una década entera se había interpuesto entre nuestro amor y el reencuentro.

Él me sonrió y algo en sus ojos me hizo volver al inicio.

A la preparatoria.

A ese día en que lo vi guardar sus libros en el casillero.

Cuando volteó, el cabello le caía sobre la frente, sus ojos eran grandes y su sonrisa parecía iluminarlo todo.

Un parpadeo bastó para traerme de vuelta.

Él seguía ahí, y por un instante todo lo que había anhelado se volvió tangible.

Me senté a su lado y tomó mi mano con suavidad. En voz baja dijo:

—Te extrañé cada día después del final.

Advertí la verdad que traslucía su voz y en ese momento fui muy consciente de la situación: estaba ahí, de nuevo con él. Me mantuve firme para no perder el control.

A pesar de eso, el sentimiento fluía sin parar y, por un momento, me pareció que de nuevo tenía diecisiete años.

Su mano, tibia y firme, envolvía la mía como si nunca hubiera aprendido a soltarla.

El parque olía a tierra húmeda y hojas viejas, a tardes que se quedan a vivir en lo más profundo de la memoria. Me concentré en ese olor, en la presión suave de sus dedos, en la forma en que su pulgar dibujaba círculos distraídos sobre mi piel, como lo hacía cuando aún no sabíamos que el tiempo podía romperlo todo.

Al principio creí que volvería, con la misma seguridad con la que uno espera que amanezca después de la noche. Con los años, mi esperanza se hizo más pequeña... aunque nunca desapareció del todo.

—Nunca supe cómo dejar de esperarte —dije en voz baja, mientras apretaba un poco más su mano.

No respondió. Solo me miró con una calma distinta a la impaciencia del chico que corría para alcanzarme en los pasillos de la preparatoria. Ahora había algo más en su mirada, como si me contemplara desde muy lejos.

El silencio no era incómodo.

Apoyé la espalda en la banca y miré al frente, hacia la rotonda en el centro del parque. Me pregunté qué hora sería, pero la luz parecía detenida en un mismo punto del cielo.

No quise pensarlo demasiado.

Volví a mirarlo a los ojos y el parque se desdibujó frente a mí.

Regresé al día en que cruzó la puerta de mi clase de teatro sin pertenecer a ese lugar, solo para encontrar una excusa para hablarme. Minutos después, una actividad nos tenía recostados boca abajo sobre el suelo frío, frente a frente, sosteniéndonos la mirada como si nada más existiera.

El recuerdo se deshizo con lentitud hasta llevarme de vuelta al parque.

Cuando volví del todo sus ojos seguían fijos en mí.

Por primera vez en años, no sentí miedo de perderlo otra vez. Como si, ya no existiera la posibilidad de que se fuera.

—¿Recuerdas los recreos? —pregunté con una sonrisa —. Siempre decías que no tenías mucha hambre y compartías tu desayuno conmigo.

Una risa breve escapó de su pecho, suave, como si viniera de un lugar donde ya no existiera la prisa.

—Nunca supe fingir bien —murmuró.

De eso estaba segura.

Por eso supe que su amor había sido real.

Quise preguntarle tantas cosas.

Dónde había estado.

Si había sido feliz.

Si alguna vez pensó en volver.

Las preguntas se quedaron suspendidas en mi garganta...

Él no pareció notarlas.

—Caminábamos sin rumbo los domingos —continué, más para mí que para él—. Decíamos que estábamos perdidos.

—Pero siempre terminábamos en el mismo lugar — completó.

El aire se me escapó del pecho. Su hombro rozó el mío. El contacto fue leve, pero una corriente me recorrió el pecho, como

si una parte de mí que llevaba años dormida acabara de despertar.

Había algo frágil en el aire, una delicadeza parecida a la de los sueños justo antes de que suene el despertador.

Dejé que el silencio hablara por nosotros, mientras el mundo, parecía haberse olvidado de girar.

Él miró hacia el suelo y luego besó mi mano con timidez.

No despegó sus labios de inmediato. Luego levantó la vista, no del todo hacia mí, sino hacia ese punto intermedio donde viven los recuerdos que todavía duelen.

—Aún lo recuerdo —murmuró—, la primera vez que sentí tu piel en la mía. Estaba tibia, era una corriente eléctrica que recorría cada centímetro de mí, jamás había sentido algo tan real.

Al escucharlo mi cuerpo se llenó de ecos y me perdí en el pasado.

—Besarnos sin prisa, sin saber muy bien qué hacíamos... perdernos en la oscuridad. —Dije por fin.

No añadió nada más.

No hacía falta.

Se inclinó hacia mí, lo suficiente para que su frente rozara la mía.

Entonces me rodeó con los brazos.

Fue un abrazo de esos que llegan tarde y aun así lo contienen todo.

Apoyé el rostro en su pecho y cerré los ojos. Su cuerpo seguía siendo el mismo lugar al que siempre anhele volver.

Y por un instante, solo por ese instante, no existió nada más.

Cuando se separó, lo hizo despacio. Su mirada bajó a mis labios como si los reconociera. Como si aún supiera el camino.

No preguntó.

Yo tampoco.

El beso fue lento y profundo, cargado de tiempo, de espera, de amor... de todas las versiones de nosotros que no llegaron a ser.

Cuando nuestros labios se separaron, supe, sin entender todavía cómo, que el reencuentro no iba a durar mucho.

Y, aun así, había valido toda una vida.

De pronto mi mente me llevó de nuevo al pasado en donde la música navideña sonaba a lo lejos mientras las luces de colores parpadeaban en el callejón por el que caminábamos aquella noche de diciembre. El frío nos había enrojecido la nariz

y yo me aferraba a su brazo con fuerza, como si así pudiera quedarme ahí para siempre.

Caminábamos despacio. El invierno siempre nos perteneció. Éramos muy felices.

Y esa noche él me dijo algo que jamás olvidaría: «todos dicen que el amor es para siempre, tú para siempre es todo lo que necesito».

Después de eso, no hubo nada más.

No existió una pelea, ni siquiera una despedida clara.

Solo un día en el que se fue... y no volvió.

El orgullo me ganó al inicio.

Pensé que era cuestión de tiempo. Que estaba confundido. Esperé con la paciencia ingenua de quien cree que el amor siempre encuentra el camino de regreso.

Pasaron semanas.

Luego meses.

Luego años.

Y su ausencia se convirtió en algo real. Jamás aprendí a vivir con eso y muchas veces traté de buscarlo, de acercarme a él, pero de su parte siempre hubo silencio.

Mi vida durante esos diez años fue buena. Tenía todo lo que había anhelado: éxito, crecimiento profesional, amistades, una familia presente. Incluso conocí personas increíbles con quienes compartí momentos llenos de cariño.

Pero amor... amor de verdad, no. Porque lo tenía todo, y, aun así, me faltaba él.

Nunca dejé de esperarlo del todo.

Y después de tanto tiempo de espera apareció ahí, en el mismo lugar. Con la misma mirada. Como si el tiempo no hubiera hecho su trabajo.

En un segundo entendí por qué no había prisa ni miedo, por qué todo parecía detenido:

Él nunca volvió a irse porque nunca estuvo ahí.

El parque estaba vacío.

La banca, fría.

Mis manos, solas.

Me di cuenta entonces de que ese reencuentro había sido el último regalo que la vida me concedía. Una tregua. Un cierre. Una despedida disfrazada de milagro.

Morí esperándolo.

Y solo en la muerte pude volver a encontrarlo completo.
Sin ausencias. Sin silencios. Sin promesas rotas.

Como un regalo para poder descansar por fin.

Tal vez por eso sonrió cuando me dijo que me había
extrañado.

Tal vez por eso me besó como si supiera que no habría
otra oportunidad.

Al final, como dijo él: todos dicen que el amor es para
siempre.

Y quizá tenía razón.

Solo el mío.

Agradecimiento

A cada uno de los treinta y nueve escritores que, con generosidad inmensa, hicieron posible «Susurros de Amor».

No hay forma elegante de decirlo: sin ustedes este libro simplemente no existiría.

Treinta y nueve veces abrieron el cajón más íntimo de su memoria, treinta y nueve veces eligieron las palabras exactas — o las más aproximadas— para nombrar algo que, por definición, se resiste a ser nombrado. Treinta y nueve veces confiaron en un proyecto que empezó como un sueño casi tímido en México y que, gracias a su entrega, terminó cruzando océanos y cordilleras para llegar a manos desconocidas en cualquier rincón del mundo hispanohablante.

A ti, que escribiste desde la Patagonia mientras el viento aullaba contra la ventana y te recordaba que el amor también puede ser frío y persistente.

A ti, que redactaste tu relato en una pequeña habitación de Madrid, entre el ruido de la Gran Vía y el silencio que solo se escucha cuando el corazón late demasiado fuerte.

A ti, que en Marruecos o en Lima, en plena altura, encontraste aire suficiente para respirar y para dejar salir esa historia que llevabas años guardando.

A ti, que escribiste a mano porque la pantalla te parecía demasiado fría para lo que querías contar.

A ti, que enviaste tu texto a medianoche, con el miedo de quien se desnuda en público, y aun así apretaste «enviar».

A ti, que revisaste el relato una y otra vez, para quitar palabras, añadir silencios, al buscar que el dolor o la alegría sonaran verdaderos y no literarios.

A ti, que escribiste por primera vez sobre un amor que nunca habías contado a nadie, ni siquiera a ti mismo.

A ti, que volviste a escribir sobre un amor que creías ya cerrado y descubriste que todavía sangraba tinta.

A ti, que transformaste una despedida en un relato luminoso, y a ti que convertiste una dicha inmensa en una confesión rota.

A ti, que participaste sin pedir nada a cambio, solo con el deseo de que tu voz se sumara al coro.

Gracias por la paciencia con mis correos interminables, con las preguntas que parecían no acabar nunca, con las sugerencias que a veces eran solo dudas disfrazadas de consejos.

Gracias por entender que este no era un concurso de perfección literaria, sino un acto de fe colectiva en que el amor, contado con honestidad, siempre encuentra quien lo necesite escuchar.

Gracias por permitir que sus relatos se entrelacen, por dejar que una historia nacida en tantos rincones, donde el español vibra con acentos distintos pero el corazón late en un mismo idioma, logre reconocerse aun sin haberse encontrado.

Gracias por recordarme —y recordarnos a todos— que la literatura no es solo técnica ni estilo: es, sobre todo, coraje. El coraje de mostrar la grieta por donde entra la luz, pero también por donde a veces se cuele el frío.

Este 14 de febrero, y todos los días que vengan después, Susurros de Amor llevará sus nombres —o sus seudónimos, o sus iniciales, o su silencio elegido— como una constelación. Treinta y nueve estrellas que, juntas, dibujan algo mucho más grande que

la suma de sus partes: la certeza de que, en medio de tanto ruido y tanto olvido, todavía hay personas dispuestas a sentarse frente a una hoja en blanco y decir «yo también he querido así».

No hay pago que alcance para agradecerles eso.

Solo puedo ofrecerles estas líneas, este libro que ahora existe gracias a ustedes, y la promesa sincera de que sus palabras ya están llegando a quien las necesitaba: a alguien que esta noche, en alguna ciudad lejana, abrirá el libro y sentirá, por un instante, que no está tan solo como creía.

Con gratitud que no se agota, con admiración que no se acaba y con un abrazo que cruza distancias,

José Arturo Sarabia Campos

Editor Literario

Colaboradores de la Antología



Esta antología reúne las voces de treinta y nueve escritores de habla hispana que, desde distintos rincones del continente y la península, han querido compartir su mirada sobre el amor. Cada uno aportó un relato cargado de honestidad y latido. Son narradores, poetas, soñadores, heridos y renacidos que, sin conocerse en persona, se encontraron en estas páginas para susurrar juntos. Sus nombres abren el camino de «Susurros de Amor» y son, ante todo, la prueba viva de que el amor se cuenta mejor cuando se cuenta en plural.





Nombre: Cirenía Salazar

País: México

Edad: 49 años

Semblanza:

Cirenía Salazar es escritora mexicana. Licenciada en Ciencias de la Comunicación

por la Universidad Autónoma de Nuevo León, con especialidad en Periodismo, ha

trabajado en radio, prensa y televisión. Actualmente es corresponsal de Radio

Fórmula en Nuevo Laredo y cursa el máster en Escritura Creativa en la

Universidad de Salamanca. Apasionada por la actuación y el modelaje, cuenta con

dos publicaciones antológicas y ha sido reconocida con el galardón Mujer

Emblemática. En la escritura ha encontrado un territorio íntimo donde la palabra le

permite explorar, nombrar y sanar emociones.



Nombre: Miguel A. Amaya Ventura

País: México

Edad: 63 años

Semblanza:

Sociólogo. Se dedicó a la docencia en los niveles básico y medio superior; jefe de departamento en estudios sociodemográficos en el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Dedicado desde el año 2020 a la literatura, ha publicado cuentos en antologías de México y otros países.



Nombre: Miguel Ángel Acquesta

País: Argentina

Edad: 76 años

Semblanza:

Nacido el 2 de junio de 1949 en Núñez. Capital Federal. Argentina. Licenciado en Psicología. Becario del Fondo Nacional de las Artes en Letras, produjo «Luces en la oscuridad. A 21 años de la masacre de Ramallo». Publicó «Relatos Urbanos» Editorial Vanadis. 2021. En la misma editorial publicó en 2022 la colección de cuentos «Historias de asfalto» Autores Argentinos editó en 2023 «Ajuste de Cuentos» En 2024 la misma editorial publicó «Cuentos de perdedores y perdidos»



Nombre: Daniela Herrera Martínez

País: México

Edad: 27 años

Semblanza:

Originaria de Jalisco, creció entre la fascinación por lo oculto y una curiosidad insaciable por el miedo. Influenciada por Stephen King, José Saramago, José Madero y Julio Verne, y por programas televisivos que alimentaron su imaginación sombría, desarrolló una mente corrompida dulcemente por el terror. Su paso por el ámbito forense, donde exploró la muerte y las mentes criminales, marcó su visión narrativa. En sus escritos, Daniela profundiza en el terror místico, lo oculto y lo psicológico, revelando cómo la mente humana puede ser el escenario más aterrador de todos.



Nombre: Griselda Rochin Garciglia

País: México

Edad: 66 años

Semblanza:

Maestra sudcaliforniana que desde pequeña se inclinó por las artes, con especial énfasis en la escritura. Su imaginación la ha llevado a crear diversos géneros literarios, entre los que destaca *La profecía de los cuatro reinos* (ya publicada por Editorial Vagabundos), una saga compuesta por otros tres libros que nos sumerge en una aventura épica de reinos y seres mágicos. También es autora de *Vidas extrañas. Cuentos de lo insólito*, obra ganadora del Segundo Concurso Nacional de Cuentos auspiciado por la Fundación Mecenaz del Libro, A.C.

Entre sus trabajos más fecundos se encuentra El hombre de la ciudad de la sal, reconocida por la riqueza de su lenguaje y la intensidad de sus descripciones de lugares y emociones. Sin duda, se trata de un viaje al pasado que nos conecta con el mundo y el tiempo perdido de Yeshúa.



Nombre: Luz María Rubio Nájera

País: México

Edad: 62 años

Semblanza:

Maestra en educación primaria; además, escribe y pinta. Ha publicado diversos textos y artículos en la revista del CECYTECH, y fue coautora del libro Actualización y capacitación de los docentes chiapanecos (abril de 2004). Es autora de tres libros: El color de la vida, Entre flores, terapia y cosas peores y Una frazada para el invierno.

Ha sido antologada en la Antología de talento latinoamericano publicada por Factor Literario, en Una pluma y una hoja (América Madre, filial Tuxtla), así como en la Antología 2025 del Movimiento

Ciudadano por la Cultura de Chiapas. Participa de manera virtual en La voz de tus escritos.



Nombre: Isaac Hernández Morales

País: México

Edad: 19 años

Semblanza:

Dedicado al estudio bíblico y la reflexión ética, cuya vida gira en torno a la formación teológica y el pensamiento crítico.



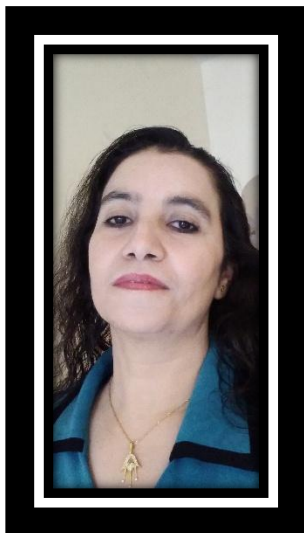
Nombre: Aldo Alexis Orozco Mendoza

País: México

Edad: 25 años

Semblanza:

Ingeniero Químico y Físico de profesión, científico aficionado, escritor novel de aventura, ciencia ficción, suspense, y misterio. Lector empedernido.



Nombre: Souad Zakarani

País: Marruecos

Edad: 38 años

Semblanza:

Escritora, poeta y traductora marroquí. Tras obtener la licenciatura en Literatura Francesa y la maestría en Literatura Inglesa, trabajó como profesora de lenguas extranjeras en un instituto de idiomas en la ciudad de Casablanca. Domina el francés, árabe, inglés, alemán, español e italiano. Actualmente se desempeña como traductora en un periódico local y colabora con poemas, narraciones y críticas en numerosos periódicos y revistas literarias, tanto locales como internacionales.

Sus obras han sido incluidas en diversas antologías en Austria, Alemania, España, Argentina, Australia, Reino Unido y Estados

Unidos, entre ellas WELL READ Magazine, Hooligan Street Poetry, Revista Sofón, Research Planet Journal y Zest of the Lemon Vol. 3. Sus poemas fueron seleccionados para la lista corta del Premio Ulrich Grasnik Lyrikpreis 2025.

Actualmente trabaja en la publicación de su primer poemario en alemán y, además, le interesa traducir cuentos populares marroquíes a varios idiomas.



Nombre: Jorge Gallo García

País: México

Edad: 53 años

Semblanza:

Nació en la Ciudad de México en 1972; desde niño se enamoró de historietas y cuentos infantiles que le regalaban sus abuelos, por lo cual formó una colección de más de 150 títulos entre historietas y cuentos. De adolescente se aficionó a los relatos fantásticos, góticos y de terror.

Estudió la licenciatura en periodismo y comenzó a trabajar como docente; a la par de la enseñanza, colaboró en programas de radio y revistas, en el género de terror y el misterio. Cursó un par de masters en literatura y sigue como docente.



Nombre: María Magdalena López Espinosa

País: México

Edad: 53 años

Semblanza:

Licenciada en Letras y Maestra en Humanidades, con línea en formación docente y eje en enseñanza de la literatura. También Maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas con orientación en Literatura Hispanoamericana. Declamadora, actriz de teatro y ponente en congresos nacionales e internacionales. Desarrolla talleres de creación literaria con niños y adolescentes. Escribe teatro, cuento, poesía y novela. Autora de los cuentos Los fantasmas vienen de noche, Martes trece, Cuando un amigo se

va, Detrás de la puerta y Los delirios del beso, así como del sketch Malas interpretaciones. Su publicación más reciente es la novela Canción de cuna para un suicida. Participó en la 4ª Lectura Masiva de Mujeres con los poemas «Dime luna», «Escribe» y «Que me lleve el viento»



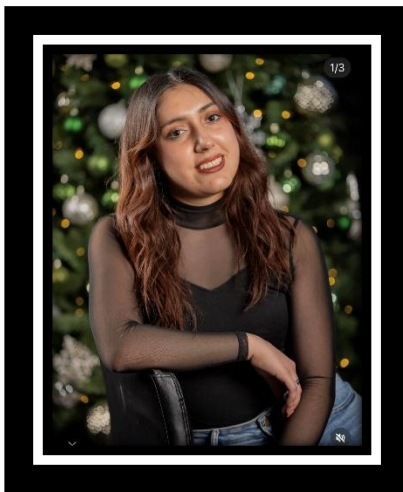
Nombre: Iván Ledezma Flores

País: México

Edad: 33 años

Semblanza:

5 libros publicados, colaborado en varias antologías y participado en diversos talleres de escritura y literatura.



Nombre: Nasdira Abes Martínez

País: México

Edad: 23 años

Semblanza:

Escritora mexicana interesada en explorar el amor como territorio de riesgo, pérdida y reconstrucción personal. Su obra aborda los vínculos afectivos desde la entrega, la lucidez y la herida, con una narrativa íntima que examina la identidad y la decisión de permanecer fiel a uno mismo.



Nombre: Sebastián J. Nolasco

País: México

Edad: 28 años

Semblanza:

Escritor mexicano cuya primera publicación apareció en 2022 con el cuento La flor de Adál en la Antología Sembrando Voces. Su primer libro, Post Mortem (In Morte Vita Advenit), fue publicado en 2025 como carta de amor y despedida a su mentor y tío, Horacio Warpola.



Nombre: Jazmín Hernández Rodríguez

Seudónimo: Rosa Blanca

País: México

Edad: 19 años

Semblanza:

Estudiante de Psicología. Aunque aún no he publicado ningún libro, he participado en antologías como Herencia de tinta y Amada mía. Escribo con la esperanza de que alguien encuentre en mis historias el mismo consuelo que yo sentí al leer las de otros autores. Para mí, escribir es un gran pasatiempo: siempre intento mejorar y dejar al lector alguna enseñanza. Vivo dentro del espectro autista.



Nombre: Armín Jesús Arceo Durán

País: México

Edad: 36 años

Semblanza:

Armín Jesús Arceo Durán es médico cirujano y escritor mexicano, maestro en Medicina Estética, Antienvjecimiento y Regenerativa, con una sólida trayectoria tanto en el ámbito científico como en el literario. Miembro activo de la Sociedad de Escritores de Durango, ha desarrollado una obra marcada por la exploración de la fantasía, la ciencia ficción, el horror cósmico y lo fantástico contemporáneo, con un estilo que combina rigor conceptual, simbolismo y profundidad emocional.

Su formación literaria se consolidó en la Escuela Creadores de Letras, donde cursó narrativa básica y avanzada, corrección de estilo y géneros especializados como ciencia ficción y literatura fantástica. Desde 2023 se desempeña como maestro y asesor en dicha institución, impartiendo cursos sobre narrativa fantástica y ciencia ficción.

Ha participado en numerosas antologías y revistas nacionales e internacionales, recibiendo menciones honoríficas y reconocimientos editoriales. Asimismo, ha sido jurado en certámenes literarios estatales, reafirmando su compromiso con la creación, la formación de nuevos autores y la difusión de la literatura especulativa contemporánea.



Sebastián Benavides

País: Ecuador

Edad: 30 años

Semblanza:

Desde siempre me ha apasionado la literatura, especialmente la de terror. Hoy estoy cumpliendo un sueño: liberar al mundo todas esas ideas que durante años habitaron en mi imaginación. Prepárate para adentrarte en una pesadilla de sensaciones misteriosas que no te dejarán dormir tranquilo.



Alejandro González Soria

País: México

Edad: 68 años

Semblanza:

Nacido en la ciudad de Tijuana, Baja California. Estudió Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Baja California y se especializó en Medicina del Trabajo. También cursó una ingeniería en el Instituto Tecnológico de Tijuana. Ha impartido materias relacionadas con su especialidad en diversos diplomados.

En el año 2000, junto con otros colegas, participó en la elaboración de un libro sobre seguridad e higiene, y colaboró activamente en un estudio binacional sobre trastornos del tubo neural. Actualmente ejerce su especialidad en el ámbito privado.



Cristian Isaí Cruz Malmaceda.

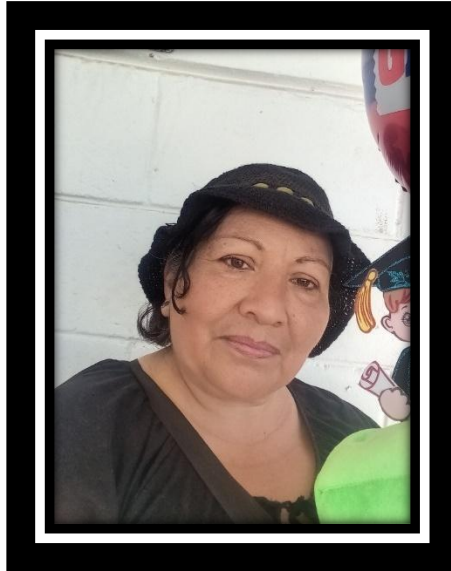
País: Perú

Edad: 42 años

Semblanza:

Profesional en turismo, una carrera que le ha permitido descubrir culturas, historias y paisajes que enriquecen su mirada y nutren su forma de escribir. Apasionado por el arte de la palabra escrita, encontró en la escritura no solo un talento, sino una verdadera vocación. Amante de la buena lectura, ha hecho de los libros sus maestros y de las historias su inspiración constante.

Escribe por convicción y por pasión; cree firmemente que la creatividad y la sensibilidad se cultivan en la experiencia, la observación y el deseo genuino de expresar lo que el corazón y la mente sienten. Cada texto que crea refleja su compromiso con la palabra y su determinación de construir su propio camino en el mundo literario.



María Luisa González Torres

Seudónimo: Maryto

País: México

Edad: 56 años

Semblanza:

Nacida en la Ciudad de México el 19 de agosto de 1969. Aunque siempre he tenido una imaginación muy activa, fue hace unos treinta años cuando despertó en mí el gusanito de la escritura. Tengo algunas historias que aún no he podido publicar, y mi sueño es que algún día algo escrito por mí llegue a la pantalla grande.

Por ahora, comparto relatos breves en mi página de Facebook llamada Misterios de la mente. A lo largo de mi vida he desempeñado muchos trabajos distintos, ya que me apasiona

aprender algo nuevo cada día. Actualmente vivo en Tijuana, Baja California.



Karla María Barillas Paiz

Seudónimo: Karla María

País: Guatemala

Edad: 50 años

Semblanza:

Nacida en la tierra de la eterna primavera, Guatemala, me considero escritora. Desde la adolescencia, la creatividad ha brotado en mí de forma natural. Basta un segundo, una simple mirada a una flor, al atardecer, al sol o al mar, para comenzar a tejer historias.

Cada vida es una historia; solo hace falta detenerse un instante para narrarla.

Desarrollé una profunda pasión por la lectura y la escritura. Me fascinan el misterio, la historia y lo sobrenatural. Me considero una narradora comprometida con la riqueza cultural, donde la literatura —desde sus orígenes— ha sido el hilo que entrelaza memorias, voces y sueños.



Julio César Aguilar

País: México

Edad: 55 años

Semblanza:

Cursó la carrera de Medicina en la Universidad de Guadalajara, una Maestría en Artes en Español en la Universidad de Texas en San Antonio y un Doctorado en Estudios Hispánicos en la Universidad de Texas A&M. Actualmente es profesor en Baylor University. Autor de Rescoldos, 1995; El desierto del mundo, 1998; Orilla de la madrugada, 1999; La consigna y el milagro, 2003; El yo inmerso, 2007; Barcelona y otros lamentos, 2008; Alucinamiento, 2009; Aleteo entre los trinos, 2014;

Destellos de Zapotlán y otras penumbras, 2019; Alborozo, 2020, y Donde no falta nada, 2021, entre otros títulos.



Francisco Javier de la Fuente Vázquez

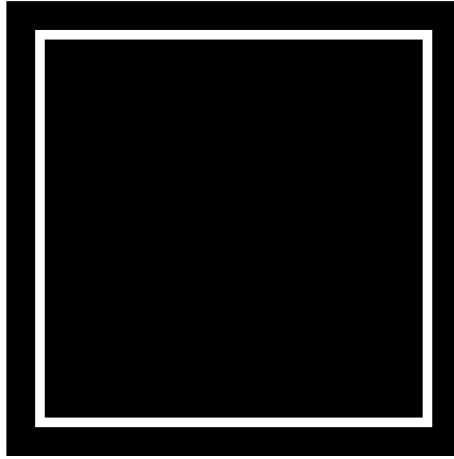
País: México

Edad: 55 años

Semblanza:

Nacido en la ciudad de Saltillo, Coahuila, México, el 5 de agosto de 1970. Músico, compositor, arreglista, guitarrista y cantautor, egresado de la Escuela Superior de Música de la Universidad Autónoma de Coahuila (U.A. de C.). He escrito más de 200 canciones, principalmente en los géneros de balada romántica y canción de autor.

Además, me he desarrollado como docente de guitarra clásica y lenguajes musicales, impartiendo cursos y talleres sobre escritura de canciones. He participado brevemente en teatro local como actor principal en tres obras, y he escrito algunas historias cortas de misterio. Actualmente trabajo en mi primer libro sobre composición de canciones populares.



Arielle Miscardi

País: México

Edad: 27 años

Semblanza:

originaria de Tijuana, México, tiene 27 años. Desde su niñez mostró inquietud por tres temas fundamentales en su vida: la gastronomía, la literatura y el anime. Fue su padre quien la alentó siempre a vivir sin complicarse demasiado, a diferencia de su madre, una persona de carácter serio ante la vida.

La cocina le ha parecido siempre el lugar más íntimo después de la habitación; adora cómo las conversaciones pueden volverse más interesantes y personales bocado tras bocado. Considera que se puede conocer a alguien en la intimidad observando su comportamiento en la mesa.

Tras sufrir el aborto involuntario de su primer hijo, decidió inscribirse en cursos de literatura patrocinados por la Casa de la

Cultura de su ciudad natal, mientras trabajaba en un restaurante de comida china al que acude gente de todas las clases sociales.

Su pasión actual es relatar las historias que surgen alrededor de la mesa, condimentadas con un poco de humor, pero siempre respetando el principal ingrediente de todos: la veracidad de las emociones. Así, ofrece relatos que, como los platillos que acompaña, buscan emocionar y dejar huella.



Alfredo Olmos Hernández

País: México

Edad: 36 años

Semblanza:

Originario de Pachuca, Hidalgo, México, es egresado de la licenciatura en Ingeniería Civil por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo y de la Maestría en Enseñanza de las Ciencias por la Universidad Digital del Estado de Hidalgo. Ha colaborado en las revistas literarias Espejo Humeante, Aeroletras, Fantastique y La Sirena Varada. Es autor del libro Capitán Sueño, publicado por Librerío Editores.



Ana Martínez Castro

País: Uruguay

Edad: 51 años

Semblanza:

Nací el 14 de agosto de 1974 en la ciudad de Montevideo, capital de Uruguay. Mi infancia y adolescencia transcurrieron en una zona rural, en el campo, en el departamento de Canelones, en el paraje Cueva del Tigre. Más adelante me mudé a la ciudad de Soca, donde viví hasta la adultez, momento en que me trasladé a El Pinar, también en el departamento de Canelones, donde resido actualmente.

Allí compartí once años con mi esposo, quien partió físicamente en abril de 2021. Desde siempre me ha gustado escribir. Tengo algunos libros publicados en colectivos de poesía, cuentos breves y literatura infantil.



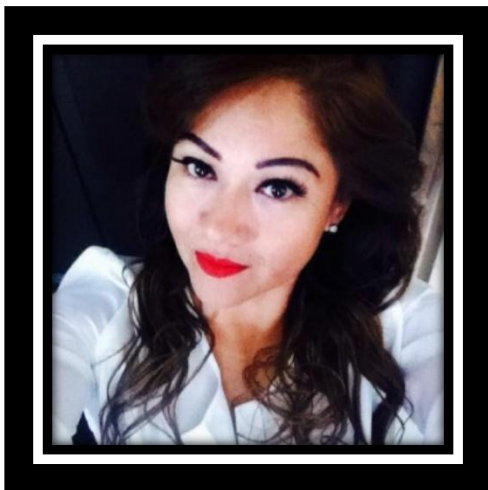
Juan Carlos Quiñones Salazar

País: México

Edad: 63 años

Semblanza:

Es un escritor y poeta nato que posteriormente estudió la especialidad de Literatura en la Universidad Mesoamericana de San Agustín (Campus Mérida). A diferencia de muchos, no se ha encasillado en una sola temática de escritura, pues en cada una se adapta de manera natural. Su poética particular y preferida es la versada en rima. Además de sus estudios literarios, ostenta un título en Administración y Finanzas, que en la actualidad no ejerce, ya que goza de una pensión laboral debido a las secuelas de un evento cardiovascular.



Agar Covarrubias

País: México

Edad: 53 años

Semblanza:

Nacida en Monclova, Coahuila, es psicóloga humanista y coach emocional. Con tres participaciones en antologías nacionales, su propuesta explora la sensibilidad y la pasión, faceta que la llevó a publicar poesía erótica bajo el sello argentino de la Editorial Anuket. Le gusta participar en concursos y convocatorias para seguir aprendiendo y perfeccionando su escritura, además de continuar su formación en talleres de escritura creativa y redacción. Para ella, cada día es una oportunidad de aprendizaje, y desea ofrecer mucho en este mundo de letras.



María Balbina López Caballero

País: España

Edad: 52 años

Semblanza:

Cantante.

Ganadora del concurso de relatos en Fuente Obejuna, en la modalidad de adultos.

Segundo lugar en el concurso de relatos de Palos de la Frontera (Huelva).

Seleccionada en el certamen 40 relatos de terror.

Seleccionada en el certamen 40 relatos de amor.

Seleccionada en el certamen 30 relatos de gritos y pesadillas.

Segundo lugar en el I Concurso de Relatos de Terror «De la mano de Alba».

Finalista en el III Certamen de Relato Breve 2019, Residencia de Mayores Campiña de Viñuelas.

Finalista en el concurso de microrrelatos de Santaella.

Seleccionada para la Antología de Fantasmas de Kannoniccal Editores.



Rosaura Béjar Hernández

País: México

Edad: 60 años

Semblanza:

Estoy estudiando el oficio de la escritura en el taller de crónica y cuento del Centro Cultural de la UNAM. Me dedico al hogar y trabajé durante más de veinte años en el manejo de ganado. Ahora deseo aprender a escribir, adquirir experiencia mediante la práctica y participar en concursos literarios.



Abner Marduk Silva Camarillo

País: México

Edad: 33 años

Semblanza:

Es historiador y profesor de Humanidades. Egresado de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, realizó una estancia académica en la Universidad de Sevilla, España. Ha ejercido la docencia en historia, filosofía y ciencias sociales en distintos niveles educativos, combinando el rigor académico con la formación crítica del alumnado. Ha participado como ponente en encuentros nacionales e internacionales y colabora en la divulgación histórica a través de medios digitales. Su trabajo se inscribe en el interés por la memoria, la educación y la reflexión humanística en el norte de México.



Silvia Carús

País: España

Edad: 50 años

Semblanza:

Participa activamente en revistas y antologías literarias de ámbito nacional e internacional, y administra un grupo poético en redes sociales. Su obra se distingue por un estilo poético y atmosférico, en el que el misterio y lo sobrenatural dialogan con las emociones humanas más profundas. Ha publicado varios e-books, entre ellos *Rebeldes* y *Cupido*, y actualmente trabaja en su sexta novela. En 2025 recibió el Premio Tulipán de Oro por su trayectoria literaria, un reconocimiento a una voz creativa que fusiona sensibilidad, oscuridad y belleza en cada relato.



Cecilia Ekaterina

País: México

Edad: 56 años

Semblanza:

Yo, Cecilia Ekaterina, psicóloga de profesión y observadora de lo cotidiano, docente de educación superior, disfruto crear historias y universos donde se narran posibilidades. Para mí, escribir es volver a vivir o encontrar caminos en la búsqueda de uno mismo. Soy autora de plaquettes de poesía, relato, cuento para niños, dos novelas y doce libros de cuentos y relatos, además de colaborar en publicaciones de poesía y prosa. Miembro activo del Taller Poeta en su Tinta.



Antonio Laossa

País: España

Edad: 34 años

Semblanza:

Nació en Madrid en el otoño de 1985, como un regalo de cumpleaños para su hermana. Desde muy joven disfrutó de la compañía de los libros y, con el paso de los años, se sintió preparado para plasmar en papel sus propias historias. La saga El Guardián de la Puerta del Sur y su participación en diversas antologías son el resultado de esa revelación.



Montserrat Estefanía Rodríguez Rangel

País: México

Edad: 29 años

Semblanza:

Inició su camino literario en la intimidad de los diarios adolescentes. Su verdadera vocación despertó al recibir el legado oral de su abuela, Nicolasa Gutiérrez, cuya historia de amor eterno con J. Jesús Rangel le reveló el poder de la escritura para inmortalizar lo efímero.

Inspirada por esa «manta de recuerdos» y motivada por el amor a su hijo, Montserrat escribe para rescatar la pureza de los vínculos sinceros. Su obra actúa como un puente generacional, con el propósito de que la memoria y el afecto trasciendan las barreras del tiempo.



Yolanda Carrillo Vázquez

País: México

Edad: 78 años

Semblanza:

Nacida en Ciudad Juárez, Chihuahua, vivió en distintas fronteras gracias al trabajo de su padre, agente aduanal. Él mismo fomentó su amor por los libros y, en cada viaje, lo único que llevaban a cuestras era el librero, el mueble más importante del hogar. Estudió en la Escuela de Letras, donde concluyó la licenciatura en Literatura Hispánica. Posteriormente realizó estudios en Literatura Hispanoamericana, Pedagogía Terapéutica, Potenciación Creativa y Escritura Creativa, que consolidaron su formación como maestra y creadora de material educativo en Viento Blanco y, actualmente, en su marca Yeewi.

Docente en todos los niveles educativos, ha elaborado programas de enseñanza y colaborado en un diplomado de educación a través del arte, además de producir videos para instituciones

científicas y universitarias. Desde hace 22 años es directora del Centro Tomatis de Sonora. La convicción de que el gozo es un ingrediente esencial en el aprendizaje ha guiado su trayectoria, motivo por el cual publicó tres libros para la editorial Santillana (Caligrafía 3, 4 y 5), así como Cuando la tierra aún era blanda, obra ganadora del PACMYC y Conaculta, que reúne doce relatos indígenas de Sonora adaptados literariamente y publicados por la Fundación GANFER, y La Niña, editado por Caligrama.

Ha sido incluida en antologías de las editoriales Mundo de Escritores, Diversidad Literaria, Revista Literaria Pluma, Escénicas Potosí, Microrrelatos esotéricos de Editorial Avatares, Pequeñas formas de habitar el silencio, Naufragios en tinta, Obra Negra Editores, Factor Literario, Escritores Mexicanos Independientes, ITA Editorial, entre otras. También ha sido publicada en diversas revistas. Sigue estudiando y escribiendo. Sus hijas son su mayor inspiración.



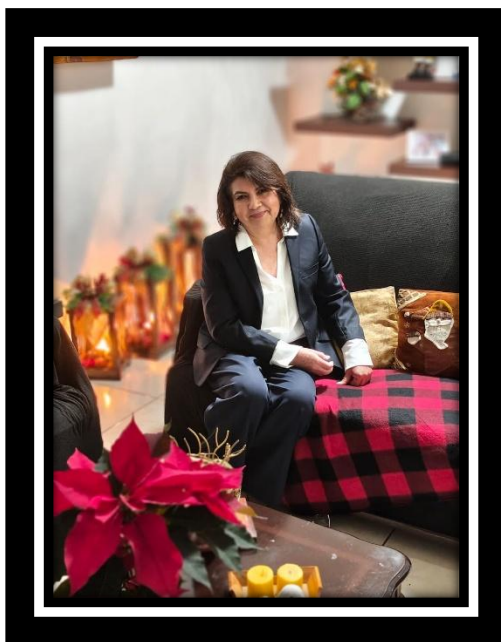
Adrián Ramírez Alarcón

País: México

Edad: 41 años

Semblanza:

Soy diseñador, editor, abogado y cocinero. Nací en los hermosos mantos lacustres del norte de Nayarit, en el municipio de Acaponeta, pero mis raíces están en un pequeño poblado llamado Quimichis, de origen náhuatl. Es territorio de los ancestrales aztecas, descendientes directos del emperador Moctezuma Xocoyotzin y de los primeros habitantes de Tenochtitlán, que llegó a convertirse en el gran imperio mexicana y cuna de la lengua náhuatl. Claro que de eso hace ya mucho tiempo y poco importa hoy en día, pero me gusta saberlo para contárselo a todo aquel que me pregunte dónde está Quimichis.



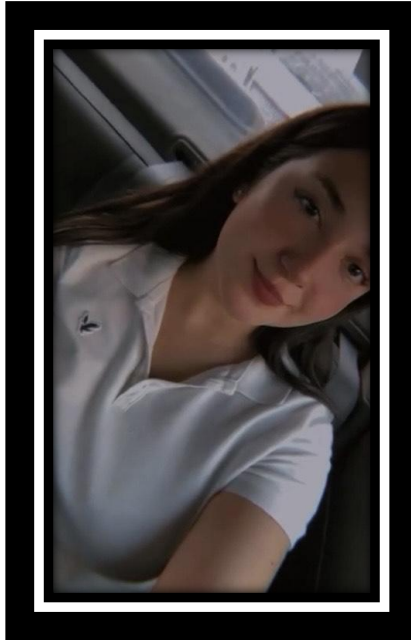
Miriam Noemí González Chávez

País: México

Edad: 61 años

Semblanza:

Maestra normalista y escritora. Egresada de la ENE, escuela de formación religiosa de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México. Como docente, participó en el Proyecto Rural Completo, enfocado en el desarrollo de planes de trabajo y materiales didácticos como instrumentos de apoyo en el aprendizaje. La creación de cuentos fue una herramienta innovadora en el proceso de lectoescritura, que dio resultados satisfactorios en el aprendizaje. El 3 de junio de 2025 se publicó su primer libro, *Crónica de un alma en pena*, con una temática centrada en la pérdida de valores éticos al interior de la familia, así como en las causas del deterioro social.



Claudia Lizeth Rayón Lezama (Lyz Rayón).

País: México

Edad: 27 años

Semblanza:

Licenciada en Lenguas Extranjeras y maestra de inglés. Escritora apasionada por el género de terror, donde la imaginación y la oscuridad se entrelazan. También encuentra en el dibujo un medio de expresión y creatividad que cultiva de manera constante. Siente un profundo respeto y cariño hacia los animales, y participa en actividades comunitarias y de apoyo animal, donde descubre historias reales que también merecen ser contadas.

Estos 32 escritores noveles, unidos por el español y el escalofrío, prometen renovar el género. Su antología no solo aterroriza, sino que refleja diversidad cultural hispana en lo paranormal.



México

Uruguay

Argentina



España

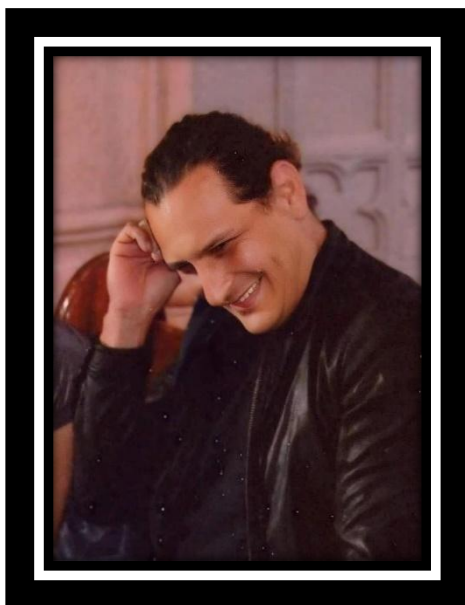
Ecuador

Perú



Guatemala

Marruecos



José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Es autor de doce novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente y su manejo del suspense, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

Además de su labor como novelista, ha participado activamente en diversas antologías internacionales, reafirmando su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su

obra trasciende fronteras, conectando con lectores de distintas culturas y contextos.

En la actualidad continúa participando en concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas. Como parte de esta evolución, ha formado una comunidad de escritores de habla hispana con la que ha publicado tres antologías internacionales, marcando así un nuevo capítulo en su trayectoria como editor literario.



Obra protegida por derechos de autor



El escritor y editor literario José Arturo Sarabia Campos ha convocado a esta antología internacional de amor, reuniendo distintas voces que, desde diversos rincones de países de habla hispana, tejen historias donde la pasión, la ternura y la complejidad de los afectos se entrelazan con la esencia misma de la vida. En estas páginas, 39 autores de distintas latitudes exploran el amor en sus múltiples formas: el romántico, el filial, el espiritual y el que nace de la memoria compartida. Cada relato es un testimonio de cómo este sentimiento universal puede trascender fronteras, culturas y generaciones, creando un mosaico literario que celebra la fuerza transformadora del amor. Prepárate para sumergirte en un viaje donde la emoción es inevitable y el corazón se convierte en protagonista.

Entrar en el territorio del amor es adentrarse en uno de los misterios más antiguos y fascinantes de la experiencia humana. Desde los primeros cantos y mitos que celebraban la unión de los cuerpos y las almas, pasando por las epopeyas medievales que exaltaban la pasión caballeresca, hasta las historias contemporáneas que exploran la intimidad en medio de la modernidad, el amor ha obsesionado a todas las culturas. No es casualidad. En el fondo, el amor habla de nuestra mayor vulnerabilidad y, al mismo tiempo, de nuestra mayor fuerza: la entrega del yo. La maravilla no reside solo en el sentimiento, sino en la posibilidad de que el amor ya esté dentro, aguardando el instante preciso para manifestarse.

Esta antología no pretende ser un tratado filosófico ni un catálogo de definiciones. No busca convencer ni desmentir. Su único propósito es explorar, a través de la ficción, las múltiples caras de ese sentimiento primordial. Aquí no encontrarán un único tipo de amor, sino muchos. Algunos son clásicos: romances que desafían el tiempo, pasiones que arden con intensidad, vínculos que se sostienen en la ternura y la confianza. Otros son contemporáneos y, por ello, quizás más inquietantes: amores que nacen en la virtualidad, encuentros fugaces que dejan huellas profundas, afectos que se transforman en resiliencia frente a la pérdida. Hay amores que se anuncian con gestos grandiosos y declaraciones memorables; hay otros que se instalan con sigilo, y se revelan en una mirada, en un silencio compartido, en la certeza de que alguien nos habita sin necesidad de palabras.

ISBN 9798248708383



9 798248 708383

Obra protegida por derechos de autor